

Samuel Vila

**MANUAL PRÁCTICO
de
EVANGELISMO**



EDITORIAL CLIE

Galvani, 113

08224 TERRASSA (Barcelona)

E-mail: libros@clie.es

<http://www.clie.es>

MANUAL PRÁCTICO DE EVANGELISMO

© 2002, Editorial CLIE

Depósito Legal:

ISBN: 84-8267-337-8

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E. Horeb,

E.R. nº 2.910 SE- Polígono Industrial Can Trias,

C/Ramon Llull, 20- 08232 VILADECAVALLS (Barcelona)

Printed in Spain

Clasifíquese: 525 EVANGELIZACIÓN: Métodos y técnicas

C.T.C. 02-07-0525-01

Referencia: 22.05.70

Índice

Introducción	7
----------------------------	---

Parte 1

Evangelismo práctico

I. El evangelismo en la Iglesia	14
II. El evangelismo en reuniones sociales de la Iglesia	25
III. Conferencias en lugares públicos	36
IV. El evangelismo personal	43
V. Un puesto en los mercados públicos	51
VI. La prestación de libros	58
VII. El método de la encuesta	65

Parte 2

Diálogos evangélicos

I. Cómo responder a los ateos	75
---	----

II. <i>Cómo responder a los escépticos</i>	82
III. <i>Cómo tratar a los que creen en Dios y en Cristo, pero no comprenden el plan de Salvación</i>	104
IV. <i>Cómo presentar el evangelio a los católico-romanos</i>	116
V. <i>Cómo tratar a los que reconocen que deben volverse a Dios, pero ponen excusas</i>	129
VI. <i>Cómo tratar a los que rehúsan la ayuda de las iglesias para ser cristianos?</i>	137
VII. <i>Cómo discutir con los testigos de Jehová</i>	146
VIII. <i>Cómo tratar con los espiritistas, y los partidarios de religiones orientales</i>	160
IX. <i>Cómo conversar con los mormones</i>	178
X. <i>Cómo presentar el evangelios a los niños</i> ...	183

Introducción

La falta de crecimiento es el gran problema de las iglesias en este siglo secularista. Muchas iglesias apenas tienen otro aumento que el de algunos hijos de creyentes que llegada la edad propia para ser admitidos, o bautizados, ingresan como miembros. Sin embargo, el objetivo de las iglesias no es mantener un auditorio de personas convencidas ya de las doctrinas cristianas, sino buscar y ganar nuevas almas para Cristo, promoviendo conversiones.

Hoy tenemos medios de difusión en los cuales no podíamos siquiera soñar hace pocos años, no obstante, muchas iglesias están temiendo por su porvenir, pues no crecen ni siquiera en la medida en que crece la población, y si no encuentran remedio a su escaso crecimiento están condenadas a desaparecer en menos de un siglo.

Por tal razón se habla mucho de evangelismo, pero considerándolo generalmente como una labor esporádica de campañas especiales, en las cuales se procura atraer a las iglesias a público ajeno a las mismas, mediante propaganda, y la presencia de algún buen orador. Todo ello está muy bien, y es digno de ser promovido, sin embargo, no debe olvidarse que el evangelismo es el secreto esencial de la vida de la Iglesia, no sólo en días especiales, sino de forma constante, y que el evangelismo en la Iglesia debe ir acompañado siempre del evangelismo personal.

Cada cristiano tiene el deber de ganar otras almas individualmente, sin embargo son miles los que nunca han conquistado alguna para el Señor, y lo más triste es que nunca lo han procurado.

Un joven nos explicó que había trabajado durante años con un compañero a quien nunca habló del evangelio ni le dio a conocer su condición de cristiano. Años más tarde encontró a ese compañero de trabajo en una reunión conjunta de varias iglesias, y le saludó con alegría, manifestándole su satisfacción.

«Sí –contestó el recién convertido–, pero yo podía haber sido cristiano desde hace mucho más tiempo si tú me hubieses hablado de estas cosas: Yo había podido ser un discípulo tuyo y un miembro de la iglesia a la cual tú perteneces.»

El joven cristiano se sintió gozoso pero abochornado por su falta de decisión para hablarle de Cristo, al suponer que su amigo no habría hecho caso de su testimonio, o se habría burlado de él.

En el conocido himnario llamado Songs & Solos hay la conmovedora historia de un enfermo que después de haber sido amonestado por mucho tiempo a aceptar a Cristo, lo recibió por fin, un mes antes de su muerte. Su gozo e interés por las cosas del Señor mostraron que se trataba de una conversión real, sin embargo pocas horas antes de fallecer apareció una nube de tristeza en su rostro. Cuando le reiteraron que Cristo es un Salvador fiel que cumple sus promesas y no debía temer la muerte, éste respondió: «Yes I know that he saves me now, but shall I go an empty handed?» (Sí, yo sé que Él me salva, pero ¿he de ir con las manos vacías?). Esto dio lugar a que un creyente poeta y músico escribiera el famoso himno, basado sobre esta frase que ha sido popular por mucho años en los países de habla inglesa. ¡Cuántos cristianos mueren con las manos vacías!

El ministerio de Cristo nos da un alto ejemplo de trabajo personal. Sus enseñanzas más profundas fueron dadas, no a multitudes, sino a individuos. A cierto escriba desconocido le declaró cuál era el más grande mandamiento: «Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo»; a una mujer pecadora cuyo nombre ignoramos, y sólo nos es conocida por la región donde vivía, proclamó Jesús el gran principio de la adoración espiritual. A Nicodemo le explicó en privado el gran secreto del Nuevo Nacimiento.

El doctor Torrey hace una lista de las ventajas de la labor personal como sigue:

- *Todos pueden hacerla (aun sin haber tenido estudios de teología).*

- *Se puede hacer en cualquier lugar (no necesita un púlpito y un auditorio).*

- *Se puede hacer en todo tiempo (no a horas determinadas, unas pocas veces por semana).*

- *Es el que da mejor al blanco. (Porque se puede apreciar la reacción de las personas a quienes nos dirigimos y variar la exhortación según entendemos ser conveniente, lo que el predicador en el púlpito no puede conocer, ni hacer.)*

El pastor Guillermo Gratzig en su buen libro Urban-evangelización (un nombre inventado por él para significar la evangelización de las grandes ciudades), dice: «Todos nuestros programas procuran que la gente venga. Que la gente venga a la Iglesia, que los vecinos vengan al culto, que los inconversos vengan a Cristo, que los hermanos vengan a la asamblea, y que también vengan al pic-nic. Tendemos a medir el éxito y el crecimiento, no por el número de personas que reciben un testimonio personal, o que acep-

tan a Cristo, sino por el número de asistentes que vinieron a la iglesia».

Es verdad que Jesús dijo «venid a Mí», pero también es cierto que Él vino a nosotros.

En la parábola de las bodas, el rey dijo a sus servidores: «llamad a las bodas a cuantos halléis» (Mateo 22:9), pero antes les había dicho «id a las salidas de los caminos».

La Palabra de Dios da el encargo evangelístico en primer lugar a los predicadores. Pablo instituyó a Timoteo como predicador en la iglesia de Éfeso, cuando partió para Macedonia, pero al lado de sus deberes pastorales le recomendó: «Haz la obra de evangelista». Él mismo le había dado el ejemplo de su recomendación, pues cuando se despidió de los ancianos de aquella misma iglesia, que acudieron a despedirle al puerto de Mileto, les dijo: «Como nada que fuese útil he rehuido de recomendaros y enseñaros públicamente y por las casas». La expresión «públicamente», se refería sin duda a las asambleas que había celebrado en la escuela de Tiranno, pero «por las casas», se refiere a su obra personal, con una sola familia, o con un número muy reducido de personas.

Ningún pastor, por muy elocuente y bien dotado que sea, puede excusarse de llevar a cabo semejante labor. Ninguno debe encerrarse en su oficina y esperar que los oyentes vengan a entrevistarse con él. El buen pastor de la parábola no esperó que la oveja se encaminase al redil, sino que la buscó y la llevó en brazos. Algunos pastores se limitan a ser invitados a visitar enfermos de su iglesia. Es cierto que esta labor es mucho más fácil y grata que el visitar a enfermos inconversos, pero sin olvidar a estas ovejas ya ga-

nadas, es aún más eficaz el buscar oportunidades para evangelizar a inconversos. A veces éstos aparecen como resultado de la visitación pastoral entre amigos o familiares de los miembros.

El pastor no puede alcanzar personalmente a millares de almas que necesitan el mensaje de vida eterna; pero pueden entrenar a sus miembros a ser ellos mismos pastores de almas totalmente alejadas de Dios. Si él ha comenzado dando ejemplo a los miembros de su iglesia de trabajo personal, no le será difícil interesarles en la misma clase de labor, convocándoles para clases de entrenamiento evangelístico. Hay muchos miembros que tienen buena voluntad para evangelizar, pero poca capacidad para hacerlo de un modo inteligente: En la mayoría de los casos la capacidad va en proporción inversa a la buena voluntad. Las personas inteligentes y capacitadas a menudo se dan de menos de dedicarse a una labor evangelística, mientras que los menos capacitados son los que siempre se hallan dispuestos a hablar y dar un testimonio, a veces poco inteligente o acertado.

El presente libro contiene dos partes. La primera destinada a dar consejos sobre evangelismo práctico en reuniones públicas, aprovechando para ello todas las oportunidades, y la segunda parte dedicada a ayudar a sus lectores en el trabajo personal, sugiriéndoles las respuestas adecuadas a diversas clases de interlocutores. Son necesarias ambas cosas. En primer lugar, que las iglesias tengan un espíritu evangelístico como comunidades ansiosas de dar el mensaje de salvación a las gentes que acuden a sus diversas actividades, haciendo de todas ellas un medio más o menos directo

de evangelización; y en segundo lugar, proveer a los evangelizantes de las respuestas más adecuadas para su labor personal. Es necesario que los testificantes sepan qué responder a las personas que les darán mil excusas para defender su actitud de escepticismo o descuido de las cosas espirituales, o que profesan otras creencias que les apartan de la fe salvadora que es en Cristo.

Para ello lo más importante es poder presentarles lo que la Biblia dice acerca de su posición. Desgraciadamente, el pueblo español y los habitantes de Sudamérica no conocen tanto como los pueblos de cultura evangélica el contenido e importancia de la Biblia, pero la forzada rectificación de la Iglesia Católica en cuanto a la cultura bíblica nos ha dado mucha ventaja, desde un tiempo a esta parte, para hacer uso de las Sagradas Escrituras en la labor de evangelización. Además, la Palabra de Dios es en sí misma «viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos», como se declara a sí misma, y tener a mano en cada momento los textos adecuados para poder declacar a las personas «Dios ha dicho» tiene siempre un gran valor, por lo menos para hacerles dudar de si es acertada o no su actitud.

Si la conversación se inclina hacia el escepticismo o incredulidad, es necesario tener algún argumento claro y sencillo a mano para inclinar la duda por el lado de la fe. Por lo menos crear el sentimiento de probabilidad; que nunca es, empero, suficiente sin la acción del Espíritu Santo, el cual mueve los corazones a creer. La oración y la insistencia en el testimonio no pueden sustituir, pero sí preparar o complementar la acción del Espíritu Santo, y acrecentar el valor y eficacia de nuestro testimonio.

Tal es el objetivo y propósito del presente libro.

Parte 1

Evangelismo práctico

EL EVANGELISMO EN LA IGLESIA

El primer gran motivo de la predicación en la Iglesia es el evangelismo, o sea dar la buena nueva de la salvación que Dios ofrece a los seres humanos mediante la obra redentora de Jesucristo.

No todos los mensajes religiosos son evangelísticos. Algunos son de carácter devocional o de edificación para creyentes. Sin embargo, todo sermón predicado en la iglesia debe contener una parte más o menos considerable de mensaje evangelístico, particularmente si el predicador nota entre el público algún rostro desconocido, quizá de familiares o amigos de los miembros, que no acostumbran asistir a los servicios de la iglesia.

Muchos sermones de edificación contienen a la vez elementos de evangelización: Aquellos que exponen los privilegios del cristiano para esta vida o la venidera, inducen al no creyente a pensar que vale la pena ser cristiano. Los sermones que se refieren a los deberes cristianos de carácter moral, y sobre todo aquellos que tratan de mayordomía y que podrían producir un efecto contraproducente en un forastero, necesitan a todas luces algunas palabras de evangelización antes de darlos por concluidos. Un predica-

dor notable decía: «Nunca concluyo un sermón sin haber dado un toque al corazón de los no creyentes, pues no sé si volveré a ver aquellas almas otra vez en la iglesia, o tendré que encontrarlas ante el trono de Dios, acusándome por no haberles dado el mensaje de vida eterna el día de mi oportunidad».

En algunas iglesias se predicán sermones de carácter puramente ético, que apenas difieren de lo que diría un moralista escéptico o un orador socialista, en un mitin. Carecen totalmente de alusiones y referencias a las promesas de Dios que nos son dadas en las Sagradas Escrituras para la eternidad. Hay pastores modernistas que parecen avergonzarse de hacer la más leve referencia a la vida futura. Tales predicadores deberían ser bastante honrados para declararse abiertamente escépticos; presentar la dimisión de su cargo eclesiástico, y buscarse un empleo secular. Realmente ha de ser difícil para tales oficiantes del pastorado mantenerse en el continuado conflicto de nadar entre dos aguas, tratando de complacer a los miembros escépticos que no tienen ninguna esperanza para el más allá, y no defraudar a los que creen, y necesitan ver renovadas, y alentadas sus esperanzas con las fieles promesas de la Sagrada Escritura.

El evangelismo consiste en el arte de levantar, primero, en los corazones de aquellos que no creen, dudas acerca de si están o no en la posición correcta en cuanto a Dios y la eternidad, y luego, edificar en sus almas el edificio de la fe en las promesas de Dios hechas por Jesucristo y los apóstoles.

El Evangelio es «Buenas Nuevas» de salvación para la eternidad. Todo lo que no sea esto no es Evangelio. Serán buenos consejos de vida moral, enseñanzas más o menos útiles para el hogar, la familia o la sociedad; pero no es Evangelio en el verdadero sentido de la palabra.

Por esto, cuando el predicador ha expuesto en su mensaje los deberes del cristiano no debe olvidar los posibles oyentes no creyentes, o sea, los que no han nacido de nuevo por la fe genuina en el Hijo de Dios, y debe decir algo, antes de terminar, para levantar en el corazón del nuevo asistente deseos de venir a serlo. No es necesario que presente de un modo completo y extenso el plan de la salvación, pues ello causaría cansancio a los que ya lo han oído infinidad de veces, alargando indebidamente el mensaje; pero es necesario añadir algo relacionado con las anteriores exhortaciones de edificación y enseñanza para los convertidos, que revele al forastero su necesidad espiritual. Puede formularse con la consabida frase: «Si alguien no ha aceptado todavía a Cristo como su Salvador personal...» etc., y de ahí unas frases que se refieran a la necesidad de entrar todos los seres humanos en una nueva relación con Dios para que aquellos privilegios antes referidos puedan ser alcanzados por quienes todavía no los poseen. Hay que decir algo que haga pensar al inconverso: ¿Y si fuera verdad lo que está diciendo el predicador y yo me encuentre excluido de tales privilegios? Y esta reflexión induzca al forastero a investigar por sí mismo o a buscar la ayuda

de una iglesia, para llegar a la certidumbre de la fe. Nunca debe omitirse poner al extraño en este dilema.

Contenido y extensión de los mensajes

Los predicadores modernistas suelen hablar en términos ambiguos para toda clase de oyentes, suprimiendo de su vocabulario los términos de cielo, infierno, redención, expiación, pecado, arrepentimiento, nueva vida en Cristo, etc..., limitándose a declaraciones como: «Todos somos hijos de Dios»; todos tenemos necesidad de superarnos... debemos poner nuestro grano de arena para edificar una sociedad mejor, etc., etc...

En siglos pasados los predicadores hablaban del cielo y del infierno como si acabaran de regresar del otro lado de la muerte. En el presente siglo este lenguaje suele ser objeto de burla, como un lenguaje anticuado, y resulta contraproducente usarlo en la mayoría de los casos, por estar tan extendido el escepticismo en nuestros días.

Pero todo el mundo duda acerca de los temas que se refieren al más allá. De ahí el gran interés que existe en este tiempo sobre religiones y sectas extrañas. La predicación evangélica moderna, pero sana, debe tener en cuenta esta duda general, y partir de ella, para procurar construir el edificio de la fe. Es prudente declarar, como suele hacerlo con gran frecuencia el famoso evangelista Billy Graham: «La Biblia dice...», como queriendo indicar, no se trata de una afirmación

mía, no es la palabra de un hombre ignorante, como lo somos todos los humanos, acerca de los misterios de la vida y del más allá, pero la Biblia dice... «La Biblia declara...», «Cristo dijo...», para que los oyentes saquen sus propias consecuencias de las afirmaciones del predicador basadas sobre la revelación bíblica.

Debemos entender que la doctrina evangélica es la misma de siempre, supone aquella «fe transmitida a los santos de una vez por todas», por la cual «debemos contender ardientemente» (Judas v. 3): No fue elaborada poco a poco por la Iglesia en los primeros siglos, como afirman los escritores y predicadores modernistas, haciéndose eco de las infundadas conjeturas de los escritores ateos de los siglos XVII y XVIII. La prueba de que nuestra fe es la fe auténtica de los apóstoles halla apoyo en el hecho que al lado de los escritos incorporados en el Nuevo Testamento existen otros, reconocidos por todos los eruditos, aun los más ajenos a la fe cristiana, como escritos de fechas anteriores al siglo III, algunos casi de la misma época apostólica, como la Epístola a Bernabé (año 73), las diversas cartas de Ignacio de Antioquía, discípulo de san Juan, escritas por el pastor de aquella iglesia bien conocida en los Hechos de los Apóstoles, cuando se dirigía a su martirio en Roma, por el año 107 al 110; así como la carta de Policarpo, obispo de Smirna, discípulo de san Juan, escrita poco más allá del año 100; las cuales contienen la misma doctrina acerca de la divinidad de Cristo y de su obra redentora, exactamente como la hallamos en los documentos apostó-

licos llamados canónicos. No tenemos, pues, por qué avergonzarnos de la antigua doctrina de la redención por la muerte expiatoria del Hombre-Dios, Jesucristo, de quien dieron testimonio los apóstoles.

Cierto que es un plan inaudito y extraño para la sabiduría humana, no tan sólo en el siglo XX, sino ya en el siglo I, cuando san Pablo escribía: *«Porque el mensaje de la cruz es locura para los que se están perdiendo; pero para nosotros, que somos salvos, es poder de Dios. Pues está escrito destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé el entendimiento de los entendidos... puesto que los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura; mas para aquellos que son llamados, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios»* (1ª Corintios 18:19, 22-24). Y ésta es esencialmente la doctrina del Evangelio, «buena nueva de la gracia de Dios», en el siglo XX, como lo ha sido a través de todos los tiempos.

¿Que hay que expresar esta doctrina en un lenguaje moderno para hacerlo inteligible a los hombres de nuestro siglo, procurando que no sean escandalizados por el uso de expresiones y palabras de las que hicieron abuso los predicadores y escritores de la Edad Media? Esto podemos aceptarlo, pero no que se cambie el mensaje y la doctrina.

Hace ya algunos años cuando escribimos el libro *Pruebas tangibles de la existencia de Dios*, al final de aquellas consideraciones de teología natural que demuestran la existencia de un Ser supremo en la natu-

raleza, autor de la inmensa sabiduría que se revela en ella; aquel Ser a quien Jesucristo nos enseñó a llamar Padre Celestial, al entrar en la segunda parte del libro para venir a explicar el plan de salvación, en el capítulo que denominamos: *Las bases de la fe cristiana*, lo explicamos en los siguientes términos:

«Así pues, al lado del astrónomo y del físico, del químico y del naturalista, del arqueólogo y del historiador, el cristiano puede hoy, más que nunca, mirar los hechos objetivamente y afirmar que la experiencia de la Humanidad ofrece una fuerte presunción en favor de los siguientes supuestos:

- 1.º Que existe un Ser supremo, ordenador de las maravillas de la Naturaleza, cuya sabiduría no podemos dejar de reconocer y admirar, por más que ignoremos su íntima esencia.
- 2.º Que el Creador, además de hacerse evidente por las obras de la Naturaleza, no es improbable haya tratado de establecer alguna comunicación con los hombres, según declaran las religiones, ya en los orígenes de la raza o en otras épocas culminantes de la historia humana por Él mismo escogidas.
- 3.º Que un estudio de todas las religiones, tradiciones y lenguas y de las diversas razas humanas nos demuestra de un modo que no admite dudas, su origen común, por llevar todas ellas vestigios de identidad filológica y de tradición, respecto a hechos que se supone tuvieron lugar en los albores

de la Humanidad, como son la felicidad original y caída del hombre, el diluvio, la torre de Babel, etc.; así como de idénticos principios moral-religiosos, cuya perversión se nota en todas ellas al estudiar su evolución a través de los siglos.

- 4.º Que la Biblia, que contiene los libros sagrados de los hebreos y de los cristianos es, según frase del eminente orador Emilio Castelar, “la revelación más pura que de Dios existe”.
- 5.º Que Jesucristo es la magna revelación del Ser Creador, a quien, Él tan sólo, nos enseñó a llamar Padre; el Maestro por excelencia y Redentor de los hombres, quien vino a levantarnos de nuestro estado, moralmente degradado, para que vivamos según la voluntad de Dios.
- 6.º Que, según una experiencia mil veces manifestada en los pueblos civilizados así como en las razas más salvajes de la tierra, el ser humano que se acerca a Dios en demanda de perdón por los méritos y en el nombre de Jesucristo, y ayuda para vivir según su voluntad, recibe un poder moral que le habilita para romper totalmente con su pasado, por degradado que hubiese sido, realizando lo que jamás podría efectuar por un mero propósito o determinación propia. El cambio que Jesucristo llama “Nuevo Nacimiento”».

Puede observarse que en este enunciado no usamos el vocabulario clásico de la fe cristiana copiado

de las cartas de Pablo; pero expresamos la misma doctrina dada a los cristianos del siglo I.

Algunos aceptan a Jesucristo como Maestro ideal de la Humanidad, el hombre perfecto y sin igual, el prototipo supremo de la raza; pero sin aceptar su divinidad ni las revelaciones que Él hizo a los hombres acerca de la otra vida y de la redención. Mas en tal caso resulta el inconcebible absurdo de que el hombre más santo y perfecto haya sido el mayor engañador y el causante de muertes alevosas de seguidores suyos que han dado sus vidas en virtud de tales declaraciones. ¿Qué podríamos pensar de un Cristo que dijo «no temáis a los que matan el cuerpo y después no tienen más que hacer...», «el que perdiere su vida por causa de Mí y del Evangelio, éste la salvará», si este Maestro ideal hubiese pronunciado tales palabras sin tener la seguridad absoluta de que hay otra vida tras de la muerte, en la cual tales promesas han de ser cumplidas? (véase Mateo 10:28 y 16:25).

El supuesto de que Él no enseñó verdades de carácter espiritual y eterno, sino solamente principios sociales que sus seguidores transformaron más tarde en ideales religiosos, puede sostenerse aún menos que la primera alegación de que Jesús fuera un engañador, ya que desde los mismos orígenes del cristianismo los creyentes en Jesucristo obraron como si Él hubiera pronunciado tales palabras, dando sus vidas gozosamente, con la esperanza de volverlas a recobrar. Toda la historia del cristianismo confirma esta verdad. Por

ésta y muchas otras razones que no caben en los límites de este libro, nuestra fe cristiana se extiende más allá de lo que podemos ver o comprobar, hallándose, empero, firmemente apoyada sobre hechos de indubitable comprobación.»

También pusimos como título del próximo capítulo, que trata de la conversión a Dios y a la nueva vida regenerada del creyente: «*El método divino de reparación moral*», pero en el texto de dicho capítulo, no nos limitamos a decir que Cristo fue un gran ejemplo para nosotros tanto en su vida como en su muerte, sino que tras el subtítulo de *¿Quién era Jesucristo?* explicamos claramente, con ejemplos ilustrativos, nuestro concepto de Jesucristo como Hijo de Dios, el Creador de las estrellas. Y tras el subtítulo *La muerte de Jesucristo como expiación del pecado* continuamos explicando el porqué del plan divino de la redención, para exponer a continuación bajo el próximo subtítulo *El fenómeno de la conversión*.

No pusimos este último subtítulo como título general del capítulo porque nos pareció mucho más clara y expresiva para el lector moderno la frase *El método divino de reparación moral*, que *La conversión del pecado*, expresión muy cierta, bien comprensible y clara para los ya creyentes; pero que al no creyente, de tendencia escéptica, le repugna, por el abuso que ha sido hecho de ella.

Además, nos decidió a hacerlo así el que la palabra «conversión», en boca o en un escrito de los protestantes, les parecía en aquel tiempo a los católicos –y

aún continúa pareciéndoles– cambio de una religión a otra, del catolicismo al protestantismo; y los escépticos consideran que el término pecado es una palabra clerical inventada por los curas para asustar a las beatas. Por esto escogimos como título la frase *El método divino de reparación moral*, a pesar de que bajo los subtítulos explicamos el antiguo e inmutable evangelio del perdón de los pecados por la aceptación, mediante la fe, del sacrificio expiatorio de Jesucristo. Para evitar al lector escéptico tropezar con una frase anticuada en grandes letras, al lado de los argumentos filosóficos-científicos de los capítulos precedentes.

Aconsejamos a los hermanos evangelizantes tener en cuenta los tiempos en que vivimos al explicar el Evangelio a los incrédulos. El apóstol Pablo dice: que se había hecho «todo a todos para ganar a algunos», y observamos esta prudente táctica en su discurso a los intelectuales del Areópago de Atenas. Pero no disimuló ni negó los hechos sobrenaturales del Evangelio para no parecer un judío atrasado, sino que acabó predicando a Jesús con toda valentía al decir: *«Por tanto, Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres, en todo lugar, que se arrepientan, por cuanto ha establecido un día en el cual va a juzgar al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos»* (Hechos 17:30, 31).

Mostrándose del todo consecuente con lo que escribió en el capítulo primero a los Romanos: *«Porque no me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree»* (Romanos 1:16).

II

EL EVANGELISMO EN REUNIONES SOCIALES DE LA IGLESIA

Una oportunidad muy eficaz de evangelización son las fiestas sociales, generalmente preparadas por los jóvenes de la iglesia, poniendo a contribución sus dotes dramáticas, artísticas o musicales, ya que a ellas suele asistir público que no concurre regularmente a los cultos.

Algunos pastores consideran que dichos actos tienen que separarse de los cultos regulares de la iglesia, por tener un carácter festivo, que no concuerda con la seriedad y reverencia de los cultos. Mientras que otras iglesias de espíritu más evangelístico usan dichas ocasiones para llamar a estos invitados a los cultos dominicales, o por lo menos hacerles oír en aquel día algún mensaje evangelístico, breve, que les haga reflexionar sobre las cosas eternas.

Ningún programa festivo debe permitirse que ocupe la atención y consuma el tiempo libre de los jóvenes, si no tiene como objetivo principal dar un testimonio evangelístico. Éste puede ser dado por los ejecutantes del programa, por el dirigente del mismo o por el pastor, que siempre, absolutamente siempre,

debe ser considerado como el elemento indispensable –y de peso– en todas las actividades juveniles.

Hemos oído de labios de algunos pastores palabras tan lamentables y equivocadas como éstas: «Esto lo hacen los jóvenes; yo no me meto en las actividades de ellos, es cosa de la juventud, yo les dejo libres».

¿Qué significa esto? ¿No forman los jóvenes parte de la iglesia? ¿No usan locales que pertenecen a la congregación? ¿No llevan a cabo sus fiestas o veladas como una actividad en favor de la iglesia?

Por otra parte, ¿no serán miembros de la iglesia, en su mayoría, los que compondrán el auditorio el día de la representación? ¿Por qué, pues, esta dicotomía, o separación, entre la iglesia y las actividades de los jóvenes?

Que el pastor no quiera entrometerse a dar órdenes en lo que se refiere a los detalles de la fiesta dramática o musical, está muy bien; mejor dicho, debe ser así, y en este sentido es justo y natural que el pastor diga: «Yo les dejo libres». No es de su incumbencia lo que se refiere a tales detalles, pues no puede pedirse que el pastor sea siempre un perito musical ni un maestro en arte dramático, y debe dejar que los jóvenes hagan las cosas a su manera, y actúen libremente los que tienen las habilidades propias, sin pretender mandar en aquello que no entiende por la simple razón de ser el pastor; convirtiéndose así en el mandamás de todas las cosas relacionadas con la iglesia. Este es el mandato que hallamos en la Sagrada Escri-

tura: «*No teniendo señorío sobre las heredades del Señor, mas siendo ejemplo de la grey*» (1ª Pedro 5:3).

Pero el pastor tiene el derecho, a la vez que el deber, de intervenir en *todo* lo que afecta a la parte espiritual de *todas* las actividades de los jóvenes. Y como estas actividades deben tener siempre la finalidad de propagar la Buena Nueva del Evangelio, es propio y natural que el pastor tenga *siempre* que tomar una parte, ciertamente la más importante, en tales actividades. Él debe ser, o bien el presentador de todos los actos, si no hay entre los elementos juveniles un presentador con facilidad de palabra, o –en el caso de haberlo– tener siempre la palabra de conclusión, quizá con un anuncio de los cultos y emisiones de radio que se den en la localidad; y si el acto ha tenido lugar en locales pertenecientes a la iglesia debe concluir siempre con una breve oración.

Si se ha celebrado en un local público, no debe ponerse fin sin una palabra del pastor o del dirigente juvenil que lo identifique como una actividad cultural, pero de tipo evangélico, pues nunca hay por qué ocultar la identidad del grupo actuante.

Los antiguos tenían el refrán «Todos los caminos conducen a Roma», refiriéndose a la famosa red de carreteras empedradas que los emperadores romanos habían ordenado construir en dirección a Roma desde todas las naciones de Europa subyugadas por sus legiones. Más tarde el adagio se refería al dominio político que los papas habían adquirido sobre toda la cristiandad.

Los creyentes evangélicos que nos hemos desligado de este poder político-religioso debemos tener como mira ideal que todas nuestras actividades particulares, y mucho más eclesiales, tengan como centro y motivo a Cristo. No podemos ni debemos vivir para otra cosa, si de verdad somos *cristianos*. «Para mí el vivir es Cristo», decía el apóstol. Glorificar, ensalzar y hacer patente al mundo la obra redentora de Cristo y la luz moral de sus enseñanzas es –y ha de ser– el ideal de nuestra vida. El apóstol Pablo decía: «*Todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesucristo, dando gracias a Dios Padre por Él*» (Colosenses 3:17). Por tal motivo jamás debe hacerse una dicotomía entre lo que llamamos diversión de los jóvenes y los intereses del reino de Dios.

Ciertamente, todos los caminos conducen a Cristo si su palabra y sus enseñanzas llenan nuestros corazones.

En representaciones dramáticas

Hace casi medio siglo teníamos en nuestra iglesia de Terrasa un joven altamente aficionado al arte dramático, nacido y educado en una comarca de Cataluña llamada «El Ampurdán» lindante con los Pirineos, el cual poseía una habilidad especial para describir la vida campesina y costumbres ancestrales de los habitantes de aquella comarca, inventando toda suerte de escenas dramáticas típicas, así como la vida y costumbres de los gitanos, las de los ancianos y de los

jóvenes, haciendo vivir tales escenas como si fueran reales. En ocasiones, sus obras de teatro tenían al comienzo algunas escenas muy graciosas que provocaban la risa del público.

Por carecer de otro local, tenían que ser representadas sobre la espaciosa plataforma de la misma iglesia, en festividades dominicales, y en horas no de culto; pero nunca el numeroso público que en aquellos tiempos abarrotaba el local era despedido sin haber escuchado un mensaje evangélico y, a veces, incluso con llamamiento.

Para ello buscaba alguna escena o frase de la misma obra representada que diera pie para un breve mensaje final, o bien yo mismo introducía en el drama, con la venia del autor, una escena de arrepentimiento y nueva vida en Cristo por parte de alguno de los personajes de la obra, haciendo así que la parte evangelizante fuera hablada por los propios actores, limitándome a aplicar yo el caso en dos o tres minutos al final, y cerrando el acto con una oración. ¡Más de un alma había sido ganada para Cristo mediante aquel «teatro evangélico», sin escenario adecuado! ¡Cuánto más podrían desarrollar ese evangelismo dramático las iglesias que cuentan hoy con magníficos locales adecuados, dispuestos con un escenario, si el móvil de divertir fuera cambiado por el de «evangelizar»!

En actuaciones musicales

Las actuaciones musicales sirven también eficazmente para el gran objetivo de evangelizar. En los mejores días de nuestra iglesia teníamos un coro que entonaba entre otras músicas evangélicas trozos del «Mesías» de Hændel. Solíamos, entonces, preparar verdaderos sermones cantados, arreglando el orden de los cantos de tal modo que el programa fuera un mensaje de evangelización, alternado entre palabra y canto.

Empezaba con el cántico «La Creación», de Haydn, lo que daba oportunidad para un mensaje de cinco minutos sobre la realidad de la existencia de Dios evidenciado por las obras de la Naturaleza, pasando a algún otro cántico que expresara la presencia del pecado en el mundo, luego la obra de la Redención, aprovechando alguno de los cánticos conocidos de Semana Santa, para terminar con otros que tuvieran relación con el gozo o privilegio de la vida cristiana y, finalmente, con la gloria del cielo. Himnos que no faltan en todos los himnarios de las iglesias. O bien dábamos remate con el coro «Aleluya», del «Mesías» de Hændel, si el número de participantes cantores lo hacía posible. Cada cántico era introducido con un breve mensaje relacionando, en un plan homilético, al mensaje anterior y al que le seguía, de modo que lo llamábamos «sermones ilustrados con cánticos».

Sin necesidad de remontarnos al pasado, podemos señalar que existe hoy día en Barcelona (distrito

de la Barceloneta), un coro con un director que es un laico, empresario de albañilería, pero que, además de poseer el necesario talento musical, es un excelente predicador voluntario, con tan admirable facilidad de palabra y celo evangelístico que puede suplir fácilmente –y con toda eficacia– el papel del pastor, permitiendo a éste quedar en el culto de la propia iglesia cuando el coro se desplaza a otros lugares. El público suele escuchar tales mensajes, cantados y explicados a la vez, con mucho más deleite que si se tratara del mejor sermón hablado.

Este método es más apropiado hoy día que en ningún tiempo del pasado, por estar la gente tan cansada de escuchar sermones y vivir una vida tan ocupada, que difícilmente resiste un sermón largo, como los que solían predicar los ministros del Evangelio en el siglo pasado. Por tal razón, muchos pastores han optado por sermones breves de 15 o 20 minutos; pero resulta lastimosa esta necesaria reducción de los mensajes a que nos ha obligado la vida moderna, pues muchos miembros tienen que hacer un largo desplazamiento para acudir a la iglesia, y puede ocurrirles lo que me decía, hace poco, un miembro antiguo: «Los pastores jóvenes nos dejan hoy día con hambre, porque cuando llega la mejor parte de su mensaje, en lugar de pasar a un segundo punto y a un tercero, con sus divisiones y subdivisiones tan instructivas, como hacían los predicadores antiguos, terminan abruptamente, para no cansar a los jóvenes, que no tienen en su corazón el deseo de aprender la

Palabra de Dios como nosotros lo teníamos a su edad». Afortunadamente, aún hay muchos jóvenes que mantienen tal deseo, pero en muchos casos es cierto el juicio del anciano.

En cambio, un sermón evangelístico amenizado con cánticos, música o proyecciones cinematográficas, puede prolongarse una o dos horas sin cansar al público. Naturalmente, no es posible amenizar de tal modo los cultos públicos cada semana, pero al menos tendría que intentarse hacerlo, por alguno de los tres procedimientos citados, una vez al mes.

El testimonio de los participantes

En muchas agrupaciones juveniles, además del testimonio de boca del dirigente o del pastor, hay momentos de testimonio de los propios participantes, actores, coristas o músicos, quienes explican sus experiencias de conversión. Estos son momentos sagrados en que los que toman la palabra deben sentir su gran responsabilidad y privilegio. Para ello queremos darles los siguientes consejos:

- 1.º *Evite el tono de timidez.* Este escollo suele producirse las primeras veces que el actuante da testimonio, sobre todo si carece de la costumbre y habilidad de hablar en público. Es casi inevitable en tales casos, pero queremos recomendar al lector: Si usted tiene que dar testimonio, hable con decisión; llevando a la mente de sus oyentes la con-

vicción de que habla del fondo de su alma, y no tiene ningún temor ni vergüenza de honrar a su Salvador diciendo lo que Él ha hecho por usted. Primero, refiriéndose a su muerte expiatoria en el Calvario; y cómo, cuando usted creyó en Él, le impartió el poder de lo Alto que regeneró y transformó su vida. Dígalo con un rostro sonriente, con entusiasmo, y levantando tanto la voz que puedan escucharlo claramente los asistentes de la última fila.

- 2.º *Evite el tono de rutina.* El hecho de haber dado su testimonio muchas veces puede llevarle a la fea costumbre de decir las mismas palabras rápidamente, y en un tono de rutina. Vale más no decir nada, que dar un testimonio de semejante modo. Aprenda su testimonio de memoria, si no tiene facilidad de palabra y teme perturbarse; pero dígalo con entusiasmo, mostrando todo su interés en impresionar a los oyentes. Dígalo como si fuera la primera vez que da testimonio en público. En realidad, puede ser la primera vez para muchos oyentes.
- 3.º *Dígalo con plena convicción, para beneficio de las almas.* Expréselo como si estuviera contando la historia, no a un auditorio, sino a un solo oyente por cuya salvación usted hubiese orado muchas veces. Un pastor de Inglaterra se lamentaba a un actor de fama de la poca asistencia a los cultos de su iglesia, diciéndole: «¿Cómo es que predicando yo la verdad de Dios, tan pocas personas tienen in-

terés en escucharla, mientras que tantos acuden al teatro a escuchar historias falsas, inventadas por autores humanos?».

A lo que el cómico respondió: «Es que usted explica la verdad como si fuese mentira y yo presento la mentira como si fuera verdad».

- 4.º *Suprima detalles ociosos.* Hay personas que, al contar cualquier suceso o experiencia, entran en detalles que nada tienen que ver con el asunto, y cansan a quien les escucha; pues retardan la exposición de los hechos que realmente tienen interés, así como la conclusión, que todos esperan. Muchos profesionales ocupados: abogados, notarios, médicos, etc., se ven obligados a decir a sus clientes: «Al grano, señor, al grano»; y los jueces muchas veces tienen que ordenar a los testigos que abrevien sus explicaciones, contando únicamente aquellos detalles que tienen que ver de un modo directo con el caso. Lo propio ocurre con muchas personas que toman la palabra en sesiones democráticas. Su nivel de cultura puede medirse, generalmente, por su forma de hablar: Los más simples suelen ser pródigos en detalles innecesarios, que a veces obligan al pre-sidente a llamarlos al orden, mientras que las personas cultas son hábiles para decir las cosas necesarias en palabras mejor escogidas y exactas. Es decir, saben reflejar su pensamiento con mayor precisión y brevedad.

Al dar testimonio de su experiencia de conversión tenga en cuenta que muchos estarán midiendo su grado de inteligencia por la cantidad de palabras que usted emplea, aunque por cortesía se mantengan callados. Dé solamente los detalles indispensables para que sea claro y cohesivo su mensaje. Los hechos concretos –y el ejemplo– son siempre de mayor valor que las largas peroraciones de carácter exhortativo. Deje esta tarea al pastor o al presidente, y usted límitese a contar la experiencia de su conversión de un modo claro y concreto.

III

CONFERENCIAS EN LUGARES PÚBLICOS

Este sistema de evangelismo que parecía un sueño hace bien pocos años en España es hoy posible, como lo ha sido, y lo es, en muchas naciones de Latinoamérica.

Existen muchos locales, de sociedades culturales, u organismos estatales, a los que podemos tener acceso a bajo coste, y a veces incluso gratis, cuando son solicitados para dar una conferencia cultural o una audición musical de canto en coro.

Toda conferencia, sea sobre el tema que sea, debe tener un objetivo evangelístico, y ello debe declararse abiertamente en su parte final, ya que de otro modo sería inútil y ociosa su realización.

Hay quienes dicen que basta con ser *«un medio para darnos a conocer»*, aunque el tema no sea religioso, pero este objetivo no es suficiente, pues el pueblo nos conoce ya, particularmente en poblaciones pequeñas, y no valdría la pena el esfuerzo si no es para hablar al corazón de la gente y hacerles reflexionar sobre las cosas eternas, aun cuando la invitación sea para un tema cultural. Las películas del Instituto de Ciencia, Moody, terminan siempre con un mensaje espiritual, sea cual sea el tema que traten. Pero tienen lugar

muchas conferencias, así como recitales de canto y representaciones dramáticas patrocinadas por iglesias, que se limitan a presentar aspectos culturales, y sus promotores parecen avergonzarse de mencionar siquiera el nombre de Dios o hacer alusión a las altas verdades del Evangelio.

Y aún es más inexplicable –como decíamos– la dicotomía que tiene lugar frecuentemente en conferencias y fiestas musicales y dramáticas que celebran algunas iglesias en locales propios, en los cuales proceden exactamente como si se tratara de sociedades laicas, pues creen que deben separar los actos de carácter festivo o cultural de los servicios religiosos, olvidando el mandato del apóstol Pablo (Colosenses 3:17), referido en el anterior capítulo.

Es cierto que en centros ajenos hemos de respetar las reglas establecidas por sus propietarios, no dando un carácter extremadamente religioso a nuestras actuaciones, si las hemos anunciado como de carácter cultural o recreativo. Pero en todos los casos debemos dejar la marca y el impacto de nuestra fe hasta donde nos lo permiten los principios y reglas de la sociedad. Estos principios son hoy más amplios que en otros tiempos, debido al respeto a las convicciones religiosas diversas que amparan las democracias de una sociedad pluralista.

Pero ninguna limitación existe (a no ser la de la propia frialdad espiritual y falta de celo misionero) en las festividades celebradas en locales propios de la iglesia, para no terminarlos con una oración y un

insistente anuncio de los actos de culto de la iglesia, por más que la fiesta haya sido anunciada con carácter cultural o musical.

Además, diremos que debe existir entre los cristianos evangélicos un estrecho sentimiento de cooperación entre las diversas iglesias que tratan de acercar las almas a Cristo. Por tal razón deben aprovecharse todos los actos públicos en los cuales nos consta que han concurrido personas ajenas a nuestra fe para anunciar los demás esfuerzos evangelizantes a los que el auditorio puede tener fácil acceso, como son programas evangélicos por radio, u otras iglesias ubicadas en diversos lugares de la ciudad. Sólo de este modo se puede demostrar el celo evangelístico, que no consiste en el propósito de aumentar, exclusivamente, la membresía de la propia iglesia, sino en procurar la salvación de las almas.

Evangelización mediante fiestas musicales

Los conciertos corales son especialmente apropiados para la evangelización: En tales actos es indispensable leer antes la letra de los cánticos, a menos que haya habido la posibilidad de repartir copias entre el auditorio. Es muy difícil distinguir y comprender las palabras cantadas por un coro si no se ha procedido antes a su lectura; y si el tiempo y lugar lo permiten, es aún mucho más provechoso hacer alguna consideración de carácter evangelístico antes de la interpretación coral. Estos mensajes intercalados no deben

exceder de tres minutos, especialmente si son varias las actuaciones del coro y éste ha de permanecer de pie en los intervalos.

Estas pausas tienen tres objetivos a cual más importante:

- Permitir un descanso a los actuantes.
- Que el público pueda relajar su oído, y así apreciar y gozar mejor de la siguiente interpretación.
- Sembrar la semilla del Evangelio en el corazón de los oyentes.

El canto es siempre mucho mejor apreciado y gozado cuando pueden ser comprendidas las palabras. Un recital de cánticos evangélicos puede ser un verdadero sermón cuando mediante la concertación de piezas se le da una estructura de orden homilético, como si fuera una cantata, aun componiéndolo de himnos diferentes. Para ello es necesario poner en primer lugar cantos que expresen el pecado, la tristeza, la soledad, el dolor, es decir, cosas que tengan que ver con el mundo presente; seguidos de otros cantos que se refieran a Jesucristo y su obra redentora, para terminar con otros que expresen la esperanza celestial y el triunfo de la gloria. Este es el gran mérito de la celeberrima cantata «El Mesías» de Hændel, y debería ser la característica de todas las cantatas evangélicas.

Conciertos musicales

Éstos consisten exclusivamente en música instrumental de piano, violín, órgano u orquesta. Sólo las

personas expertas en el arte musical pueden hallar sentido y disfrutar intensamente de tales interpretaciones, que para los no expertos son simplemente una serie de acordes más o menos agradables. Muchas de las piezas corales de Bach llevan en sí mismas un sentimiento religioso y espiritual que las caracteriza; pero ello es generalmente desconocido por el público, por figurar los textos originales en el idioma alemán. Ahora bien, si la interpretación musical va precedida de una introducción explicando algún detalle de la vida del célebre autor, o un comentario basado en el texto original, no sólo puede aumentarse la buena comprensión y deleite de los expertos en música, sino también de los profanos, y así ser, para ambos públicos, un medio de evangelización y comprensión espiritual.

Desafortunadamente, algunas veces hemos sido testigos de un concierto musical, realizado por algún magnífico ejecutor evangélico, al que han asistido expertos musicales no creyentes, y que ha sido convocado con un propósito evangelístico (por lo menos así se ha declarado a los miembros de la iglesia) en el cual no se ha hecho mención alguna del Evangelio, y su único fruto ha sido la presencia de elementos no evangélicos en un local donde otros días se acostumbra predicar el Evangelio. Sin embargo, los inspirados trozos musicales que expresaban, musicalmente, excelentes sentimientos cristianos, que podían ser utilizados para dar el mensaje evangélico de palabra, fueron totalmente ignorados, como si se tratara de un con-

cierto secular. Sin embargo se publicó la noticia en la revista denominacional como una labor de evangelización.

La evangelización por films cinematográficos

Se trata, quizá, del método moderno más efectivo de evangelización. Es un principio pedagógico bien conocido que queda fijado en la mente doblemente, y con mejor comprensión, lo que entra conjuntamente por dos de los sentidos –el oído y la vista–, que lo que entra por uno solo.

Como decíamos en el capítulo anterior, hoy contamos con los films del Instituto Moody, preparados especialmente para la evangelización de escolares adolescentes; aunque pueden también ser usados con provecho ante público de adultos; los de Concordia Films, y otras sociedades misioneras, así como también los films de la Asociación Billy Graham, que, tras una historia interesante, suelen concluir con un sermón del famoso evangelista. Es-tos últimos films apenas necesitan comentario de los presentadores, ya que el sermón de Billy Graham es una exposición tan clara y sencilla del Evangelio que difícilmente puede ser superada. Sin embargo, una breve conclusión por parte de alguien con facilidad de palabra tiene el calor de la presencia personal. Siempre que sea posible, el presentador del programa visual debe ofrecer la oportunidad de continuar ampliando el conocimiento del Evangelio que ha sido expuesto en la pantalla, anun-

ciendo otros medios al alcance del auditorio, como emisiones radiofónicas o cultos regulares en iglesias de la localidad. Nunca debe olvidarse este detalle.

Si el film ha sido proyectado en una iglesia, lo más oportuno es cerrar el acto con una breve oración. Se trata de una nueva forma de culto, y como tal debe ser considerado. Si se trata de un local público, quizá será necesario abstenerse de este detalle para evitar que los escépticos puedan criticar que han sido invitados a una conferencia y se les ha dado un culto religioso. Pero de invitación a los cultos no puede prescindirse jamás, si el propósito del acto es realmente la evangelización.

Debemos dar gracias a Dios por los medios modernos de difusión del Evangelio con que contamos, y aprovecharlos al máximo, según las posibilidades económicas de cada grupo cristiano.

IV

EL EVANGELISMO PERSONAL

Esta es la forma más eficaz de evangelización, ya que puede ser llevada a cabo, no por una sola persona, el pastor, a una hora y lugar determinado, sino por todos los miembros de la Iglesia en muchos momentos y circunstancias, y a ella nos hemos referido de modo particular en la introducción. Este método puede ser practicado yendo de casa en casa, pero también tratando de entrar en conversación con personas en parques, vehículos de transporte público, o cualquier lugar donde se nota la presencia de gentes ociosas, especialmente en aquellas ciudades pequeñas donde la gente suele salir a la calle en frente de sus casas, en días de fiesta o en tiempo de calor.

Este último método tiene la ventaja de que a las personas desocupadas, se les evita la molestia de tener que ir a abrir la puerta, que siempre significa una contrariedad si la visita no es de un conocido.

El uso de folletos

Para ambas formas de labor evangelizante, es elemento de primer orden el folleto, breve y económico, que sirve para iniciar la conversación. Es del todo desaconsejable –por cómodo que sea– echar folletos

en buzones y debajo de puertas, aun cuando se haya tenido la buena precaución de poner en ellos el sello con la dirección de algún lugar de culto, pues sin el contacto personal es muy raro que el folleto –por bueno que sea– llegue a despertar suficiente interés para que una persona se decida a acudir a un local de culto desconocido. Siempre es mejor que nada, pero sólo puede permitírsele personas que cuenten con recursos propios para comprar los folletos, pues tiene muy poco mérito repartir a manos llenas lo que nada cuesta. Sólo es perdonable este sistema a personas muy celosas para la extensión del Evangelio, pero muy tímidas e incapaces de iniciar una conversación con personas ajenas; y la que tenga este carácter tiene el deber de esforzarse para saber dar un testimonio personal hasta que esté capacitado para poder hacerlo. El folleto debe servir en todos los casos como un medio para introducir una conversación y contacto personal. Resulta mucho más aprovechado el coste del folleto si antes de entregarlo se pregunta a la persona:

—¿Estaría usted dispuesto a leer este folleto si me permite regalárselo?

Lo que ocurrirá en un 95 % de los casos es que la persona preguntará: «¿Qué es esto?, o «¿De qué trata?». Ello dará ocasión a una respuesta de testimonio, que puede ser dada en estos términos:

- «Es un folleto evangélico que trata de nuestro porvenir eterno.»

- «Es un folleto evangélico que trata de lo que va a ocurrirnos cuando muramos.»

- «Es un folleto evangélico que trata de la salvación de nuestra alma.»
- «Es un folleto evangélico que trata del amor de Dios.»
- «Es un folleto evangélico que trata de Jesucristo y sus promesas para el más allá de la muerte.»
- «Es un folleto evangélico que trata de los problemas de las familias y de los hijos.»
- «Es un folleto evangélico que nos enseña cómo vivir en paz y amor con nuestros prójimos.»

Estas respuestas son adecuadas y aplicables a casi cualquier clase de folleto; o puede también responderse en una frase breve que resuma el contenido del folleto, sobre todo si se trata de los que llevan una breve ilustración anecdótica.

No se limite a decir «es un folleto evangélico», como si usted fuera un repartidor a sueldo, no interesado en el contenido del folleto, diga algo más que dé ocasión a alguna réplica, y quizá a una conversación, con la persona a quien usted ofrezca el folleto.

Es muy conveniente ir siempre provisto de algunos trataditos evangélicos para entregar a las personas con quienes entramos en relación y han respondido amablemente a cualquier pregunta que hemos tenido que hacerles. Tales incidencias son oportunidades que no debemos dejar escapar, pues el haber tenido antes conversación sobre cualquier tema o cuestión secular nos ofrece una introducción para el obsequio, y una posible conversación ulterior sobre temas espirituales. Representa una manifestación de aprecio por el pe-

queño favor que nos han hecho contestando a nuestra pregunta sobre la dirección de una calle, o sobre cualquier otro tema. Las personas recordarán mejor el motivo de nuestro interés. No parece tanto un acto de propaganda como un reconocimiento a su amabilidad.

Una estratagema eficaz

Una de mis tácticas, siempre que viajaba en tren por España visitando iglesias, era sacar de mi maletín varios folletos y dejarlos sobre el asiento del compartimento, si no se hallaba totalmente ocupado, y ponerme a leer yo mismo con mucha atención uno de ellos, como si lo desconociera, aunque la mayor parte los había escrito yo mismo. Y cuando me parecía que las miradas de los circunstantes indicaban la pregunta «¿Qué contendrán estos folletos que este señor los está leyendo con tanta afición?» levantaba la mirada y ofrecía un ejemplar a cada persona del compartimento. Casi siempre conseguía ver que algunos –o por lo menos un viajero– lo leía hasta el final, lo cual me permitía entablar, al fin, una conversación en voz alta con algunas preguntas: ¿Qué le ha parecido? ¿Le ha gustado? o ¿No es bien cierto lo que dice? ¿No cree que vale la pena hacernos las reflexiones que se encuentran en este folleto? Muchas veces la pregunta provocaba un diálogo o discusión en la que tomaban parte varios pasajeros. Otras veces me respondían con monosílabos, pero raramente. Casi siempre originaba una amplia oportunidad de testimonio.

Prudencia sin timidez

En ocasiones, personas religiosas católicas daban su asentimiento y facilitaban una conversación fraterna sobre temas religiosos. En esos casos procuraba enterarme de la estación en que debía bajar la persona o personas católicas; y no en seguida, para evitar que se cerraran y cortaran la conversación con un protestante (lo más común en aquellos tiempos, sobre todo si se trataba de alguien que vestía hábitos), les declaraba mi condición de pastor evangélico. Ya que habían manifestado su complacencia entusiasta ante las afirmaciones evangélicas que yo había hecho, deseaba que antes de bajar supiesen de quién procedía el lenguaje que ellos habían aprobado.

Otras veces la persona se adelantaba a decir: «Me parece que usted es un protestante», lo cual me permitía entrar en el terreno del diálogo controversial expresando con toda cortesía, pero con claridad y firmeza, nuestros puntos de disidencia del dogma católico.

De haber principiado con la controversia me habría sido imposible expresar las grandes verdades de la Redención por Cristo, en las cuales convenimos los católicos y los cristianos evangélicos, ni dar a todos los presentes la impresión favorable a nuestra fe que el método de prudencia hacía posible. Este método de prudencia, multiplicado centenares de veces por pastores y creyentes responsables, durante un siglo, ha contribuido a formar el cambio de opinión que hoy

reina en España entre la mayoría de católicos en cuanto a los antes odiados protestantes. Aunque a ello han contribuido también otros dos factores: las emisiones evangélicas por radio y la nueva táctica del Vaticano en cuanto a los disidentes, derivada del Concilio Vaticano II.

Lo esencial de nuestro mensaje es presentar a Cristo como Salvador completo y suficiente de los pecadores; combatir los errores de otra iglesia es accesorio. Si el interlocutor dirige la conversación hacia algún punto de conflicto, o pregunta nuestra opinión acerca de un tema concreto, hay que responderle con toda verdad y valentía; pero la seguridad de la salvación por Cristo es el tema esencial y principal y el que mejor impresión produce en los catolicorromanos fervorosos; a la vez que despierta una inquietante pregunta en el corazón de los indiferentes, por leve que sea el rescoldo de fe que haya quedado en sus corazones de su educación catoli-corromana.

¿Qué hacer con los que rehúsan el folleto o lo tiran al suelo?

Este último caso raramente ocurrirá si nos hemos tomado la sabia precaución de interrogar al receptor antes de soltar el folleto de la mano. Pero en el caso de que eso ocurra a nuestra vista es necesario inclinarse y recoger el folleto del suelo, pues todos los reglamentos municipales ordenan el mantener las calles limpias, y el distribuidor de folletos no tiene que

permitir jamás que los agentes de la autoridad puedan reprenderle por tal motivo. Además de demostrar, con ello, su aprecio por el folleto, que puede ser recibido por otra persona.

La prosecución, «follow up», de los contactos personales

Una precaución importante es preguntar a quien manifiesta algún interés especial por el Evangelio su dirección personal, adelantándonos a ofrecerle nuestra tarjeta, y si éste la da tan sólo de palabra procurar recordarla y anotarla, a fin de continuar la labor evangelística por correspondencia. Cada cristiano debería ser un agente evangelizador y, además de dar testimonios espontáneos, continuar enviando, al menos cada tres meses, un nuevo folleto a las personas que se han mostrado receptivas y simpáticas. Si alguna de ellas contesta, procede enviarle una carta personal con las señas de la iglesia más próxima, y los datos oportunos referentes a estaciones de radio, a su alcance, que emiten programas evangélicos.

Posiblemente algún lector dirá que un tal sistema requiere mucho trabajo y atención. Pero cualquiera que lo inicie se dará cuenta de que no es insostenible, ya que por desgracia no suelen ser muchas las personas a quienes hablamos del Evangelio que se interesen hasta el punto de estar dispuestos a darnos su dirección, y mucho menos las que contestan haciendo preguntas. El sembrar mucho, pero no continuar el

«follow-up», siempre que es posible, ¿no es hacer, exactamente, lo que se dice en Job 39:13-17, o sea, demostrar tan poca inteligencia y cuidado espiritual como el avestruz que pone sus huevos en el desierto y luego los olvida? Dejamos la continuación de la obra al poder y atención del Espíritu Santo; decimos que él es poderoso para bendecir el pequeño esfuerzo que hemos hecho al hablar de Cristo a una persona; todo ello está bien si regamos esta siembra con oración, pero aun la oración es un método demasiado fácil si no hacemos nada más para corroborar nuestro testimonio de un modo continuado. ¡Vale la pena ahorrar un poco de tiempo del que perdemos en fruslerías para dedicarlo a un servicio tan importante!

V

UN PUESTO EN LOS MERCADOS PÚBLICOS

Otro método plausible de evangelización es poner una mesa de libros en un mercado público. Este sistema tiene la ventaja de no tener que ir de casa en casa, y obligar a las personas a venir a abrir la puerta dejando sus ocupaciones, sino que éstas acuden a hojear los libros y así nos ofrecen la ocasión de hablarles del Evangelio, sin ninguna molestia de su parte.

Esta labor ofrece dos posibilidades: la venta de libros y el reparto de folletos como medio de entrar en conversación sin parecer intromisivos.

Tiene sólo la desventaja del coste de derechos a la Municipalidad. La evangelización de casa en casa puede hacerse fácilmente, sobre todo si no se hace como profesión diaria, sin coste alguno; pero no se puede eludir el pago de derechos en un mercado. Dicho coste puede ser cubierto, generalmente, por el descuento que hacen las librerías a los vendedores públicos; pero es difícil hacerlo como negocio, porque generalmente no es rentable, sino como labor voluntaria de evangelización.

El reparto de folletos no es prudente efectuarlo a granel, como si se tratara de propaganda, a menos que

se impriman hojitas menos costosas para tal objeto. El sistema más eficaz y prudente es empezar a hablar a los curiosos acerca de los libros y regalar un folleto solamente a los que han mostrado interés en sus preguntas (pero no suficiente hasta llegar a adquirir un libro), como una muestra de aprecio por su atención de pararse a examinar el estante. Esto da la oportunidad de decir algunas palabras del Evangelio y recomendar la lectura del folleto.

No abuse del reparto a granel

Algunos jóvenes emplean el sistema de tener a uno o dos de ellos detrás del *stand*, y otro, u otros, repartiendo folletos a todos los que pasan por delante, aún cuando pasen de largo, sin prestar la menor atención al puesto de libros. Este es un sistema tan equivocado como el repartir tratados a granel en plazas y parques, con la desventaja de que las personas en los parques suelen estar sentadas, y más dispuestas a leer, mientras que los que pasan por delante del puesto de libros no están en disposición de leer, sino de curiosarse en la feria; y lo más probable es que se deshagan del folleto tirándolo al suelo tras haber andado algunos pasos. Es cierto que algunos lo ponen en su bolsillo y pueden leerlo más tarde, pero en la mayor parte de los casos es un desperdicio del folleto, que siempre cuesta dinero, ora haya sido adquirido por el distribuidor, o regalado por alguna entidad evangélica. Lo más recomendable es entregar a los transeúntes, no un folleto, sino una hojita de propaganda de los libros

expuestos, indicando el lugar donde se halla ubicado el *stand*, con su número, si es una feria oficial. Si es un puesto ambulante, indicar el lugar en que el evangelizante suele acudir a exponer los libros, dando el nombre de la calle más próxima. Este método no resulta aconsejable más que en ferias de varios días, o en exhibiciones semanales, para que el coste de las hojitas sea bien aprovechado.

Aproveche el libro para evangelizar

Un método recomendable es incluir en los libros, al entregarlos al cliente, una hojita con el siguiente aviso:

«SI DESEA USTED CONOCER MÁS DETALLES ACERCA DE LAS VERDADES EVANGÉLICAS QUE SE EXPONEN EN ESTE LIBRO LE INVITAMOS A ESCUCHAR LAS EMISIONES RADIOFÓNICAS X... CONFERENCIAS PÚBLICAS EN LAS CALLES X Y X...

Es aconsejable poner las direcciones de todas las iglesias evangélicas de la ciudad sin distinción de denominaciones, con tal de tener la seguridad de que se anuncia en ellas el mensaje salvador de Cristo, y si se trata de una gran ciudad, las de la barriada o distrito donde se expenden los libros.

Como, desgraciadamente, no es de esperar que las ventas sean muy considerables, estos avisos incluidos en los libros pueden ser hechos por fotocopia o ciclostyle. Es aún más deseable que habiendo entrado en una relación más íntima con el comprador, éste facilite su dirección. Aun en tal caso es necesaria la hojita para que éste tenga otros medios de escuchar el Evangelio, aparte de su visita personal.

Todo evangelizante tiene que recordar que está buscando almas para Cristo, no exclusivamente para su propio grupo o iglesia, y que no va a obtener beneficios materiales que compensen su esfuerzo, sino que está dando parte de su tiempo y de su dinero al Señor –quien le pagará con creces– ya en esta vida o en la venidera.

Aproveche el más mínimo interés

La labor en los mercados públicos es muy distinta de la tarea personal por las casas, en parques o en la playa; en cuyas ocasiones hay que procurar no hacerse pesados a las personas con conversaciones excesivamente largas. En el mercado la iniciativa no parte del evangelizador, sino del público que se acerca a examinar los libros. Por tal razón hay que procurar entrar en conversación antes de que, satisfecha su curiosidad, la persona se aleje, pues está en plena libertad de hacerlo. Las personas tímidas, que tienen constante miedo de hablar, o de ser inoportunos, no sirven para el trabajo en los mercados, a menos que corrijan su timidez y se hagan francos y osados. A las preguntas de los curiosos que se acercan, jamás hay que limitarse a contestar con monosílabos, sino aprovechar los momentos para entrar en conversación.

Sin embargo, tampoco hay que ir al otro extremo de interrogar inmediatamente a todo el que se acerca para curiosear. En algunos casos ésta es la manera para cortar el interés de la persona y hacer que se aleje.

Es necesario estar atento al rostro y actitudes de la persona en cuestión, y tratar de entrar en diálogo en el momento en que está a punto de alejarse, si no da ninguna señal de interés. Los vendedores seculares suelen ser muy expertos en este arte. El evangelizante debe esforzarse en cultivar y desarrollar lo que vulgarmente se llama «don de gentes».

El método del coche bíblico

Un sistema magnífico y muy eficaz de concurrencia a ferias y mercados es el coche-librería, pero no siempre está al alcance de creyentes particulares. Es tanto mejor si el coche va equipado con sistema de altavoces. Este valioso instrumento de evangelización puede ser usado lo mismo en ferias y mercados que en otros lugares donde suele concurrir un número considerable de personas. Algunos lo sitúan a la salida de fábricas, o en plazas de barriadas.

A los que tienen el privilegio de contar con este valioso instrumento de trabajo, hacemos extensivas las mismas instrucciones que damos anteriormente para los vendedores que sólo cuentan con una modesta mesa portátil.

Modo de usar los altavoces

Nos resta añadir que los que tienen un coche equipado con altavoces deben usarlo con prudencia, dada la seriedad y valor del mensaje evangélico. No

es cuestión de usar el altavoz constantemente, a guisa de charlatán público. Un método muy recomendable es anunciar en medio de un *cassette* de música, no estridente, cada tres minutos: «A las X horas (dentro de 15, 12, 9, 6 y finalmente 3 minutos), podrán ustedes escuchar una conferencia sobre el tema...» (mencionar el que sea). Y llegada la hora, entrar en el coche y leer un artículo de algún periódico evangélico o un folleto, ya que tal lectura tendrá, naturalmente, mejor hilación de pensamiento que una improvisación de cualquier hermano, quizá con muy buena voluntad pero con pocos conocimientos para hablar en público. La revista «Decisión» publica buenos artículos apropiados para el público no evangélico. Hay muchas otras revistas cristianas con artículos a propósito. Es conveniente que el lector tenga una buena pronunciación, clara e inteligible, y que se esfuerce en ello leyendo el artículo en voz alta, en su propia casa, varias veces, para mejorar su dicción, empleando como críticos a sus propios familiares, o a algún hermano que tenga interés en esta obra. Es indispensable que lea con tal facilidad que ninguno de los oyentes –que no le ve, por hallarse dentro del vehículo– sea capaz de descubrir si está leyendo o no, sino que parezca que está predicando y sacando de su corazón las palabras que pronuncia.

No conviene que sean discursos muy largos. Por tal razón, quizá algunos de los artículos se tendrían que abreviar, suprimiendo párrafos que no corten el pensamiento del autor; lo que es siempre posible en artículos extensos pero bien redactados.

Tenemos un libro titulado *El Supremo Dilema*, que contiene 31 mensajes de 14 minutos de duración que fueron escritos expresamente para público no evangélico, y emitidos por Radio Tarrasa, los cuales pueden ser muy útiles para esta labor de predicar en lugares públicos por medio de altavoces, y lo están siendo para emisiones de radio en todos los países de la América Latina, por consistir en una serie de temas de gran interés, respondiendo a preguntas que suele hacerse la gente.

Otra posibilidad para usar el coche con altavoces es utilizar *cassettes* que se venden en librerías evangélicas, los cuales contienen también cantos apropiados. Este sistema tiene la ventaja de que el obrero evangélico puede atender a los clientes que se acercan a su puesto de libros mientras el *cassette* va emitiendo su mensaje, sin otra preocupación que entrar en un momento en el coche a pararlo, y volver a ponerlo en funcionamiento en el momento oportuno.

También cuando se usan *cassettes* que contienen mensajes es recomendable anunciar la radiación y el tema de tres en tres minutos, para preparar o juntar auditorio.

Procúrese evitar situar el coche muy cerca de otros altavoces de feriantes. Es preferible situar el coche en un lugar menos céntrico, pero más tranquilo, para poder utilizar el altavoz con provecho.

VI

LA PRESTACIÓN DE LIBROS

Un excelente procedimiento en la obra de evangelización es el préstamo de libros. Muchas veces hemos repetido en nuestros mensajes por las iglesias que el primer diezmo de cada nuevo convertido debería invertirse en algunos libros evangelísticos y apoloéticos para formar en su propio hogar una biblioteca de préstamo, siempre dispuesta para facilitar libros a las personas a quienes el creyente tiene oportunidad de dar testimonio, y se muestran dispuestas a recibir un libro prestado, hasta el punto de dar su nombre y dirección, para que pueda ser recogido el libro al cabo de un mes, o pueda visitárseles, o preguntarles por teléfono si han podido o no leerlo. Este método, además del beneficio espiritual que puede derivarse de la lectura, es una puerta abierta para una nueva visita y una nueva conversación. No importa que los libros se deterioren al pasar de mano en mano, pues son propiedad sagrada del Señor, una vez el creyente los ha dedicado a tal objeto.

Algunos buenos libros ingleses tienen en sus últimas páginas una cantidad de líneas en blanco para ir anotando los nombres de las personas que los han tenido en turno. Este sistema tiene sus ventajas y sus desventajas. Ventajas si los primeros nombres anota-

dos son de personas de prestigio, y desventaja si es a la inversa. Lo más importante es que el evangelizador tenga un buen archivo con las direcciones y la fecha de los libros prestados; pero lo indicamos como un ejemplo de lo práctico y eficaz que es la prestación de libros, para que lo imitemos los hispanos en nuestras labores de evangelización. También es importante para la edificación fraternal en favor de amigos imposibilitados o enfermos, por más que el objetivo principal de tal biblioteca particular sea la evangelización de no creyentes.

La prestación de libros es el método más eficaz para proseguir la evangelización, una vez se ha conseguido despertar el interés de una persona por el primer método, que es el reparto de folletos.

La venta de puerta en puerta

Muchos evangelistas itinerantes están practicando un método, mucho más difícil que el de la prestación gratuita, que es la venta de libros de puerta en puerta, generalmente para completar alguna pequeña ayuda que reciben en favor de tal obra. O por hallarse desempleados y necesitar algo, por poco que sea, para su subsistencia. Por lo regular, la ganancia es tan escasa que nadie podría subsistir mediante tales entradas, pero la venta de libros es siempre una pequeña ayuda. Algunos han de apelar al recurso de la limosna, el cual consiste en que, después de haber hablado un buen rato acerca del mensaje, ponen un libro en

manos de la persona (generalmente un evangelio, un librito gratuito o una obrita de evangelización económica adquirido a bajo precio) y cuando ésta pregunta cuánto vale, para aceptarlo o rehusarlo, responden: «Deme usted su voluntad», y en el 90 % de los casos reciben un donativo mucho mayor que el precio del libro.

Este recurso no lo emplean, naturalmente, quienes van a evangelizar por pura vocación misionera, sin necesidad de ninguna ayuda. En Norteamérica, la obra evangelística puerta a puerta la realizan cristianos muy bien acomodados, o empleados que ocupan elevados cargos. No sienten que sea vergonzoso ir de puerta en puerta, no a vender, sino a prestar libros evangelísticos, por amor al Señor y a las almas.

Libros adecuados al propósito de evangelización

Es muy conveniente que el creyente que se propone evangelizar por medio de literatura, conozca bien los libros que va a emplear. No es tan fácil leer un libro como leer un folleto; pero es indispensable una mirada al índice del libro, seguida de una lectura de aquellas partes que el índice indica que contiene mensaje evangélico, o responder a las inquietas preguntas del corazón humano ante el misterio de la vida, el universo y el más allá de la muerte.

En la labor de evangelización a personas desconocidas no conviene prestar libros voluminosos y de

difícil lectura, aunque mucho depende de las circunstancias del receptor. Si se trata de un enfermo o un inválido no tiene tanta importancia el volumen del libro, como si se trata de una persona muy ocupada en actividades seculares.

Por otra parte, es necesario que el libro se adapte a la mente del receptor y que sea de agradable lectura, sobre todo si se trata de niños o jóvenes. Hay novelitas que han sido escritas con el especial objeto de exponer el Evangelio, así como biografías e historias redactadas con tal propósito.

Como la producción de libros va aumentando de día en día, es imposible recomendar en un pequeño volumen como el presente una lista completa, pero vamos a intentar hacer un esbozo de algunos títulos que consideramos especialmente adecuados para particulares circunstancias.

Libros para niños que contienen un destacado mensaje de evangelización

De 4 a 8 años	¿Dios es muy grande? Dios es mi amigo Dios es mi ayuda
De 8 a 12 años	La amazona chiquita La pequeña fe

Libros para jóvenes

Amor en peligro
Sinfonía en tono de amor

El invernadero
¿Yo ser como Jesús?
Ser un hombre
Una dicha merecida
¡Corre, Nicky, corre!

*Para jóvenes y adultos con tendencia
al escepticismo e incredulidad*

¿Es razonable la fe cristiana?
El supremo dilema
A Dios por el átomo
Pruebas tangibles de la existencia de Dios
La nada o las estrellas
Cien preguntas acerca de Dios
La Naturaleza habla
El gran fraude intelectual

De evangelización en general para personas indiferentes

El camino hacia Dios
Paz con Dios
Mensajes de siempre para hombres de hoy
Dios espera encontrarte
Fe y bautismo
Tu vida cristiana
Cómo conseguir cosas de Dios
Religión o Cristo

Para adultos de tendencia catolicorromana

A las fuentes del cristianismo
Él único camino de salvación
La casa de doña Constanza
El cristianismo evangélico a través de los siglos
Origen e historia de las denominaciones cristianas

*Para espiritistas y personas preocupadas
por la vida del más allá*

El espiritismo y los fenómenos metapsíquicos
La inmortalidad
En el otro lado
La vida en el más allá
Regreso del futuro
Una visita a la Eternidad

Para enfermos e inválidos

Las bendiciones de la enfermedad
El Dios de todo consuelo
Meditaciones diarias
Libro de cheques del banco de la fe
El salmo del pastor
¿Qué sucede cuando las mujeres oran?
La alabanza da resultados
El poder de la alabanza
El propósito de la oración
Libros devocionales, novelas evangélicas y
relatos misioneros en general

Para sectarios mormones y rusellistas

Testigos de Jehová o de Satanás
Proceso a la Biblia de los Testigos de Jehová
Los testigos de Jehová a la luz de la Biblia
Invasores de la cristiandad
Los mormones
A Moroni con amor

Existen centenares de títulos a base de historias,
biografías y estudios bíblicos que son buenos e ins-

tructivos para niños, jóvenes y adultos cristianos; pero en este capítulo hemos querido referirnos sólo a libros a propósito para casos especiales. El lector puede añadir por sí mismo a esta lista aquellos libros que considere más adecuados para su biblioteca de préstamo, que le aconsejamos tener clasificada en estas ocho secciones. Es muy posible que de algún título sienta la necesidad de poseer más de un ejemplar, ya que se trata de dejar cada libro en préstamo, puede tenerlo ocupado durante algunas semanas, o meses, y en algunos casos más de lo previsto, pero aconsejamos no permitirlo más allá de 3 o 4 meses. Si la persona muestra interés y placer en ser visitada, pero arguye que no tiene mucho tiempo para leer, es aconsejable cambiarle el libro por otro de menos páginas, a fin de continuar manteniendo la puerta abierta para otras visitas.

VII

EL MÉTODO DE LA ENCUESTA

Este método consiste en visitar hogares de puerta en puerta dando a tal labor una apariencia más formal que la mera distribución de folletos, pues la persona que ha tenido la molestia de dejar sus ocupaciones para ir a abrir la puerta y se encuentra con que le ofrecen un folleto de escaso valor se siente contrariada y mal dispuesta a escuchar las palabras del evangelizante. Por tal motivo, los practicantes de este método no se presentan como distribuidores callejeros de propaganda, sino como agentes encargados de llevar a cabo una encuesta popular, diciendo a la persona que acude a atenderles:

«Perdone que le moleste un momento, pero soy un agente de... (aquí es conveniente dar el nombre de una sociedad de jóvenes, de señoras o de cualquier entidad recién formada que suene bien, como “Sociedad Promotora del Bienestar Moral”, evitando un nombre eclesiástico o religioso), y le agradecería muchísimo fuese tan amable de responder a tres preguntas, nada más que tres».

Si se nota titubeo de aire negativo, es buena política insistir:

«No son más que tres preguntas, usted no tendrá que escribir ni firmar nada, y como compensación a la molestia que le estoy ocasionando, voy a obsequiarla con este libro» (un libro que no sea un simple folleto de cuatro páginas, sino un evangelio o uno de los muchos libros de 64 páginas de distribución gratuita, o uno de venta en librerías evangélicas, si los recursos del evangelizante se lo permite).

El ejemplo de los rusellistas

Los formidables éxitos de los llamados Testigos de Jehová son un ejemplo de la eficacia de la labor personal y un acicate para llevarla a cabo nosotros con mayor razón y motivo. Ellos no tienen un mensaje tan claro y precioso como el nuestro, ya que no creen en la supervivencia del alma, que el día menos pensado puede ser llamada «para estar con Cristo lo cual es muchísimo mejor» (Filipenses 1:24); ni tampoco que la morada que Jesucristo anunció a sus discípulos iba a preparar (Juan 14:2) sea para nosotros, sino tan sólo para 144.000 escogidos; su anuncio es sólo de un reinado de paz sobre esta misma tierra después de la resurrección, doctrina en la cual nosotros también creemos, pero que es más difícil de explicar o aceptar si se empieza por negar la supervivencia del alma, mientras que nosotros podemos dar una esperanza de salvación gratuita e inmediata tras la muerte, apoyándonos en citas de la Sagrada Escritura, como Filipenses 1:23, 2ª Corintios 5:1-10, Lucas 23:39-43 y

Apocalipsis 14:13, por tal razón, nuestra propaganda evangélica debería tener más aceptación en los países de tradición católica-romana que la suya, si fuese practicada con la misma tenacidad que ellos lo hacen.

Además, no tenemos dos grandes inconvenientes derivados de su interpretación bíblica y de los mandatos eclesiásticos de sus jefes: la prohibición de cumplir el servicio militar (exigencia que ha llevado a centenares de jóvenes «testigos» a la cárcel), ni la forzada abstención de transfusiones de sangre, ni aún en peligro de muerte. Todo ello debería hacer lógicamente más difícil para nuestros conciudadanos aceptar la doctrina de los rusellistas que la cristiana evangélica. Sin embargo, ha sido totalmente al revés. Ellos han aumentado su membresía muchísimo más aprisa que las iglesias evangélicas.

¿Cuál es la razón? La única explicación de su enorme crecimiento es que practican mucho más que nosotros el evangelismo personal. Nosotros presentamos un evangelio más fácil, atribuyendo la seguridad de nuestra salvación a las promesas de Jesucristo, en virtud de su obra redentora; es decir una salvación gratuita, por la fe, mientras que ellos insisten en proclamar una salvación por las obras, declarando que es necesario que cada adepto rusellista gane su propia salvación, o derecho a resucitar, mediante su propia labor proselitista, yendo de casa en casa a llevar la buena nueva del Reino.

Nosotros tenemos el mismo mandato de parte de Nuestro Salvador a quien profesamos amar, y muchas

más razones para amarle y obedecerle que ellos a sus jefes de Brooklyn, pero nuestro jefe invisible es mucho menos exigente que sus jefes visibles de «la Torre del Vigía»; por lo menos así nos lo imaginamos. Él nos ama tanto que acepta cualquier cosa que hagamos por Él, sea poco o mucho; y aun-que sabemos que «es menester que todos nosotros aparezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno reciba según lo que hubiere hecho por medio del cuerpo, ora sea bueno o malo» (2ª Corintios 5:10), forjamos a nuestro antojo la medida de su mandato de predicar el Evangelio a toda criatura. Creemos que Él nos salvará de todos modos, recibiéndonos inmediatamente en su Reino Espiritual cuando muramos; y aun, que añadirá a la corta medida de nuestro fruto espiritual aquella benévola y tan manoseada promesa: «*Bien, buen siervo y fiel, sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré, entra en el gozo de tu Señor*»; y confiados en esta benevolencia descuidamos nuestros deberes cristianos o los reducimos a su más mínima expresión.

¿Es justo este proceder? ¿Está de acuerdo con el amor que profesamos tener a Nuestro Salvador, así como a la gratitud que se merece su obra completa, perfecta y tan cruenta a nuestro favor? ¡Oh, que este pensamiento nos estimulara a la obra del evangelismo personal, que todos, todos, por pocos dones que tengamos, podemos llevar a cabo, dentro de nuestras circunstancias!

Las preguntas para el método de encuesta pueden ser:

- 1.^a ¿Profesa usted alguna religión? Si la respuesta es: Soy católico-romano (como es lo más frecuente en España y países de Sudamérica), la pregunta siguiente debe ser:
- 2.^a ¿Es usted católico profesante o practicante? Esta definición la aceptan incluso en los círculos eclesíásticos y si es necesario aclararla puede decirle qué significa si asiste con mucha frecuencia a su iglesia y argumentar a continuación sobre la necesidad de dar la mayor importancia a las cosas espirituales ya que nuestra vida transcurre tan aprisa, etc. Esto puede dar lugar a que la persona considere al visitante como un católico fervoroso. De ser así, no se apresure usted a contestar: «¡Oh, no!, yo soy protestante, o cristiano evangélico», a menos que las respuestas muestren una inclinación antirreligiosa. No se cierre usted mismo la oportunidad de dar testimonio de las cosas que son comunes a la fe católica y a la evangélica, pero que nosotros enfatizamos mucho más. Repita las mejores promesas que tenemos en el Nuevo Testamento acerca de la salvación por la fe, y las seguridades sobre la vida eterna que Jesucristo da en el evangelio de Juan. Cite textos de este Evangelio, por poco que descubra en la persona visitada algún vestigio de fe. Ya vendrá el momento de hablar de lo que nos separa del catolicismo. No las anticipe, lo que le cerraría el camino para hablar de lo más importante, el mensaje evangélico, desviándose a cuestiones menos importantes de credo o dogma.

Si las respuestas asumen un cariz antirreligioso, o anticatólico, apresúrese a identificarse como cristiano evangélico; pero no se le una con entusiasmo a hablar en contra de la Iglesia Romana, antes bien diga que cada cual dará a Dios razón de sí, y que los hipócritas religiosos serán juzgados, pero no pierda el tiempo insistiendo en aquello de lo cual la persona visitada ya está convencida, pensando que de este modo se hará simpática a ella, antes vaya al grano en cuanto a lo positivo, y deje lo negativo para cuando la persona visitada empiece a ver la luz de la salvación, o muestre algún interés en éste –para ella nuevo– aspecto de la fe cristiana. Una de las ilustraciones que puede utilizar en el caso de personas que se desatan en improperios contra la Iglesia Católica, es el ejemplo del barco o vehículo averiado. Explíqueles que nuestra vida no es sino como un viaje a la eternidad. Si nos damos cuenta de que el barco en el cual nos hemos encontrado viajando está averiado y no puede llevarnos al puerto, lo inmediato y más urgente es buscar otro barco. La Iglesia Católica no puede ser enmendada por nosotros, no está en nuestra mano el hacerlo, pero lo que nos interesa es nuestra propia alma, ya que la Palabra de Dios dice que «cada cual dará cuenta a Dios razón de sí», etc.

- 3.^a La última pregunta variará, según la respuesta de las dos primeras: Si la respuesta muestra una inclinación religiosa católica, o de cualquier otra fe, pregunte: «¿Qué cree usted que le ocurriría a

su alma si al atravesar esta calle un coche la atropellara y le dejara cadáver?» Y ello le dará oportunidad de ratificar las grandes promesas de Jesucristo en cuanto a la salvación, ante la inseguridad que fácilmente demuestran las personas, aun las religiosas, pero no nacidas de nuevo, ante esa tajante cuestión.

Si la respuesta es en sentido antirreligioso, presente pruebas que se exponen en los capítulos dedicados al ateísmo y al escepticismo, páginas 79-105. Muéstrole que este mundo no puede haberse formado a sí mismo, ante todas las pruebas de inteligencia y designio que se muestran en su organización, particularmente de nosotros mismos, los seres humanos. Somos una máquina maravillosamente dispuesta. Es muy efectivo el argumento de comparar nuestro cerebro a una complicada computadora electrónica.

No intente decirlo todo el primer día, haciéndose un visitante pegajoso y pesado. Procure obtener la dirección de la persona, si se trata de una conversación en un lugar o en un vehículo público. Si se trata de un domicilio visitado por usted, procure recordar la dirección anotándola cuando salga a la calle. Procure dejar siempre alguna lectura, ya sea folleto o libro, según los casos, dejando así la puerta abierta para una segunda conversación. Haga la primera tan interesante que la persona desee otra, cortando la primera antes de que se haga pesada.

Consejos para el diálogo personal

La misma advertencia, de ser breves y concretos, tenemos que dar a los que evangelizan por medio de conversaciones personales, no tanto por las casas como en lugares públicos.

Por lo general, el signo indubitable de que su interlocutor está cansado y desea ya que usted se calle, es cuando él se calla. Hay buenos creyentes tan abundantes en celo y buenas intenciones como cortos de inteligencia, que sin hacer caso de esta señal siguen hablando, con detalles innecesarios o exhortaciones inoportunas, cuando su interlocutor se queda callado, pero por necesidad (por ejemplo, cuando están de viaje) no puede despedirse de usted y tiene que permanecer a su lado. Si usted tiene un vivo celo para continuar hablándole del Señor, no lo haga incesantemente, como una cotorra o un aparato de radio; cálese y deje descansar a la persona que tiene a su lado para que ella tenga tiempo de meditar en lo que usted le ha dicho, o para lanzarse por el camino de sus propios pensamientos, si no está interesada en lo que usted le habla.

Déjele descansar por unos minutos, y si desea seguir la conversación con mayor provecho haga intentos de reanudarla, pero no antes de 5 o 10 minutos de silencio. Es posible que si esa persona no ha querido entrar en diálogo antes, lo haga la segunda o la tercera vez que intente hablarle, si usted ha sido lo suficiente prudente para callarse por un breve inter-

valo de tiempo. Un método oportuno, en tales ocasiones, es dirigirse a otro de los presentes. En varios casos he comprobado que la persona que se calló antes, pareciendo estar cansada mientras me dirigía a ella, ha tomado interés en la conversación dirigida a la otra persona hasta el punto de entrar de nuevo en la conversación, bien para contradecir o para aprobar, y entonces he podido reanudar la conversación con ella.

Además, con esta táctica, usted podrá pensar mejor, y sus propias palabras serán mucho más acertadas que si prosiguiera hablando y hablando, porque usted habrá tenido tiempo de escogerlas entre los diversos pensamientos que acudirán a su mente para intentar reanudar la conversación.

El anterior consejo sólo es para cuando su interlocutor se halle obligado a permanecer a su lado; no tiene validez para aquellos casos en que las personas se nos acercan voluntariamente y pueden alejarse cuando les plazca. En este caso, cuanto más se alargue la conversación, tanto mejor, mientras no tenga necesidad de atender a otra persona.

Parte 2

Diálogos evangelísticos

«Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros»

(1 Pedro 3:15)

Aunque la iniciativa del evangelismo debe partir del creyente, es lo más frecuente, y deseable, que dé lugar a un diálogo en el cual la persona contactada expresará sus pensamientos de negación, de duda o de excusas, con respeto al llamamiento del Evangelio. Para ello es necesario que el evangelizador esté preparado para responder del modo adecuado, según los casos. Aunque es imposible anticipar todas las preguntas y las respuestas que pueden producirse, vamos a presentar algunos casos típicos más comunes, que pueden servir como modelo de otros similares.

CÓMO RESPONDER A LOS ATEOS

A. Yo no creo en Dios. La ciencia ha descubierto, hace ya mucho tiempo, que la hipótesis Dios o dioses fue una idea de gentes ignorantes que no sabían explicarse los fenómenos de la Naturaleza y los atribuían a seres imaginarios.

R. ¿Y es que nosotros podemos explicarnos las maravillas de la Naturaleza prescindiendo de Dios? La idea de Dios es, lo sé, una hipótesis, pero una hipótesis no sólo muy probable sino absolutamente necesaria. El apóstol Pablo dijo: «Las cosas invisibles de Él, su eterno poder y divinidad se hacen altamente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa» (Romanos 1:20).

Esta respuesta bíblica se puede ampliar presentando el ejemplo de cualquier construcción, o mejor aun maquinaria, la cual, aun cuando no conozcamos a su inventor o constructor, el mismo instrumento nos revela de un modo innegable, que fue creada, primero, en la mente de un autor inteligente.

A. *Esta eterna potencia y divinidad no existe, todo ha venido de la evolución de los elementos y de los seres vivos a través de miles de millones de años.*

R. La evolución puede ser uno de los medios auxiliares de que Dios se sirvió para el perfeccionamiento del mundo y de sus criaturas vivas; pero de ningún modo puede ser el motivo o causa de su existencia; pues se ve de un modo demasiado patente la sabiduría y designio, detrás de todas ellas. El salmista David escribió con mucha razón: «*¡Cuán grandes son tus obras, ¡oh Señor!, hiciste todas ellas con sabiduría, la tierra está llena de tus beneficios*». Asimismo leemos en el Salmo 19: «*Los cielos cuentan la gloria de Dios y la expansión denuncia la obra de sus manos*».

El argumento de organización por evolución es-tá basado en la casualidad y hay muchas cosas en el orden de la Naturaleza demasiado bien dispuestas para ser producto de la casualidad. Una evolución no dirigida por una mente sabia y poderosa se habría destruido a sí misma, pues por cada resultado acertado diez mil no acertados habrían hecho nulo el acierto. Es posible que por casualidad se formen en miles de años, dentro de cuevas gotosas, esta-lactitas o estalagmitas calcáreas, que pueden tener un toscó parecido con las figuras escultóricas creadas por el arte humano. Pero no podríamos pretender hallar una Venus de Milo, o un Moisés de Miguel Ángel, formados en una de tales grutas, por efectos de la acumu-

lación casual de los productos calcáreos que arrastra el agua.

A. *Es que en muchos millones de años todo es posible.*

R. Es posible todo aquello que no revele un claro propósito, producto de inteligencia, como el ejemplo antes citado de las estalagmitas y estalactitas. La casualidad puede haber dado lugar en un ser humano a una verruga, o una peca, pero formar un ojo, con todo el arte y designio intencionado que aparece en el maravilloso instrumento de la visión, es imposible, ni en un millón ni en cien millones de años.

A. *Bueno, son las leyes de la Naturaleza.*

R. ¿Y a quién podemos atribuir tales leyes? La ley requiere siempre un legislador que haya pensado los pros y los contras. Las leyes naturales requieren un Legislador que las haya dispuesto y ordenado con algún propósito útil, o con varios propósitos útiles a la vez, y esto es aún más admirable.

A. *Hay una gran diferencia entre las leyes civiles y las naturales, las leyes naturales son propiedades de la Naturaleza.*

R. ¿Y por qué habrían de serlo? Usted sabe que la materia está formada por electrones y protones de

energía. ¿Quién dispuso que los protones y electrones se asociaran en la forma que los hallamos en la Naturaleza para formar el átomo. Y luego que se asociaran los átomos, no en un conglomerado informe, sino de manera que han resultado útiles para la construcción del mundo, y más tarde de los seres vivos? Por ejemplo: Que dos átomos de hidrógeno y uno de oxígeno formen el maravilloso elemento que llamamos agua, no es casual. ¿Por qué? Porque el agua tiene una multitud de propiedades muy útiles para el propósito final del Creador, que era la vida en nuestro planeta.

No menos maravilloso es que dos átomos de oxígeno y uno de nitrógeno formen este gas admirable que llamamos aire, que cumple nada menos que seis objetivos maravillosamente beneficiosos, como son: purificación de nuestros pulmones, transmisión del sonido, alimentación ambiental de las plantas, y sobre todo la separación del abundante vapor de agua que alguna vez envolvió totalmente la tierra, y más aún que sean su moléculas totalmente transparentes e invisibles, a pesar de estar más apretadas y ser más pesadas que las del vapor, para permitir a los seres vivos el magnífico fenómeno de la visión.

A. Sí, son todos estos detalles y cualidades del aire muy beneficiosas y útiles, pero es la Naturaleza que lo ha hecho así.

R. Pero yendo al fondo de la cuestión, no existe razón alguna para que se hallen combinadas las cosas

de un modo tan acertado. Por esto algunos llaman a la Naturaleza, la «sabia Naturaleza». Pero si tiene el atributo de «sabia» no puede ser meramente el conjunto de materia inerte que nos rodea, y que analizamos con nuestros sentidos, pues la materia inerte, por sí sola, jamás se habría combinado de un modo inteligente. Debe haber detrás de la materia inerte algún Poder supremamente sabio que lo organizó según lo vemos y observamos. De ahí que sea bien acertada la exclamación del poeta bíblico: «*¡Cuán grande son tus obras, oh Jehová, hiciste todas ellas con sabiduría!*»

Otro poeta y científico, más reciente, lo expresó con mayor detalle en versos actuales diciendo: «Vemos las cosas grandes (*mundos, montañas, mares*) formadas de cosas pequeñas (*arena, moléculas, gotas*) y las cosas pequeñas (*átomos y bacterias*) formadas por cosas más pequeñas (*electrones, iones*) hasta que al fin aparece Dios detrás de todas ellas».

Otro escritor inspirado decía: «*Por fe entendemos que el universo fue enteramente organizado por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de cosas no visibles*».

Con todos los descubrimientos de los últimos dos siglos, los sabios han venido a decirnos que la materia en su última esencia es mucho más etérea, mucho más semejante al espíritu que lo que se suponía antes. La relación de la materia con el espíritu es una vieja cuestión que ha sido debatida en todas las edades. Comúnmente se ha sostenido que son dos cosas distintas entre sí, y naturalmente, los que querían

atenerse sólo a lo tangible, negaban la existencia del espíritu, aun cuando ello les llevara al absurdo, al tratar de explicarse el orden, invención y designio que se revela en las obras de la Naturaleza. Pero hoy los sabios nos dicen... «*La materia ha dejado de ser lo que era antes, ya que hallamos que sólo podemos expresarla en términos de energía*».

Si esto es así, ¿no será el Espíritu una forma superior de energía y Dios mismo la Energía Suprema e Inteligente de este misterioso universo, que ya ha dejado de ser materia simple, para convertirse a nuestros ojos, abiertos por la ciencia, en un universo de luz condensada en formas materiales?

De este modo, frases bíblicas como aquella de que «*Dios es Luz y en Él no hay ninguna tiniebla*» y la no menos enfática e incontestable «*En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres*», así como la afirmación de San Pablo «*En Él vivimos y nos movemos y somos*» (Hechos 16:28), se hacen mucho más inteligibles.

A. *Todo lo que quiera, pero el caso es que nadie ha visto a Dios.*

R. Es cierto, la misma Biblia lo dice: «*A Dios nadie le vio jamás*», aunque algunas veces Él ha querido hacerse visible por medio de un desenvolvimiento o materialización de sí mismo. (La palabra no es del todo exacta, porque desconocemos la relación que existe entre la materia y el espíritu.) Esta manifestación de la Divinidad invisible se llama en el A.T. «el

ángel Jehová», y en el N.T. lo hallamos realizado en la encarnación –en el seno de la Virgen María– del Dios hombre, Cristo Jesús.

Vea usted cómo fue profetizado su nacimiento: «Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña para ser contada entre las familias de Judá, de Ti saldrá el que será señor en Israel, y sus orígenes (o salidas *exomai*) son desde el principio, desde los días de la eternidad.¹ El lenguaje es muy judío, pero se revela aquí tanto la eternidad y divinidad del niño que nacería en Belén, como sus teofanías, o salidas del seno de la divinidad invisible para hacerse visible a sus criaturas. La salida aquí profetizada fue, empero, muy diferente a las anteriores. En ésta «el Verbo» se hizo carne para llevar a cabo la maravillosísima revelación del amor de Dios, sufriendo por los hombres.

1. *Exomai* es una de las palabras hebreas de doble sentido. Significa principio y también salida. El libro de Éxodo es el libro de la salida de Israel de Egipto.

II

CÓMO RESPONDER A LOS ESCÉPTICOS

En labores de evangelización tropezamos muchas veces con escépticos, que no niegan la existencia de Dios, pero nos dicen, más o menos, lo siguiente:

E. «Yo no soy ateo, yo creo que algo debe existir detrás de todo lo maravilloso que hay en la Naturaleza; pero no creo que sea posible saber nada acerca de este gran misterio y pienso que nunca lo sabremos. Por tanto no me preocupo de ninguna religión, ya que nadie sabe lo que es Dios.»

¿Qué debemos responder a quienes nos hablan en semejantes términos?

R. Una respuesta bastante comprensible y efectiva es ponerles el ejemplo de un padre. Jesús vino a hacernos la gran revelación de que el Poder invisible que adivinamos detrás de las maravillas de la Naturaleza puede y debe ser considerado como nuestro Padre Celestial; no sólo porque Él ha dado vida a todo lo existente sino porque sus sentimientos son los de un padre hacia sus criaturas, por más que nosotros no comprendamos su modo de actuar y muchas veces

nos parezca un misterio. Jesucristo, después de resucitado, cuando sus discípulos estaban ya más asombrados de su pensamiento porque había estado doctrinándoles durante tres años, ante el hecho asombroso, pero innegable para ellos, de su resurrección, les dijo: «*Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios*».

Aun cuando ignoremos mucho acerca de Dios, tenemos deberes innegables con respecto a un Ser a quien debemos, no solamente la vida, sino todos los bienes de que disfrutamos, esto es lo que quería significar el apóstol Pablo en aquel texto en que dice: «*Las cosas invisibles de Él... se echan de ver por las cosas que vemos y tocamos; y que los que no quieren reconocerlo son "inexcusables"*». Suponga usted –podemos decir al interlocutor escéptico– que sus hijos, ya mayores, que se han ausentado del hogar paterno, dicen: «Yo no discuto la existencia de mis padres, pero no me ocupo de ellos, no les busco ni trato de comunicarme con ellos, no los maldigo ni les voy detrás, simplemente no quiero saber nada de ellos».

E. Es que hay una gran diferencia entre los padres naturales que conocemos, y Dios, a quien no conocemos.

R. Pero esto no nos exime del deber de admirar y agradecer sus obras. Dios era menos conocido por los hombres inspirados que escribieron el A.T., que para nosotros, que tenemos la última revelación que nos

dio por medio de Jesucristo; sin embargo, encontramos en aquellos escritos una reverencia y una gratitud extraordinaria hacia Jehová (El que ha sido, es y será), pues tal es el significado del nombre. Por ejemplo en el Salmo 92 leemos: *«Bueno es alabarte, ¡oh Jehová!, y cantar salmos a tu nombre, ¡oh Altísimo!, por cuanto me has alegrado, oh Jehová, con tus obras; en las obras de tus manos me gozo. Cuán grandes son tus obras, oh Jehová, muy profundos son tus designios. El hombre necio no entiende y el insensato no comprende, que si brotan los impíos como la hierba y florecen todos los que hacen iniquidad, es para ser destruidos eternamente».*

¿Usted se conforma con ser destruido, o condenado eternamente?

E. Es que yo no soy impío, soy un hombre de bien que procuro no hacer mal a nadie.

R. Es cierto que la palabra impío ha recibido una connotación algo equivocada en nuestra lengua castellana, pero si la estudiamos etimológicamente nos daremos cuenta de que el verdadero significado de impío, es sencillamente, no-piadoso. No significa ser ladrón, o asesino, sino simplemente no tener sentimientos de piedad, de fe, de gratitud y amor a Dios. En este sentido usted es in-pío, usted mismo acaba de declararlo.

E. Es cierto, no soy un beato.

R. Sin embargo la revelación de Dios a este mundo condena tanto a beatos como a «impíos», si su conducta no es según la voluntad de Dios. Jesús condenaba a los beatos de su tiempo, que eran los fariseos, y los llamaba hipócritas; pero también, exhortaba a todos, desde el mismo principio de su ministerio, diciendo: *«El tiempo se ha cumplido, y el Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed el Evangelio»*. Y a algunos que se consideraban justos porque no habían sido objeto de una calamidad pública que había costado la vida a varios ciudadanos, y ellos continuaban vivos por la misericordia y paciencia de Dios, les exhortaba diciendo: *«Si no os arrepintiereis todos pereceréis de la misma manera»*. Y decía una gran verdad, puesto que la muerte no perdona a nadie y lo mismo que había sucedido a aquellos ciudadanos de Galilea víctimas de una catástrofe, les ocurriría a ellos un poco más tarde, y nos ha de ocurrir a cada uno. Si no de un modo, de otro, nuestros cuerpos han de perecer.

E. Claro, todos tenemos que morir; de esto no se escapa nadie.

R. Pero Jesús, que había venido del mundo del espíritu que es el mundo de la vida, veía las cosas de un modo muy diferente que nosotros, que disfrutamos de la vida en el cuerpo físico, sólo por una breve temporada de X años. Para Él todos los hombres eran como un rebaño de ovejas destinado al matadero; de ahí su interés en hacerles partícipes de la vida

eterna que Él vino a traernos. Por esto podía decir: «*No temáis a los que matan el cuerpo mas no pueden matar el alma, temed más bien a Aquel que puede destruir alma y cuerpo en el infierno*» (Mateo 10:28).

E. Pero yo no soy tan malo como para merecer el infierno. Esta idea la inventaron los curas para tener espantada a la gente y dominarla a su gusto.

R. No, amigo mío, esto no lo inventaron las autoridades de la Iglesia Católica, sino que son palabras que se encuentran en los más antiguos documentos de la fe cristiana, es decir en los Evangelios, y aun cuando hay diferencias de opinión acerca de lo que realmente significa la condenación (que por supuesto no será igual para todos los hombres, según descubrimos en Mateo 11:20 y Lucas 12:47-48), y hay quienes opinan que será separación de Dios en tinieblas, otros sufrimiento, y otros extinción del alma; no quiera usted arriesgarse a conocer experimentalmente lo que será, puesto que éste es el gran peligro del cual Jesucristo vino a advertirnos muy seriamente, y Él mismo declaró que vino a padecer en la cruz del Calvario y resucitar, para poder librarnos de ello. De tal gravedad lo consideraba, y Él conocía muy bien las cosas del más allá.

E. Pero yo le repito que no creo que Dios vaya a castigar en la otra vida sino a personas muy culpables, pero no a individuos honrados como usted o yo.

R. Lo que usted crea, ni lo que yo crea, no nos librarán, si Él nos considera indignos de entrar por nuestros méritos en regiones de absoluta santidad. Que no seamos tan malos como otros es bien posible; pero tampoco somos perfectos. Ni usted ni yo hemos cumplido el primer mandato de la Ley de Dios, que dice: «*Amarás a tu Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo*». No hemos amado a los menos afortunados que nosotros, como a nosotros mismos; hemos sido esclavos de nuestro egoísmo. Y en cuanto a la primera parte del mandato divino «*amarás a Dios sobre todas las cosas*», ¿no cree que la propia despreocupación que usted ha manifestado hace un momento, es ya una ostensible ofensa para el Autor de todos los bienes de que disfrutamos?

El apóstol Pablo, refiriéndose a los paganos de tiempos pasados, dice: «*Y como ellos no tuvieron a bien el reconocer a Dios, Dios les entrego a una mente reprobada para hacer cosas impropias*» (Romanos 1:28), luego cita una lista larga de cosas malas que los hombres han hecho, y aunque muchas de las tales cosas no pueden ser atribuidas ni a usted ni a mí, dice el mismo apóstol: «*No hay justo ni aun uno, no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios*» (Romanos 3:10). De modo que el no buscar a Dios es ya en sí una impiedad, porque significa culpable ingratitud.

Y hablando el mismo apóstol a los sabios de Grecia, en su Areópago de Atenas, después de explicarles que Dios es el Espíritu infinito que da a todos vida y aliento y todas las cosas, añade que lo ha

hecho para que los hombres busquen a Dios: «*Si tal vez palpando pueden hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros*» (Hechos 17:27), y en Amós 5:4 leemos: «*Así dice Jehová: “Buscadme y viviréis”*».

E. *¿Y cómo se puede buscar a Dios si nunca le hemos visto ni nadie le puede ver?*

R. A Dios, en su esencia, ciertamente no podemos verle, pero tenemos el deber de buscarle a través de la revelación que Él ha hecho de sí mismo, de un modo muy especial, mediante el Verbo encarnado, que en palabras humanas llamamos su Hijo Jesucristo. En Juan 1:18 leemos: «*A Dios nadie le vio jamás, el unigénito Hijo que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer*».

E. *Pero hay tantas religiones y tantos modos de pensar acerca de este gran misterio, que es muy difícil saber dónde está la verdad.*

R. Es cierto, a causa de la influencia del maligno que ha inculcado toda clase de ideas extrañas en las mentes de los hombres, como dice el apóstol Pablo: «*Pero si nuestro Evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el Dios de este mundo cegó los pensamientos de los incrédulos, para que no les resplandezca la iluminación del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*» (2ª Corintios 4:4).

E. *Yo no niego la existencia de Dios, pero si existe debe haberse olvidado ya de este mundo, pues los*

mismos elementos de la Naturaleza, que parecen bien ordenados para beneficio de los seres vivos, a veces producen mucho mal cuando se desatan en terremotos y ciclones, inundaciones o incendios, y obran sin misericordia. Si existiese un Dios sabio y bueno detrás de estos elementos, esto no ocurriría.

R. Usted reconoce a un Ser que obró con benéfica sabiduría al ordenar este mundo y que actualmente parece estar desatendido de Él, porque no evita catástrofes naturales. Entonces usted no quisiera que Dios hubiese dictado a la materia leyes fijas y permanentes. ¿Cómo quisiera entonces que mantuviese Dios el equilibrio del Universo?

Todos sentimos que es un gran beneficio para los seres vivos la existencia del agua, precioso elemento que no se encuentra en los planetas vecinos a la Tierra, pero en ciertas circunstancias, un exceso de lluvia puede causar inundaciones. Del mismo modo, ¿quién dejará de bendecir a Dios por el aire que respiramos, que sirve para tantas cosas útiles en el orden de la creación (véase lo dicho en páginas 82 y 83), por más que de vez en cuando un ciclón cause devastaciones en alguna parte de la Tierra.

¡Cuántas veces podemos dar gracias a Dios por el fuego que nos calienta, y nos ayuda a cocer los alimentos, y a ablandar y transformar la materia sólida de los metales, por más que alguna vez causa daño, al producirse un incendio!

E. Pero si existe Dios debiera intervenir en tales casos.

R. Entonces quisiera que Dios efectuase milagros a cada momento en que nosotros hemos tenido un descuido, y que no hubiese dejado las leyes de la Naturaleza obrar por sí mismas.

E. Exactamente. Esto es lo que quisiéramos todos los que estamos en duda acerca de la religión. O, de otro modo, que hiciera aparecer letras de fue-go en los cielos que indicaran cuál es la religión verdadera.

R. Y ¿en qué lengua quisiera usted que fuera redactado tal letrado en un mundo donde existen millares? Además, si Dios obrara de este modo, usted sería el primero que se sentiría esclavizado, por tener que practicar alguna religión por la fuerza. ¿No comprende que de semejante modo no sería factible la prueba del amor, la fe y la gratitud, que Dios quiere despertar y mantener en los corazones de un número de hombres y mujeres por los siglos de los siglos?

En cierta ocasión en que los paganos querían rendir culto al apóstol Pablo, a causa de un milagro que había hecho, creyendo que era el Dios pagano Júpiter, el apóstol Pablo y su compañero Bernabé tuvieron que protestar diciendo: «*Varones, ¿por qué hacéis esto?, pues nosotros somos hombres de igual condición que vosotros, que os anunciamos que de estas vanidades os convirtáis al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que*

en ellos hay; el cual, en las generaciones pasadas, ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y estaciones del año fructíferas, llenando de sustento y alegría nuestros corazones».

«Y diciendo estas cosas –relata el evangelista Lucas–, a duras penas lograron impedir que la multitud les ofreciese sacrificio.»

«Pero entonces –continúa explicando el escritor Lucas–, vinieron de Antioquía y de Iconio unos judíos que persuadieron a la multitud, los que cambiaron inmediatamente de parecer (creyendo, sin duda, que en lugar de ser un dios, era un mago poseído de poderes infernales); y después de apedrear a Pablo le arrastraron fuera de la ciudad dejándolo por muerto» (Hechos de los Apóstoles 15:14-20).

E. ¿No ve usted que si Dios hubiese intervenido en favor de Pablo no hubiera ocurrido esto?

R. Sí, pero ¿dónde habría quedado la libertad y responsabilidad de aquellas mismas gentes? Todos habrían creído, pero obligados por el terror. No habría habido lo que narra a continuación el versículo 20, que vinieron los que de corazón habían creído el mensaje del Evangelio y le rodearon de cuidados, lamentando la ceguera moral de aquella gente pagana, y llenos de cariño al apóstol, por haber entendido que era un mensajero del verdadero Dios, le cuidaron con amorosa solicitud; y al día siguiente ya estaba el apóstol restablecido y salió, con Bernabé, para Derbe.

E. Bueno, yo no puedo creer en la existencia de un Dios que se calla, años tras años y siglo tras siglo, y ha permitido las barbaridades que se han cometido en el mundo. ¿Por qué permitió las persecuciones que sufrieron los cristianos en los tres primeros siglos; los horrores de la Inquisición o los campos de exterminio de Hitler en Alemania?

R. Es cierto, pero Dios no callará siempre. En el Salmo 50, Dios dice por boca de un escritor inspirado: «Tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras. Si ves a un ladrón, tú te vas en seguida con él, y te juntas con los adúlteros. Das suelta a tu boca para el mal y tu lengua trama engaños..., estas cosas hacías y yo he callado; pensabas que de cierto sería yo como tú? ¡Pero te redarguiré y las pondré delante de tus ojos!» (Salmo 50:17-21).

Si Dios hubiese intervenido con milagros para impedir las barbaridades que usted cita habría endeerezado, momentáneamente, algunas cosas muy malas, cierto, pero que al fin y al cabo también fueron arregladas algunos años después; pero habría aterrorizado y sujetado al mundo, obligando a los hombres a cumplir su voluntad, tanto si la amaban como si no. Todas las gentes habrían vivido por siglos aterrizados de ese poder del cielo, no se habrían sentido libres y responsables, y muchas hermosas manifestaciones de fe, confianza y amor al Invisible, no se habrían producido. Se habría hecho nula la prueba de la fe, que muchas veces ha admirado a los habitantes de los

cielos. Sabemos que algunos mártires de los primeros siglos se denunciaban a sí mismos como cristianos, se arrojaban a las hogueras y morían con la mayor alegría. El Señor Jesucristo ya previno que esto ocurriría, pero no lo fomentó, sino que aconsejó a sus discípulos: «*Si os persiguieran a una ciudad huid a la otra*». ¿No fue esto ya un anuncio de que Él no intervendría directamente en contra de los perseguidores, a pesar del poder que mostró en los días de su encarnación? Pero lo que reveló, es que iba a preparar moradas celestiales para los suyos, y que volvería en gloria, al final de los siglos; y esto ha estimulado y mantenido la fe en Él a través de más de veinte generaciones. No dijo cuándo volvería, y así mantiene a los suyos expectantes.

E. Pero el hecho es que, con esta inseguridad y con su silencio, ha dejado a los malos hacer, y la muerte ha sido el resultado final de infinidad de injusticias.

R. He aquí, precisamente, la razón por la que debe haber un juicio tras la muerte. Si nosotros tenemos un sentimiento de justicia en nuestras conciencias y nos indignamos por las iniquidades que han tenido lugar en el mundo, el que nos ha dado estos sentimientos debe ser mucho más justo que nosotros; el autor del Salmo 139 dice: «*El que hizo el oído, ¿no oirá? El que hizo el ojo, ¿no verá? ¿No entenderá el que dio al hombre la ciencia?*» Ni nuestro ojo, tan perfecto como una delicadísima cámara fotográfica, ni nuestro sentido mo-

ral, puede haberse formado por mera casualidad; es irracional pensarlo.

Por otra parte, Él debe ver las cosas de un modo muy diferente de como las vemos nosotros, porque está al otro lado de la muerte, y para Él la muerte no es lo que para nosotros, una desgracia irreparable y una separación definitiva, sino una reunión y muchas bienvenidas. Recuerde lo que decía el apóstol Pablo cuando estaba preso y pronto a ser juzgado por Nerón: *«Porque para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia, mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la Obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambos lados me siento apremiado, teniendo deseos de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor»* (Filipenses 1:21-23).

E. *¿Y qué ocurrió? Lo mataron, ¿verdad?*

R. No, en aquella ocasión las oraciones de los cristianos de Filipos fueron atendidas y Pablo obtuvo la libertad y la vida de parte del loco emperador romano; pero sólo por un poco de tiempo. Todos conocemos cómo, tras el incendio de Roma, la falsa acusación de incendiarios contra los cristianos trajo la segunda prisión de Pablo y su ejecución. Aparentemente, lo peor, para los que de nuevo estarían orando por su liberación; pero para él mismo y los que le habían precedido en el viaje a la eternidad, una decisión del tirano «muchísimo mejor», como escribía Pablo: *«La mejor de todas»*.

E. *¿De dónde habría sacado el apóstol Pablo tan temeraria seguridad?*

R. Bueno, tenía varios motivos: En primer lugar las afirmaciones que Jesucristo mismo hizo de palabra a sus inmediatos discípulos, las cuales quedaron plasmadas en varios lugares de los Evangelios. Posiblemente, el apóstol Pablo había recibido testimonio de Pedro, de Juan y de los demás apóstoles que habían escuchado de boca del Señor Jesucristo las palabras que tenemos en Juan 14:1: «*No se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en mí, en la Casa de mi Padre hay muchas mansiones, sino ya os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros*». Y también aquellas otras que se encuentran en dos diferentes Evangelios y que son una clarísima advertencia, que ningún hombre se habría atrevido a hacer, aparte de Jesucristo: «*No temáis a los que matan el cuerpo y después ya nada pueden hacer, pero os mostraré a quién debéis temer: temed a Aquel que después de haber quitado la vida tiene autoridad para echaros al infierno, sí os digo, a éste temed*» (Lucas 12:4). Luego, por las relaciones que él mismo tuvo con el Señor Jesucristo, primero en el camino de Damasco y más tarde en su arrebatamiento al mundo espiritual (2ª Corintios 12:4).

E. *Bueno, esto está escrita en los evangelios y en las epístolas de Pablo, pero ¿quién conoce hasta dónde son auténticos tales libros? ¿No pudieron ser falsificados en los primeros siglos? Existen algunos*

evangelios apócrifos llenos de cuentos inverosímiles acerca de Jesucristo, ¿no podrían ser así también con los que la Iglesia ha considerado como auténticos?

R. No, de ningún modo. Hay una gran diferencia entre los cuatro evangelios auténticos y los apócrifos a que usted se refiere. No sólo por haber sido reconocidos oficialmente en varios concilios primitivos, sino porque desde el mismo principio del movimiento cristiano fueron reconocidos, leídos y comentados como «Memorias de los apóstoles». Además, existen otros documentos del siglo II que proclaman las mismas creencias básicas cristianas, como la muerte redentora de Jesucristo, su resurrección y sus promesas de vida eterna, exactamente igual como lo expresan los documentos del N.T. Me refiero, naturalmente, a las cartas de los mártires de principios del siglo II. Por ejemplo, Ignacio de Antioquía, que escribió siete cartas en su viaje al martirio, en Roma; la de Policarpo a los Filipenses, la carta a Diogneto, la Didacta, y otros documentos que escribieron los apologistas cristianos del siglo II, Clemente de Roma, que a últimos del siglo I escribió a los Corintios, Irineo de Lyon, Justino, etc. La autoridad y autenticidad de los cuatro Evangelios está demostrada, asimismo, por el Diatessaron, de Taciano, y por centenares de citas en todos los escritos de los apologistas y comentaristas cristianos. No se trata, pues, de que la Iglesia Católica nos haya dicho cuáles son los libros sagrados del Cristianismo, sino que lo ha marcado el uso y respeto que las primitivas

asambleas cristianas tenían para tales escritos, desde su mismo origen.

E. *Yo no creo en la deidad de Jesucristo. Que fuera un hombre bueno, más adelantado que la gente de su época, lo comprendo, pero no que fuera hijo de Dios.*

R. Sin embargo, esto es lo que Él declaró durante su ministerio público, sobre todo hacia el final, cuando ya no era de temer que el entusiasmo del pueblo judío por sus milagros le forzara a proclamarse Mesías judío, y se confundiera su muerte redentora con la de un revolucionario político. Me refiero a un poco antes y después de su resurrección.

E. *Yo no creo en la resurrección de Jesús, esto debe ser un cuento que inventaron sus discípulos.*

R. ¿Y con qué motivo lo harían? ¿Qué ventaja podría reportarles semejante engaño? ¿Es posible y creíble que los primeros discípulos se hubiesen sacrificado hasta dar su vida por una mentira forjada sobre un cuerpo muerto? ¿Ninguno habría sido infiel, ante el temor de la muerte, para descubrirla? El heroísmo por una fe sincera, sea de la clase que sea, se comprende; pero el sacrificio de todas las comodidades materiales, y aun de la propia vida, por el solo empeño en sostener una mentira conocida, forjada por uno mismo, o por varias personas que tuvieron que sacrificarse por ella enormemente y hasta la muerte, es un caso

sin precedentes y un absurdo inimaginable para toda mente sensata.

E. Podría ser que ellos obraron de buena fe, pero que hubiesen sido víctimas de una alucinación o ilusión; que creyeran haber visto a Cristo resucitado y no fuera verdad.

R. Esto no es verosímil en el caso de la resurrección de Jesús, porque las apariciones de Cristo tuvieron lugar, no una vez, sino varias, entre diferentes personas, que habrían tenido que volverse locas todas a la vez, pues todas afirmaban que le habían visto y comido con Él, e incluso repitieron las palabras que les había dicho. Un desequilibrio mental es muy posible en un solo testigo, pero no en 11 y menos en 500 testigos juntos. La aparición de Jesús a Saulo de Tarso, ¿fue también una ilusión del perseguidor? ¿Y qué podemos decir de los soldados que le acompañaban y oyeron la voz misteriosa que se juntó a la luz sobrenatural, hasta el punto de dejar ciego al joven perseguidor de los cristianos?

Además, si de ilusión se hubiese tratado, pronto se habrían cuidado los sacerdotes judíos de desvanecerla, presentado el cuerpo de Jesús. Este era un argumento mucho más eficaz para suprimir el naciente cristianismo, que los azotes y la cárcel. ¿Por qué no lo usaron? ¡Qué empeño no tendría el Sanedrín judío en poder desmentir la resurrección de Jesús! ¡Qué no haría Pilatos, cuyo sello había sido quebrantado y

cuya autoridad quedaba por los suelos, para descubrir lo que había, de verdad, acontecido!

E. Pero ¿por qué (según los evangelios) se apareció tan sólo a sus discípulos, y no a sus enemigos?

R. Esto, precisamente, es la mayor prueba de autenticidad del relato, que según los mayores expertos es tan naturalmente relatado, que tiene todas las señales de verosimilitud. Los apóstoles contaron lo que vieron y sabían, pero nada más. Si los escritores cristianos del siglo II hubiesen fabricado el cuento de la resurrección para convencer a las gentes, habrían dicho que Jesús estuvo con los apóstoles, no de vez en cuando, sino todo el tiempo; que volvió a hacer milagros que dejaron anonadados y estupefactos a sus mismos enemigos, etc. Pero el hecho es que Cristo deseaba hacerles sentir que, aunque au-sente, vivía espiritualmente con ellos; sabía sus pensamientos y sus propósitos, como en caso de Tomás. Nosotros lo entendemos y apreciamos el motivo, pero ellos no lo señalan, para justificar tales ausencias; se limitan a explicar la cosa tal y como sucedió.

No es extraño que uno de aquellos testigos, el apóstol Pedro, escribiese años después: «*El cual nos ha regenerado en esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos*». Esto significa que, si Cristo no se hubiese levantado de la tumba, habrían dicho los apóstoles –y nosotros lo seguiríamos diciendo al igual que ellos–: «Ojalá fuera verdad lo que dijo aquel

profeta judío, Jesús, antes de que le mataran; que Él era el Hijo de Dios que vino a salvar a los que en Él creen, y que nos espera al otro lado de la muerte; pero, ¡ay!, nada más se ha sabido de Él desde que lo mataron». En tal caso el cristianismo sería una esperanza muerta, pero ahora Pedro lo llama «*Una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos*».

E. ¡Ojalá pudiera yo tener la fe que usted tiene! Pero no puedo verlo así tan claro como usted lo ve. Yo tengo muchas dudas. Comprendo que usted es más feliz creyendo estas cosas; pero me asalta de nuevo el pensamiento: ¿Y si no es verdad? Hay demasiados motivos para dudar de todo esto, a pesar de lo lógico y razonable que usted lo presenta. Hay muchos hombres muy sabios, diplomados en grandes universidades, que se han roto la cabeza discutiendo estos temas tan profundos de Dios, la vida, y la muerte, y no han podido resolverlo.

R. Pero hay también muchos hombres no menos sabios, diplomados de grandes universidades, especialistas en estos temas, que creen. El creer, o no creer; no depende tanto del nivel intelectual como de la voluntad de cada uno.

E. Pero es que yo quisiera creer y no puedo. Sé que sería mucho más feliz si creyera como usted. No temería tanto la muerte como la temo, si supiera que hay Dios y otra vida; pero leo la historia de la hu-

manidad, y veo que todo ha terminado y termina con la muerte, y temo que así sea también conmigo.

R. ¿Por qué no hace usted la oración del escéptico? Jesús decía: «*Vete a tu cuarto y cerrada la puerta ora a tu Padre que ve en secreto, y tu Padre, que ve en secreto, te recompensará en público*» (Mateo 6:6). Vaya usted a un lugar secreto y dígame al Padre Celestial: «*Señor, quiero creer en Ti; quiero saber cuál es tu voluntad, Tú que eres Espíritu Infinito, habla a mi espíritu limitado, muéstrame la verdad*».

Haga usted esto, sinceramente, y luego continúe haciendo por su parte lo que tiene que hacer todo hombre sensato, lea el Nuevo Testamento. Sobre todo en la parte del Evangelio de Juan y en las epístolas, y siga después con los otros tres Evangelios, para familiarizarse con Jesucristo-Hombre, después de haber escuchado sus revelaciones, como Jesucristo-Hijo de Dios.

E. ¿Y es seguro que así podré creer? ¿Y si vuelvo a tener dudas?

R. No se preocupe usted por las dudas futuras, trate de vencer las presentes, aplicándose al estudio de las evidencias de la fe cristiana. Nadie está libre de ser tentado por una duda. El gran predicador Spurgeon decía que nadie puede evitar que los pájaros revoloteen alrededor de su cabeza, pero lo que no debe permitir –y en el sentido moral e intelectual

todos debemos evitar– es que hagan un nido en su cabeza.

No pretenda poder explicarse todos los misterios antes de creer. Recuerde que hay misterios inexplicables todavía, tanto en el terreno de la ciencia como en el terreno de la fe. Los más grandes científicos saben que quedan muchas cosas por descubrir en este maravillosísimo mundo en que vivimos; lo mismo ocurre en el terreno de la fe. Hay cosas que Dios no nos ha revelado, seguramente porque no nos convenía saberlas.

Cuando le surja alguna duda, haga un cálculo de probabilidades, empezando por las evidencias de la existencia de Dios, contrapesándolas con las probabilidades de la casualidad como razón del orden, previsión y designio, que se descubre en el Universo.

Continúe con las evidencias de la fe cristiana, basada en la resurrección de Jesucristo. Trate de explicarse el Cristianismo sin Cristo, y verá hacia dónde se inclina al fin la balanza en la computadora de su mente:

Quedarán todavía grandes misterios (como el que suelen presentar los niños y también los más grandes sabios) acerca del origen de Dios, la Trinidad y la Persona de Jesucristo. Pero después de haber sopesado bien las probabilidades de uno y otro lado, dé el salto de fe. Esto es, dígame: sobre tales y cuales evidencias, que no puedo negar, doy el salto de fe en favor de tales y cuales dificultades y misterios, que no puedo probar. La fe no es un empeño absurdo, una terquedad, como

algunos suponen, sino un cálculo de probabilidades.

No pretenda entenderlo todo antes de creer. Anticípese a creer antes de conocerlo todo, pues haciéndolo a la inversa no creería jamás. Diga como aquel padre que fue a Jesús con el problema de su hijo enfermo, a quien Jesús preguntó: «¿*Crees que puedo hacer esto?*», y él respondió: «*Creo, ¡ayuda a mi incredulidad!*» (Marcos 9: 24).

III

CÓMO TRATAR A LOS QUE CREEN EN DIOS Y EN CRISTO, PERO NO COMPRENDEN EL PLAN DE SALVACIÓN

Hay muchas personas, en especial en los países de habla española, que creen en Dios y en Cristo de un modo general, porque así se lo han enseñado desde la niñez, pero no tienen una relación personal con Jesucristo, ni esta esperanza viva a que se refería el apóstol San Pedro, pues no comprenden el plan de salvación de Dios. Generalmente tienen una esperanza vaga de que no ha de irles del todo mal en cuanto a sus almas, porque no han sido grandes pecadores. ¿Cómo trataríamos a esta clase de personas para llevarles a la fe cristiana genuina?

En primer lugar es necesario hacerles comprender que aun cuando sean personas honorables y de buena reputación delante de los hombres, son pecadores ante Dios. Hemos tenido ya ocasión de citar este punto, al dialogar con escépticos, que no están nada seguros de si hay o no hay otra vida; y confían, para el caso que la hubiera, en su bondad natural para justificarse ante Dios. Puntualice que las Sagradas Escrituras describen la condición del ser humano de modo muy diferente

a como nosotros solemos opinar. Cite a tales personas los siguientes textos:

• Proverbios 16:3: *«Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión, pero Jehová pesa los espíritus».*

• Romanos 3:23: *«Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios».*

• Lucas 16:15: *«Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que los hombres tienen por muy estimable, delante de Dios es abominación».*

• Mateo 9:12, 13: *«Al oír esto, Jesús les dijo: “Los sanos no tienen necesidad de médico sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa, Misericordia quiero y no sacrificio, porque no he venido a llamar a justos sino pecadores al arrepentimiento”».*

Hágales notar que el primer mandamiento de Dios es amarle a Él sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. ¿Quién lo cumple?

Haga énfasis en el pasaje de Juan 3:3-7: *«El que no naciere otra vez no puede ver el Reino de Dios».*

Sin duda, Nicodemo era un hombre religioso y honrado, tanto o más que los hombres honrados que existen hoy en el Cristianismo protestante o católico nominal; sin embargo, Jesús le declaró que le era indispensable nacer otra vez; es decir, entrar en una nueva relación con Dios por medio de Aquel que un día sería levantado sobre la cruz del Calvario para

realizar una obra expiatoria en favor de los pecadores; y le aclaró el sentido de sus palabras con aquel texto clave de la doctrina de la salvación: «*De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Juan 3:16).

En una conversación íntima, si la ocasión es apropiada, use el método de personalizar ese texto. Sobre todo si se trata de una persona sencilla. Es un método excelente.

Divida el texto por frases y pregunte:

—¿A quién amó Dios?

—Al mundo. ¿Usted forma parte del mundo?

—Naturalmente.

—Pues bien, porque Dios es infinito puede y quiere tratar a las personas individualmente. Nosotros no podemos hacerlo, porque somos finitos, y no podemos pensar ni dialogar sino con muy pocas personas. Si nos hablan tres o cuatro a la vez, tenemos que parar atención a una y después a otra, pero Jesús nos enseña que Dios puede atender a miles, y aun a millones, a la vez. Este es un misterio que no cabe en nuestra mente finita, pero quizá algún día lo comprenderemos: De momento no podemos hacer otra cosa que aceptar su enseñanza, de que Él puede ver y atender a cada uno en particular. Por lo tanto, podemos sustituir la palabra mundo por su propio nombre de usted y escribir:

• De tal manera amó Dios a (el nombre que corresponda).

- Que ha dado a su Hijo Unigénito (aquí podemos añadir el nombre Jesucristo).

- Para que si (el nombre de la persona) cree en Él, no se pierda –esta frase expresa un gran peligro, del que la gente tiene diversas opiniones, y Jesús lo expresa en diversas figuras, pero siempre en un sentido de horror.

- Mas (el nombre de la persona) tenga, ¿qué? ... vida eterna.

Trace una línea perpendicular y escriba a un lado

PERDICIÓN — VIDA ETERNA

Es una alternativa que debemos afrontar, ¿qué elegiremos? ¿Cuál es el porvenir que usted prevee para su propia alma?

Es posible que aquí surjan toda suerte de excusas; posiblemente le dirán: *Es que yo ya creo en Cristo. Siempre he tenido fe.* Quizá aquí os cuenten algún hecho meritorio, o alguna práctica que suelen llevar a cabo todos los días, para probar que han sido siempre personas religiosas.

En tal caso haga notar la diferencia entre

Creer en Cristo y creer a Cristo

Creer que existió Jesucristo en Palestina, hace casi 2.000 años, que enseñó buenas cosas acerca de Dios, que le crucificaron y, aunque resucitó y está en el cielo, es una base apropiada para la fe; pero no es la fe genuina, la fe que salva.

Esta consiste, no solamente en creer en Cristo, sino en creer a Dios, esto es, poner fe en sus palabras, tener como ciertas sus promesas.

Hay millones de personas que creen en Cristo como un personaje histórico, del mismo modo que pueden creer en Sócrates, Platón o Napoleón, es decir, toman a Cristo como un personaje histórico y nada más.

Pero lo que pide la Palabra de Dios es que creamos a Cristo. Es decir, que pongamos plena confianza en las promesas que Él hizo, y vivamos y muramos en esta confianza, de que Él no trató de engañar a sus discípulos, ni éstos a los que aceptaron su testimonio.

Pregúntele directamente: «¿En cuál de los dos sentidos cree usted en Jesús?»

Si la persona insiste en una religiosidad basada en buenas obras, más bien que en la fe, cítele las palabras de Jesús a los judíos cuando le preguntaron: «¿*Qué haremos para que obremos las obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado*» (Juan 6:28).

El caso de Cornelio

Preséntele ejemplos bíblicos de personas excelentes que a pesar de su moralidad necesitaron de Cristo para ser salvos. Por ejemplo: Cornelio (Hechos 10:1-6). Haga notar que el mismo ángel le dijo: «*Tus oraciones y tus limosnas han subido como un memorial delante de Dios*». Eso significa que Dios no desestima las

buenas obras, sino que las tiene en consideración, y quizá por tal razón, Dios ha hecho que usted pueda escuchar el Evangelio de mis humildes labios, o leer estos libros que le explican las buenas nuevas de su amor. Ahora bien, fijese en que el ángel le dijo a Cornelio: *«Él te dirá lo que debes hacer»*. ¿Qué es lo que le faltaba al buen centurión? ¿Qué le dijo Pedro?: *«De éste dan testimonio todos los profetas, que todo el que cree en Él recibirá perdón de pecados por su nombre»*. Esto es lo que Cornelio necesitaba añadir a sus buenas obras. Esto es lo que aún falta hoy día a muchos que piensan salvarse por sus buenas obras: poner una fe viva, es decir, una fe absoluta, en las palabras de Jesús. Si usted tiene fe en Cristo de un modo general, pero no ha entrado en una relación personal con Él, habiéndole aceptado como su único y suficiente Salvador, se encuentra en la misma situación de Cornelio y debe añadir, a sus buenas obras, la fe que salva y justifica delante de Dios, para que sus buenas obras adquieran un doble valor y le proporcionen una buena recompensa en el cielo; pero la entrada allí sólo se obtiene por la fe puesta en los méritos de Cristo, no por nuestros propios méritos.

Puede citarle también el pasaje de Filipenses 3:4-8, donde después de explicar cuán buen judío era el apóstol Pablo, y cómo se esforzaba en agradar a Dios, aun en el celo que mostraba para perseguir a los herejes (cristianos), Él considera todas sus cualidades religiosas como basura, a fin de *«ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, basada en la Ley, sino la que*

es por medio de la fe de Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe» (Filipenses 3:9).

Haga observar a su interlocutor que si la salvación fuera por la justicia propia, no habría sido necesario que Cristo muriera por los pecadores; y que prácticamente es una ofensa a Él y un desprecio de su sacrificio si tratamos de ganar por nuestras propias obras lo que Él ganó con su obra expiatoria. Léale el pasaje de Gálatas 2:21, que dice así: *«No desecho la gracia de Dios (esto significa no quiero desear la gracia de Dios), pues si por medio de la Ley se obtuviese la justicia, entonces Cristo murió en vano».* Asimismo son muy contundentes e ilustran bien este principio los textos de Romanos 3:20 y 4:2-6. Conviene darlos a leer de la misma Biblia a la persona correspondiente.

Pero al llegar a términos tan drásticos, es necesario citar Efesios 2:8-10, para contrarrestar la mala impresión que suele producir en los católicos la idea de la salvación por la fe, acusándonos de que proclamamos una fe barata, una fe sin obras.

Explíquese el papel de las obras con el ejemplo de un deudor atribulado a quien un gran millonario, compadecido de su situación, le saldara todas sus deudas por un acto de generosidad. Sería una necesidad, y casi una ofensa, si el antiguo deudor tratara de devolver a su bienhechor lo que éste habría saldado por su acto de benevolencia. Pero siempre sería bien aceptado un pequeño obsequio de Navidad, o de cumpleaños, que demostrara la gratitud del beneficia-

do para con su bienhechor. Así son nuestras buenas obras para con Dios, no hay que practicarlas como un mérito o manera para ganar nuestra salvación, ni siquiera para contribuir a ella, puesto que Jesucristo la obtuvo por nosotros; sino un modo de mostrar nuestro amor y gratitud a quien ganó para nosotros una salvación completa y perfecta.

Estos reparos y objeciones al plan de Dios para la salvación según el Evangelio son presentados, tanto por los cristianos nominales del catolicismo, el protestantismo, como por los judíos, espiritistas, y por los partidarios de nuevas sectas que han abandonado el antiguo Evangelio sustituyéndolo por alguna novedad de tipo orientalista. Todos ellos suelen objetar a la salvación por la fe como demasiado simple y hasta inmoral. Es mucho más justo –dicen– que Dios salve por las obras a las personas que se lo merecen.

R. En tales casos preséntense los versículos citados en el capítulo anterior y hágase énfasis en la expresión «*para que nadie se gloríe*» (Efesios 2:9) y Romanos 4:1-8.

Recuerde el ejemplo del ladrón en la cruz, que fue salvo sin haber podido hacer nada más que poner su confianza en Jesucristo.

Es posible que su interlocutor le diga:

O. *Si la salvación es por gracia, mediante la fe en Cristo, lo más conveniente es, pues, aprovechar esta vida para «pasarla bien», sin tener en cuenta las res-*

tricciones de la religión, y aceptar a Cristo en los últimos momentos de nuestra existencia.

R. Esto sería un grave error por los siguientes motivos:

a) Nuestra vida es incierta y puede terminar en cualquier momento inesperado, sobre todo hoy día que nos vemos obligados a arriesgarla continuamente –cosa que no ocurría en tiempos de nuestros abuelos–. Además, existen enfermedades fulminantes, como los infartos de corazón.

b) Dios conoce los pensamientos de nuestros corazones, y lo más probable es que, al que llevara este propósito egoísta, Dios no le diera tiempo para convertirse.

c) Hágale constar que la salvación por la fe deja en los corazones de los salvados por gracia, un amor y una gratitud, generadora de buenas obras, tanto más valiosas mientras nos hallamos en este mundo y las realizamos en difíciles circunstancias, aunque es de creer que continuaremos el servicio por gratitud y amor en la eternidad. Esto es lo que parece indicarnos Efesios 1:12 donde leemos: *«A fin de que seamos para la alabanza de su gloria, nosotros los que ya antes esperamos en Cristo»*, y Efesios 3:10: *«Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales»*. Y Apocalipsis 22:3: *«Y sus siervos le servirán y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes»*.

Aun cuando la Palabra de Dios nos presenta estas posibilidades para el futuro, Dios aprecia tanto más nuestras buenas obras aquí, porque son una expresión de la fe, en esta época de nuestra existencia a la que podríamos llamar el «test» de la eternidad. Notemos la declaración de Jesús a Tomás: «¿Porque viste, Tomás, creíste? Bienaventurados aquellos que no vieron y creyeron» (Juan 20:29).

Cómo evangelizar a socialistas y comunistas

En el trabajo de evangelización personal encontraremos personas de tendencia izquierdista o socialista que argüirán en contra de la doctrina de la salvación por la fe en Cristo diciendo que es ***demasiado sencillo eso de creer en un hombre Justo que padeció por nosotros hace dos mil años para justificarnos de nuestros pecados. Que si hay un Dios justo que ha de pedirnos cuentas en el más allá, deberá tener en cuenta mucho más nuestros hechos, que no nuestra fe en una religión.***

A los tales hay que mostrarles todo lo que la Palabra de Dios enseña en cuanto a la necesidad de las buenas obras, leyéndoles en la Escritura los pasajes de Santiago 2:1-20 y 5:6, pero haciéndoles notar que Santiago no defendía las obras sin fe, sino que ataca la fe sin obras, la fe hipócrita, la fe que trata de escabullirse de las obras, descuidando los principios éticos y sociales de Jesucristo y de los apóstoles. Hay que convenir en la idea de que los graves fallos éticos

de muchos cristianos de nombre, en siglos pasados, dieron lugar a la reacción social de Marx y Lenin, que tenían toda la razón en muchas cosas, pero lamentando que su punto de vista filosófico-ateo, haya perjudicado no sólo al Cristianismo, sino al propio comunismo, porque la carencia de temor de Dios permitió a jefes como Stalin llevar a cabo crueles «purgas» de partido y otros abusos que han tenido que ser rectificadas por sus sucesores, a pesar de que éstos no respetan tampoco plenamente los derechos humanos.

Es justo reconocer que en nuestras propias iglesias hemos sufrido de quienes al amparo de la fe, han tenido en poca estima las obras que deben seguir a la fe, es decir, los frutos del Espíritu, que son la demostración de la fe verdadera, como leemos en Gálatas 5:19-25; pero esto ya ocurría en los días de Pablo, como vemos en 2ª Corintios en los capítulos 10 al 13 y no es motivo para que rechacemos la enseñanza del Evangelio acerca del plan de la salvación declarado por Jesucristo en Lucas 24:46-48, Juan 3:12-21, y en muchos otros textos.

Puede hacerse observar que Cristo mismo da un claro valor a las obras en este mismo pasaje en que nos explica el plan de la redención por la fe (Lucas 23:21).

Si bien es cierto que ha habido y hay en el Cristianismo personas hipócritas que han abusado de la doctrina cristiana de la Fe, ha habido otros cristianos, a través de todos los siglos, que la han enaltecido y honrado.

La fe cristiana es una semilla cuyo fruto es la caridad. Si el fruto no aparece, es que la semilla está muerta. Las declaraciones de Cristo con referencia a esto son muy explícitas. La fe produce la beneficencia, el amor al prójimo y el amor a la justicia.

Examínense las páginas de la historia y se verá que los grandes bienhechores de la humanidad han sido cristianos verdaderos, desde los grandes hombres de la Iglesia Primitiva hasta San Francisco de Asís, San Damián, Vicente de Paul, Livingstone, Henry Dunant, fundador de la Cruz Roja Internacional o Martin Lutero King. Mientras que en las filas de los escépticos y ateos figuran todos los que, faltos del temor de Dios, se han lanzado a las iniquidades e injusticias de la opresión o del terrorismo. Nuestro deber es presentar el propósito divino con perfecto equilibrio, para que nunca seamos nosotros responsables de inducir a otros en el error, por hacer un énfasis excesivo en una parte de la revelación de Dios, olvidando la otra parte.

IV

CÓMO PRESENTAR EL EVANGELIO A LOS CATÓLICO-ROMANOS

En nuestros esfuerzos evangelísticos encontraremos muchas personas que, al hablarles de religión, coincidirán con nosotros; y si no llegamos a decirles que somos cristianos evangélicos, puede que nos confundan con un miembro fervoroso de la iglesia a la que ellos pertenecen. No es prudente en tales casos atacar desde el principio los errores de su propia fe religiosa, porque esto cerraría el contacto y les dejaría con una impresión falsa acerca de la nuestra. Pero tampoco es conveniente dejarles con la falsa impresión de que somos católico-romanos, sin tratar de darles un poco más de luz espiritual de la que ellos poseen.

Una de las mejores formas de entrar suavemente en el terreno apologético con estas personas es haciéndoles la pregunta de si están seguros de su salvación. Si no responden de modo positivo –lo que es muy raro entre los que no han nacido de nuevo–, sean católicos o protestantes nominales, cíteles la declaración de Jesús en Juan 3:1-3 y sus firmes promesas de Juan 5:24, Lucas 24:47. Si usted nota que confían en sus buenas

obras, use los argumentos y los textos bíblicos que se exponen en el capítulo anterior y haga énfasis en Juan 20:31, 1ª Juan 5:13, Romanos 5:1-2 y Romanos 8:1.

También son muy oportunas las afirmaciones que hace Jesús acerca de las personas que él llama «sus ovejas». Dígale: ¿No es usted una oveja de Jesucristo? ¿No cree usted que Él es el Hijo de Dios que vino a buscar y salvar a los pecadores de este mundo? ¿No se ha sentido usted pecador y ha pedido a Jesucristo que le perdone todos sus pecados y le haga una oveja suya, o sea, un cristiano de verdad?

C. Probablemente le dirá que se ha confesado muchas veces, precisamente por esto, porque se ha sentido culpable ante Dios por cosas que le supo mal haber hecho.

R. En tal caso, no se apresure usted a decirle que los curas no pueden perdonar pecados, pues seguramente, él, o ella, lo han hecho con toda buena fe, pensando que se dirigían a Dios a través del sacerdote; ya vendrá la ocasión de disipar el error de la confesión auricular. El primer tema a tratar con cualquier católico-romano es el de la seguridad de la salvación.

El Purgatorio

Pregúntele: ¿Qué piensa que le ocurriría a su alma si al atravesar la calle le atropellara un carro (coche,

automóvil) y le dejara cadáver? ¿Iría a vivir con Cristo en el cielo?

C. Probablemente iría al purgatorio.

R. Pues permítame decirle que esta no era la esperanza que tenían los cristianos de los primeros siglos, pues cuando apedrearon a Esteban, leemos que este primer mártir de la fe cristiana, dijo: «*Señor Jesús, recibe mi espíritu*». Y cuando Pablo estaba incierto sobre si la sentencia de Nerón sería de muerte o de libertad, declara que por su parte quisiera más bien «*ser desatado y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor*». No habla de ir al purgatorio, lo que no podría ser calificado de ningún modo, de muchísimo mejor.

C. Es que él era san Pablo y merecía bien ese premio inmediato por todo lo que había hecho y sufrido en su carrera apostólica por amor de Jesucristo.

R. Pero éste no era el caso del ladrón que murió crucificado al lado de Jesús, a quien el Señor se dirigió con estas palabras: «*De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso*».

Si se trata de un católico instruido, probablemente le diga que el mismo apóstol declara que hemos de ser probados por fuego (1ª Corintios 3:12-15). En tal caso hágale notar que no dice que nosotros tengamos que ser probados por fuego, sino la obra que hemos hecho. Usando una figura, el apóstol Pablo dice que

ésta será quemada, para comprobar si fue o no de calidad: No hay aquí ninguna indicación de que el cristiano tenga que ser sometido a ningún fuego purificador, sino que dice: *«la obra de cada cual será probada por fuego»*.

C. Pero muchos cristianos no nos sentimos bastante malos para merecer el infierno ni suficientemente buenos para merecer el cielo.

R. Otra vez tiene que volver usted a la idea de merecer. ¿Dónde queda la obra de Jesús por nosotros? Sí nosotros hubiésemos podido merecer y ganar el cielo, el Hijo de Dios no se hubiese hecho hombre ni hubiese querido *«padecer por los pecados El Justo por los injustos para llevarnos a Dios»*, como dice Pedro. Sería en menoscabo de su obra redentora todo lo que pretendamos hacer para ganar nuestra salvación.

C. Entonces, ¿toda persona que no sea muy piadosa tendría que ir a arder en el infierno por toda la eternidad? ¿No comprende usted que es necesario que haya un purgatorio para los que no son ni muy malos ni muy buenos?

R. Pienso que tenemos que dejar a Dios el secreto de lo que va a hacer con los que no sean creyentes y con los que, siendo creyentes, no son lo que Él desea. La Sagrada Escritura resume en una sola palabra el destino de quienes han rechazado la salvación de

Cristo, los llama «perdidos», y «salvados» los que la han aceptado y agradecido. Tanto los unos como los otros recibirán premio o castigo «según sus obras».

C. *¿Y no cree en la eficacia de los sufragios por los difuntos?*

R. No, por supuesto; y he de decirle que por desgracia esta doctrina ha engendrado mucha incredulidad en el mundo, pues significa continuar las diferencias sociales en el más allá; por muchos paliativos con que se quiera disimular esta doctrina, llamando limosnas a los estipendios exigidos por tales servicios. Recuerde sólo las severas palabras de Pedro a Simón el mago: *«Tu dinero vaya contigo a la perdición porque has supuesto que el don de Dios se obtiene con dinero, no tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete pues de esta tu maldad, y ruega a Dios si quizá te será perdonado el pensamiento de tu corazón; porque veo que están en hiel de amargura y en ataduras de maldad»* (Hechos 8:20-23).

La transubstanciación

C. *Quizá tenga usted razón en este asunto de las indulgencias. Reconocemos que en tiempos de Lutero se hizo una propaganda escandalosa sobre ello, con el buen propósito de recoger dinero para edificar la Basílica de san Pedro en Roma, y ello trajo la protesta de los reformadores. Pero éstos fueron demasia-*

do adelante en sus protestas contra el dogma tradicional católico. Por ejemplo: En el asunto de la existencia real de Jesucristo en la eucaristía, ¿cómo pueden ustedes negarla cuando Jesucristo dijo: «Esto es mi cuerpo» (Mateo 26:26) y, además, añade: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día» (Juan 6:54)?

R. Sí, pero Jesús mismo aclaró por anticipado, en esta ocasión, el sentido de sus palabras diciendo: «Yo soy el pan de vida, el que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás» (Juan 6:35) y ratificó el sentido espiritual y simbólico de sus palabras al decir en el versículo 63: «El Espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada, las palabras que yo os he hablado son Espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen».

Además lo declara en el mismo pasaje de la institución de la Santa Cena en Lucas 22:19 donde, después de decir «Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado», añade: «haced esto en memoria de mí»; palabras que repitió San Pablo en 1ª Corintios 11:25.

Si Jesús dijo: «Esto es mi cuerpo», también dijo «yo soy la puerta» o «yo soy la vid» o «yo soy el camino», y todos entendemos que Jesús no es una puerta material, ni una vid, ni una parra. ¿Por qué hemos de entender en un sentido literal sus palabras al tratarse de la memoria de su muerte, cuando no lo hacemos así, sino que entendemos el significado figurativo, en los demás casos?

El culto a los santos

C. Dejemos este asunto, porque no nos entenderíamos; pero ustedes no veneran a los santos, ni a la madre del Salvador.

R. Sí que los veneramos. A lo que nos negamos es a rendirles culto. Los tenemos en suma veneración y respeto. Muchas veces predicamos acerca de su ejemplo y de sus virtudes, dignas de ser imitadas; pero no acudimos a ellos como intermediarios, porque la Palabra de Dios dice así: «*Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre el cual se dio asimismo en rescate por todos*» 1ª Timoteo 2:5, 6).

Recuerde el caso de Pedro y Cornelio. Cuando este centurión romano le salió a recibir a la puerta de su casa, se arrodilló a sus pies, pero Pedro le levantó diciendo: «*Levántate porque yo mismo soy hombre*» (Hechos 10:25, 26).

Permítame hacerle una reflexión muy sencilla. Los seres humanos somos finitos, no podemos atender varios asuntos a la vez, únicamente Dios es infinito, sólo Dios está en todas partes, ¿cómo pueden los santos por más que estén en el cielo, siendo seres finitos como nosotros, atender a miles de personas que les oran todos a la vez?

C. Es que Dios, que es infinito y omnipresente, lo oye, y se lo comunica.

R. En este caso resultaría que no oramos a Dios por mediación de los santos, sino a los santos por mediación de Dios. ¿Cree usted que esto es lógico y razonable? ¿Por qué no ir directamente a Dios, que es quien oye primero nuestra súplica? Jesucristo mismo nos recomienda orar a Dios Padre en su nombre, diciendo a sus discípulos: *«En aquel día pediréis en mi nombre y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios»... «hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre, pedid y recibiréis para que vuestro gozo esté completo»* (Juan 16:24-27).

La confesión auricular

La misma consideración puede hacerse en cuanto a la confesión auricular: Si Dios está en todas partes y puede oír nuestra oración, ¿por qué no dirigirnos directamente a Él cuando sentimos que hemos faltado y tenemos remordimiento acerca de nuestros pecados?

C. Es para tener la satisfacción de oír al sacerdote decir «Ego te absolvo» (que significa «yo te perdono»), y cumplir alguna penitencia, que nos es impuesta por el sacerdote, por nuestros pecados.

R. Pero la Sagrada Escritura está llena de declaraciones de que solamente Dios puede perdonar los pecados; y cuando el mismo Jesucristo dijo al parálisis

tico «*Tus pecados te son perdonados*», le acusaban de que estaba blasfemando porque sólo Dios tiene semejante autoridad (Marcos 2:7) y Él no negó que fuese así, como lo entendían los judíos, pero afirmó por medio de un milagro su autoridad, como Dios hecho hombre que era.

C. Pero es que el sacerdote lo hace en nombre de Dios, son representantes suyo.

R. Pero tengo que decirle que ésta no era la costumbre de los cristianos primitivos. Puedo citarle trozos y sermones de grandes escritores de los primeros siglos, como San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Agustín y otros, en los cuales éstos declaran que es a Dios solo, en secreto, sin ningún testigo humano, que hay que presentar nuestras confesiones. En las biografías my detalladas, que tenemos, de grandes cristianos de los primeros siglos, no hallamos noticia alguna de que fueran a confesarse con un sacerdote. Si los cristianos primitivos hubiesen entendido las palabras de Jesús «*A los que les remitiéreis los pecados les serán remitidos*», en la forma en que la Iglesia Católica dice, encontraríamos ya en los Hechos de los Apóstoles, y en todas las historias posteriores de grandes cristianos, mención de esta práctica tan esencial en un mundo de pecadores. Pero no es esto lo que hallamos, sino totalmente lo contrario. Cuando Pedro reprendió a Simón el Mago, diciéndole que estaba en «*hiel de amargura y ataduras de maldad*», no le conminó a confesarse imme-

diatamente de su pecado, ni con él, ni con Juan, ni con ningún otro apóstol; sino que le dijo: «*Ruega a Dios por si quizá te será perdonado este mal pensamiento de tu corazón*». Y así lo hallamos en toda la historia de los cristianos de los primeros siglos hasta los concilios de la Edad Media.

C. *¿Qué quiso, pues, significar Jesús cuando dijo a sus discípulos: «A quienes remitiereis los pecados, les serán remitidos, y a quienes los retuviereis, les serán retenidos» (Juan 20:23)?*

R. Evidentemente, se refería a la gran responsabilidad que pesaba sobre los discípulos como mensajeros del glorioso Evangelio, que proporciona el perdón de los pecados a los hombres que lo aceptan.

El ministro del Evangelio –y en particular el que se dedica a la obra misionera, como tenían que dedicarse los apóstoles (versículo 21)–, tiene el privilegio de ofrecer el perdón de los pecados, o de retener a los hombres en sus pecados, según sea su diligencia en dar a conocer las Buenas Nuevas de salvación. Si el discípulo de Cristo, al entrar en contacto con pecadores necesitados de salvación, les habla de todo menos de la gloriosa posibilidad y seguridad que Dios les ofrece de perdonarles sus pecados si se arrepienten y aceptan a Cristo como Salvador, ¿no les retiene por su descuido o negligencia en aquellos pecados de los cuales podrían ser librados? Si, en cambio, les anuncia a Cristo y la salvación. ¿No se convierte en el medio

para que sus pecados sean remitidos? ¿No les da por su mensaje el perdón?

C. *¿Por qué, pues, tenemos instituido en la Iglesia el mandato de confesarse con un sacerdote, y la costumbre de recibir penitencias, así como la gracia divina de las indulgencias? ¿No son éstas un medio para obtener el perdón de algunos pecados, mediante la aplicación de los méritos de las buenas obras practicadas por el propio ofensor, o el traslado, en favor de los fieles que se hacen acreedores a ello, de las buenas obras que sobraron a la bendita Virgen y a los santos?*

R. No, de ningún modo.

Por varios siglos, como le he dicho, no hallamos que los cristianos se confesaran a los pies de un sacerdote, pero cuando habían cometido un pecado muy grave, y público, que pudiera traer escándalo al buen nombre de la doctrina cristiana, lo confesaban en público, ante toda la asamblea; y entonces, el pastor u obispo les imponía una penitencia que consistía generalmente en estar excluidos de participar de la comunión durante un cierto período de tiempo, que a veces ascendía a muchos años: Tenían que salir de la asamblea cuando se celebraba la co-munión y en muchos casos estar de rodillas a la puerta de afuera. Como esto era un castigo muy severo, se aplicaban indulgencias, o sea, acortamiento del período de ex-comunión, y de ahí vino la costumbre de las indulgen-

cias: Los días de indulgencia significaban días de reducción de la penitencia impuesta por el propio pastor o presidente de la asamblea cristiana, a quien erróneamente empezaron a llamar sacerdote, pues sacerdote, que significa «mediador entre Dios y los hombres», no hay más que uno, como hemos visto en el citado pasaje de 1ª Timoteo 2, y es lo que dice también el autor de la carta a los Hebreos, donde se explica que Él es el único sacerdote y no hay otro, declarando: *«Porque los otros sacerdotes llegaron a ser muchos debido a que la muerte les impedía continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio intransferible; por lo cual puede también salvar completamente a los que por medio de Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos»* (Hebreos 7:23-25).

C. *¿De modo que no significan los días de indulgencia, días de acortamiento de la pena de purgatorio impuesta por Dios a las almas que salen imperfectas de este mundo?*

R. No. Es simplemente un invento fraguado en los siglos supersticiosos de la Edad Media, del que no se hallan trazas en las enseñanzas de Cristo ni de sus apóstoles, sino todo lo contrario: Jesús siempre concedió perdón absoluto y completo a los pecadores que a Él acudieron arrepentidos, como usted puede comprobar al leer el N.T. Y ésta es la principal razón por la que estuvo prohibida su lectura a los católicos durante

muchos siglos, y hasta tiempos muy recientes, como lo descubrirá examinando los documentos y decretos papales a través de la Historia.

Lo primordial primero

La discusión con un católico-romano puede continuarse bajo muchos otros temas, como los de la infalibilidad de los papas, el pecado de la intolerancia, etc. Pero como se trata de errores que muchos católicos hoy día ya reconocen, apenas si vale la pena discutir o presentar tales puntos, sino que basta con presentarles claramente el asunto de la salvación completa que tenemos en Cristo, por la fe y no por obras, ni por el hecho de pertenecer a una iglesia, bien sea católica o protestante.

Como hay tantos puntos de contacto entre el cristianismo evangélico y el catolicismo, conviene hablar primero de aquellos temas en los que estamos de acuerdo, mejor que entrar en controversia; sin embargo si se trata de una persona a la que tenemos oportunidad de anunciar el Evangelio una sola vez, conviene no dejar de hacerle saber que la persona que le ha hablado es un cristiano evangélico, pues esto puede serle una guía, en tiempos futuros, para buscar el camino de la salvación, informándose de alguna otra persona evangélica, cuando la Palabra de Dios –que ya empiezan a leer y estudiar los católicos– hable a su corazón, mostrándole las grandes verdades del Evangelio en su primitiva pureza.

V

CÓMO TRATAR A LOS QUE RECONOCEN QUE DEBEN VOLVERSE A DIOS PERO PONEN EXCUSAS

Con frecuencia tropezamos con personas que han escuchado el Evangelio por muchos años y están convencidos de que es la verdad y que algún día deberán reconciliarse con Dios, pero tratan de aplazar este momento con toda clase de excusas. Algunos dicen:

O. *No me siento con deseos de ser cristiano.*

R. Hay personas que creen que antes de ser convertidos han de sentir alguna emoción especial, un gran peso por sus pecados, han leído, quizá de grandes despertamientos en los cuales personas emocionales lloraban y hasta se desmayaban por el temor de la condenación y el deseo de ser salvos. A los tales puede leerseles Juan 3:20, 21: «*Amados, si nuestro corazón no nos reprocha algo, mayor que nuestro corazón es Dios y Él conoce todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprocha tenemos confianza en Dios.*».

Y también Jeremías 17:9 y 10: «*Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso. ¿Quién podrá*

conocerlo? Yo, Jehová, que escudriño el corazón y pruebo los riñones, para dar a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras».

O. No me siento pecador como para ser condenado. Que Dios condene a los grandes pecadores del mundo se comprende, pero no a una persona que no hace mal a nadie, sino todo el bien que puede. Esto me hace dudar del infierno.

R. Explíqueme que Dios no es injusto, y no va a condenar en bloque a la humanidad entera, sino que la Palabra de Dios enseña que cada persona va a ser juzgada según sus obras, leyéndole Apocalipsis 20:11 y 12: «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y no se encontró ningún lugar para ellos. Y vi a los muertos grandes y pequeños de pie delante de Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras».

«Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras».

El que sea usted una persona honorable puede tener el mérito de disminuir su grado de condenación, pero no va a librarle de ser condenado, pues la Palabra de Dios dice en Romanos 3:23: «Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios»... «No hay

justo ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios».

¿Cree usted que es poca cosa el ser destituido de la gloria de Dios? Y éste es el veredicto que pesa sobre todos aquellos que no han buscado a Dios en esta vida, por más que en muchos de los condenados existan atenuantes que van a librarles de una condena terrible, pero no del ser destituidos de la gloria de Dios. Háblele aquí de los privilegios de los redimidos por Cristo, leyéndole Efesios 1:3, 11-14: *«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo... a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que ya antes esperábamos en Cristo. En Él también vosotros, habiendo oído la Palabra de Verdad, el Evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído, fuisteis sellados también en Él, con el Espíritu Santo de la promesa, el cual es las arras de nuestra herencia con miras a la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria».*

Así como Apocalipsis 1:5 y 6: *«Al que nos amó y nos liberó de nuestros pecados con su sangre e hizo de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre, a Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos».*

Aun cuando usted sea tan bueno que no ocupe sino un lugar muy lejano en la escala de condenados, esta sola condición es suficiente para que tenga que lamentar muy mucho los privilegios que hubiese tenido aceptando a Jesucristo como su Salvador y Señor. Ahora note que sólo hay un medio para evitar el juicio

de condenación y es el que Jesús declara en Juan 5:24: *«De cierto, de cierto os digo: el que oye mi Palabra, y cree al que me envió tiene vida eterna y no vendrá a juicio de condenación sino que ha pasado de la muerte a la vida».*

Para demostrarle la pecaminosidad efectiva de todo ser humano ante la Ley de Dios, cítele el texto de Mateo 7:12: *«Así que todo cuanto queráis que los hombres os hagan a vosotros, así hacedlo vosotros a ellos, porque esto es la ley y los profetas».*

Fíjese que Jesús declara que ésta es la esencia de la ley divina, sin embargo podemos preguntarnos a nosotros mismos: ¿Ha hecho usted siempre a sus prójimos lo que desea que otros hagan con usted? Yo no, porque mi corazón es egoísta y siento que no puedo justificarme delante de Dios hasta el punto de poder pedirle que me clasifique entre los justos por mis propios méritos. No puedo decirle que he sido tan bueno durante toda mi vida que no necesito para nada la obra redentora de Jesucristo, para borrar mis pecados. ¿Puede hacerlo usted?

Por esto es que Jesús añadía a continuación: *«Entrad por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella, porque es estrecha la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y son pocos los que la hallan».*

¿Y cuál es esta puerta por la cual tenemos que pasar ineludiblemente para entrar en la vida eterna? Véalo en San Juan 10:7-9: *«Volvió, pues, Jesús a decirles: De cierto, de cierto os digo, yo soy la puerta de las ovejas...*

el que entre por medio de mí, será salvo, entrará y saldrá y hallará pastos. El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir; yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia».

Y añade aún más: *«yo soy el buen Pastor; el buen pastor da su vida por las ovejas.»*

O. Seguro que me convertiré algún día, pero todavía no, porque soy joven y quiero disfrutar de la vida.

R. Pero Dios dice, en Eclesiastés 12:1: *«Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos y lleguen los años de los cuales digas no tengo en ellos contentamiento».*

Expóngale el ejemplo del rico necio que dijo: *«Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años, descansa, come, bebe, diviértete, pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedir tu alma, y lo que has provisto, ¿para quién será? Así es el que atesora para sí mismo y no es rico en Dios».*

Enfáticese esta verdad con Gálatas 6:7 y 8: *«No os engañéis, Dios no puede ser burlado, que todo lo que el hombre sembrare, esto también segará, porque el que siembra para su carne de la carne segará corrupción, mas el que siembra para el espíritu del espíritu segará vida eterna».*

O. Es un porcentaje muy pequeño el de las personas que mueren de accidente o de muerte repentina, y Dios sabe que tengo verdadero propósito de ser cris-

tiano algún día, y la Sagrada Escritura dice que Dios es «lento para la ira y grande en misericordia».

R. Por parte de Dios sí, hay muchas demostraciones y pruebas de que Él es paciente, pero puede ocurrir que usted mismo cambie de actitud. En Hebreos 3:12 y 13 se demuestra que el esperar puede traer dureza de corazón: *«Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo, antes exhortaos los unos a los otros cada día, entretanto que dura este Hoy; para que ninguno de vosotros se endurezca por el pecado».*

Muéstresele que no siempre habrá oportunidad para reconciliarse con Dios, leyendo Isaías 55:6, que dice: *«Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios el cual será amplio en perdonar».*

Nótese la razón para esta acción rápida por nuestra parte, pues el profeta continúa diciendo: *«Porque mis pensamientos no son como vuestros pensamientos ni mis caminos como vuestros caminos, dice Jehová».*

Esto queda ilustrado con la historia ya citada del rico necio, que no contaba con que los planes de Dios para con su vida eran diferentes de los suyos (véase Lucas 12:15-20), y es lo que afirma Santiago en el capítulo 4:13-17 de su epístola: *«Vamos ahora los que decís, hoy y mañana iremos a tal ciudad y estaremos allí un año, y traficaremos y ganaremos, cuando no sabéis qué*

será el mañana porque ¿qué es vuestra vida?, un vapor que aparece por un poco de tiempo, que luego se desvanece, en lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, y si viviéremos haremos esto o aquello. Pero ahora os jactáis en vuestras fanfarronadas. Toda jactancia semejante es mala; el pecado está, pues, en aquel que sabe hacer lo bueno y no lo hace».

Y es lo que dice también Salomón en Proverbios 29:1, donde leemos: *«El hombre que reprendido endurece la cerviz, de repente será quebrantado y no habrá para él medicina».*

Jesucristo destaca también la responsabilidad de aquellos que han tenido oportunidad de escuchar su Palabra y han resistido las invitaciones de su gracia, diciendo: *«Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa de su pecado»* (Juan 15:22.)

O. Algunos responderán: Quisiera ser cristiano, pero perjudicaría mi negocio.

R. Es cierto que en muchas partes del mundo aún hoy perjudican mucho sus intereses materiales, y hay naciones en las que llegan a exponer su libertad los que se declaran cristianos y empiezan a poner primero en sus vidas las cosas de Dios, pero los negocios de esta vida –y la misma libertad– no es lo más apreciable de todo, mientras que la salvación es eterna.

Enséñesele que es preciso que confíe en Dios, leyéndole 2º Crónicas 25:8, 9: *«En Dios está la fortaleza*

para ayudar o para derribar; y Amasías dijo al varón de Dios: ¿Qué, pues, se hará de 100 talentos que he dado al ejército de Israel? y el varón de Dios respondió: De Jehová es darte mucho más que esto».

Así como Mateo 6:33, donde leemos: *«Buscad primeramente el Reino de Dios y su justicia y todas estas cosas os serán añadidas».*

O. Es que mis familiares se me oponen.

R. Cítele Marcos 10:29, 30: *«De cierto os digo que no hay ninguno que no haya dejado casas, o hermanos y hermanas, o padre, o madre, o hijos, o campos, por causa de mí y por causa del Evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones, y en ta era venidera, la vida eterna».*

Y también Marcos 8:34-38: *«Y llamando a la multitud, así como a sus discípulos, les dijo: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, pues cualquiera que quisiere salvar su vida la perderá, pero cualquiera que haya de perder su vida por causa de mí y del Evangelio la salvará.*

»Porque, ¿qué provecho hay que una persona gane el mundo entero y que pierda su alma? ¿Pues qué puede dar el hombre a cambio de su alma?

»Porque quienquiera que se avergüence de mí y de mis palabras, en medio de esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del hombre también se avergonzaría de Él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles».

VI

CÓMO TRATAR A LOS QUE REHÚSAN LA AYUDA DE LAS IGLESIAS PARA SER CRISTIANOS

Con mucha frecuencia los esfuerzos evangelísticos son interpretados por la gente como propósitos proselitistas para ganar adeptos hacia una iglesia determinada. Es posible que las personas se resistan a aceptar a Cristo escudándose en fallos conocidos o defectos de los miembros de las iglesias. En tal caso hay que hacer notar a los objetantes que la invitación del Evangelio es a reconciliarse con Dios, no a que se hagan miembros de una congregación determinada, sino que esto vendrá, a su tiempo, como un deseo natural del que es nacido del Espíritu.

Veamos un diálogo entre un objetante y un buscador de almas para Cristo, en similares ocasiones:

O. Jesús no organizó ninguna iglesia ni denominación, yo leo la Biblia y oro a Dios y no necesito nada más.

R. Está muy bien que usted practique los medios de gracia y tenga comunicación espiritual con Dios personalmente, pero Jesús quiso que los cristianos se reúnan en su nombre. En Mateo 18:15 al 20, leemos: *«Otra vez os digo que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra, acerca de cualquier cosa que pidan, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos»*.

O. Jesús no dijo que fuese necesario acudir a una iglesia para poder ser salvo.

R. Jesús no dio reglas específicas acerca de la organización de las Iglesias, pues sabía cuán gran abuso se haría de sus instrucciones que serían interpretadas por muchos a su manera para ejercer autoridad y señorío sobre las heredades del Señor (1^a Pedro 5:14). Véase como ejemplo lo que ocurrió con la comparación que hizo acerca del gran descubrimiento de Pedro: *«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo»* y cómo fue interpretada la respuesta de Jesús para establecer el Papado. Teniendo en cuenta la existencia de un gran enemigo que haría un tremendo mal uso de cualquiera de sus declaraciones, Jesús debía ser muy parco en sus palabras. Por eso se limitó a decir: *«Donde dos o tres se reunieran en su nombre, allí estaría Él en medio de ellos»*. Pero, ciertamente, con esas breves palabras puso su sello de autoridad al deber de reunirse los creyentes para comunión y edificación, ya sea

en grupos grandes o pequeños, para que en cualquier circunstancia sus hijos pudieran dar cumplimiento a esta instrucción y deseo de su parte.

O. *Hay tantas iglesias con el nombre de cristianas, que ¿quién es capaz de adivinar cuál es la verdadera?*

R. Es por causa de lo muy difícil que resulta armonizar en un mundo de pecadores los dos principios de libertad y unidad. Libertad, para las formas de expresión del amor que la Obra redentora de Cristo ha hecho brotar en los suyos, y unidad para el mejor disfrute de la comunión y edificación fraternal, a la vez que de testimonio para los que no creen.

Cristo conocía el problema de aquella maligna influencia a la que denominó «*las puertas del infierno*», o sea, Satanás, y sabía que él usaría la idea de unidad, que ciertamente es deseable cuando es practicada por amor, para ahogar durante siglos la idea de libertad y multiplicidad que Cristo mismo sugirió al decir «*dos o tres*». No dijo «*dos o trescientos*», con lo que habrían quedado limitadas y cortadas muchas iniciativas de adoración, alabanza y testimonio, que Él espera de sus hijos.

O. *Pero había sido una eficaz salvaguarda para la unidad que el mismo recomendó con gran énfasis en su oración pontifical de Juan 17, cuando dijo: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los*

que han de creer en Mí por medio de la palabra de ellos, para que todos sean uno; como Tú, oh Padre, en Mí, y yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste» (Juan 17:20-21).

R. Tiene usted toda la razón, pero ¿por qué no ha de haber la unidad del amor, en el Espíritu, a pesar de las diversas formas de interpretación de su voluntad en los propósitos de adorarle y servirle? Vea el ejemplo que Dios mismo nos ha dado en la Naturaleza. Hay muchas clases de plantas, aunque una sola vida vegetal anima a todas, y lo mismo ocurre en la vida animal, ¡de cuántas maneras está expresada en la Naturaleza! ¿Por qué los que tienen la misma vida del Espíritu, por una fe sincera en Jesucristo como Salvador y Señor, no han de amarse unos a otros?

O. ¿Defiende usted, entonces, la idea de que puedo adorar a Dios en la Iglesia Católica Romana, o en la Iglesia protestante oficial predominante en mi país, o en una congregación sectaria que promueve cualquier clase de doctrina, por ejemplo, «los Unitarios, los Mormones, o los Testigos de Jehová»? Antes que esto prefiero quedarme en casa con mi Biblia y mi himnario y adorar a Dios de manera individual.

R. Pero si usted es un hijo de Dios, hablará de su fe a otras personas y no estará solo por mucho tiempo, porque «contagiará» su fe a otros. Es decir, la compar-

tirá con otras personas, y pronto serán por lo menos dos o tres, o cinco o veinte o cien personas adorando a Dios de la misma manera en la unidad del Espíritu. Pero esto no le da derecho a aborrecer a otros individuos que aman y adoran a Dios de su propia manera, aunque usted considere que no lo hacen correctamente.

O. Hace pocos siglos que se aborrecían de tal manera que se mataban unos a otros los que no tenían una fe cristiana idéntica, a pesar de todo lo que Cristo dijo acerca del amor.

R. Es cierto, porque cegados por la ambición y por la idea de unidad autoritaria, no habían aprendido del ejemplo que Dios nos da en la Naturaleza, y que el Hijo de Dios encarnado enseñó a sus primeros discípulos en Marcos 9:38 y Lucas 9:49, cuando los doce le denunciaron a un «sectario» que hacía milagros en el nombre de Jesús, pero no estaba unido al grupo apostólico. «No se lo impedáis», dijo; no dijo «seguidle». «Este fallo en el amor y la tolerancia fue el principal triunfo de Satanás en el pasado y debemos evitarlo a toda costa; pero no nos dejemos llevar hoy por el sentido opuesto en esta hora de apostasía del tiempo del fin, sepamos seguir la verdad en amor» (Efesios 4:15).

O. Ahora lo entiendo: usted ha dicho que no basta adorar con otros que no comprenden el evangelio exactamente como yo lo comprendo, sino que he de testificar de mi propia fe a los que no creen; a la vez

que puedo aprovecharme de lo que haya de bueno en la fe de otros.

R. Exactamente, puede hacerlo ocasionalmente, procurando dar testimonio de sus convicciones particulares hasta donde no sea motivo de división o escándalo. Practique los principios éticos de Romanos 14, y procure hasta donde le sea posible rendir culto a Dios con los que sienten y piensan como usted, con los cuales pueda tener una comunión espiritual completa. Es éste su privilegio y deber.

O. Tiene usted razón en cuanto a esta idea de tolerancia y amor. Pero es que hoy día hay tantas iglesias que explican el evangelio de un modo tan diferente, que es muy difícil saber dónde está la verdad y a qué iglesia debe uno pertenecer.

R. En cuanto a esto, le diré que hay dos puntos de referencia que nos dan luz sobre este tema.

1. El ejemplo de los grupos cristianos que organizaron los apóstoles.

2. El propio instinto espiritual, si es usted un hijo de Dios, nacido de nuevo.

La Palabra de Dios, tanto en los evangelios como en las epístolas, declara la necesidad que tienen los cristianos de juntarse para testimonio, edificación mutua, adoración y alabanza. El autor de la carta a

los Hebreos, dice: *«No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más cuando oís que aquel día se acerca»* (Hebreos 10:25).

Cuando usted se junta con un grupo de cristianos, da testimonio a otras personas de la fe que usted profesa. *«Me seréis testigos»*, dijo el Señor. El asistir a un lugar donde se predica el Evangelio es hacerse testigo en favor de la enseñanza que allí se expone. Quizá usted no puede hablar, pero con su asistencia da un testimonio personal de que es digno de crédito lo que expone el predicador, u otros participantes, en aquella reunión. Esto no le exime del deber de dar testimonio usted mismo particularmente, pero, ciertamente, es mucho más fácil este testimonio colectivo que el testimonio personal.

Si usted es de Cristo, si le ha confiado su vida para la eternidad, ha de darle un tributo, una ofrenda de su tiempo, asistiendo a un lugar donde se predique el Evangelio puro y predicándolo usted mismo.

Por otra parte, usted tiene necesidad de edificar su propia fe en la adoración y edificación en grupo. En el Salmo 133 leemos: *«Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía...»*, y termina el salmo diciendo: *«Porque allí envía Jehová bendición y vida eterna»*.

Usted tiene necesidad de alabar a Dios en la congregación de los santos: *«Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la congregación te alabaré»* (Salmo 22:22).

Aunque éste es un salmo mesiánico, y quien está hablando es el Mesías Redentor, tiene una aplicación inmediata y muy directa a todos los hijos de Dios. Era un propósito que expresaba el propio salmista en cuanto a sí mismo, aunque tenía un alto significado profético.

«*He proclamado tu justicia en la gran congregación*», leemos en el Salmo 49:9.

«*Exáltelo en la congregación del pueblo*», dice el Salmo 107:32.

«*Alabaré a Jehová con todo el corazón, en la compañía de los rectos, en la asamblea*» (Salmo 11:1).

«*Cantad a Jehová un cántico nuevo, su alabanza resuene en la congregación de los santos*» (Salmo 149:1).

Ciertamente hay un gozo y una bendición especial en alabar a Dios con un grupo de personas. Aun oírlo desde lejos, produce una emoción en el corazón del creyente, ¡cuánto más juntarse y tomar parte en la adoración a Dios!

Por esto leemos también en Efesios 5:19, 20: «*Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones*» (Efesios 5:19).

O. Pero es que hay muchos hipócritas entre los que se juntan para alabar a Dios, aun en las congregaciones más sanas en doctrina.

R. A tal objeción responde de un modo completo el capítulo 14 de Romanos, donde el apóstol está

hablando de diversas opiniones que pueden existir entre el pueblo de Dios, y termina diciendo: *«Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? o ¿tú también por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque está escrito: Vivo yo, dice el Señor, que ante Mí se doblará toda rodilla y toda lengua confesará a Dios. De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí. Así que ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano»* (Romanos 14:10-13).

Y un poco más adelante, leemos en el versículo 19: *«Así que sigamos lo que contribuye a tu paz y a la mutua edificación»*.

En este pasaje, el apóstol inspirado por el Señor, nos indica claramente nuestro deber, corroborando aquella significativa frase que Jesús dijo a Pedro: *«¿Y éste qué? ¿Qué te va a ti? Sígueme tú»* (Juan 21:22).

VII

CÓMO DISCUTIR CON LOS TESTIGOS DE JEHOVÁ

Aunque no tan frecuentemente como católico-romanos, es posible encontrar en el trabajo evangélico adeptos de esta secta, que se ha extendido extraordinariamente en estos últimos años debido a su carácter negativo en contra de los dogmas más difíciles del Cristianismo, su oposición política a todos los gobiernos de la tierra, y su intensa labor proselitista, de casa en casa, que impone a todos sus adeptos.

Al igual que a los católicos, hay que tratar a estas personas con amor y tolerancia; no dándoles la ventaja de ser más corteses que nosotros, como algunas veces ocurre. Es cierto que suelen ser muy importunos y pegadizos a quienes les da oído, pero se puede mostrar la firmeza de la propia fe, sin ser descortés con el que tiene una opinión diferente. Debemos tener en cuenta que los «Testigos de Jehová», son, por lo general, antiguos católicos que encontraron en el Russellismo una salida de sus dudas acerca de la religión en que fueron educados, y recibieron esta doctrina como un gran descubrimiento de las Sagradas Escrituras; con el mismo entusiasmo con que nuestros antepasados de hace un siglo recibieron la fe

cristiana evangélica. Es, pues, necesario respetar su entusiasmo y fervor. Además, es digno de tener en cuenta que muchos de ellos han pasado de la fe rusellista a la fe cristiana evangélica, con relativa facilidad, cuando han encontrado algún creyente evangélico capacitado para mostrarles los errores de su secta.

T. Lo más probable es que el rusellista le diga, cuando usted le declare ser cristiano evangélico: **«Es muy bueno que usted sea evangélico y le guste estudiar la Biblia, precisamente nosotros somos estudiantes de la Biblia».**

Dígale pronto, antes de que ellos puedan sacar a luz los errores de su secta, que usted ha encontrado en la Biblia la mejor y más grande noticia: que Jesucristo es un Salvador completo y perfecto para los pecadores que le aceptan y confían en Él de todo corazón.

Probablemente les oirá decir: **«Sí, Jesús vino de parte de Dios para enseñar a los hombres a vivir según la Ley de Jehová; pero la fe en Él debe ir acompañada de obediencia a la Palabra de Jehová».**

La no Deidad de Cristo y la Trinidad

O bien le dirán: **«Está bien que confíen en Jesús como el Redentor que murió por nuestros pecados, pero no digan ustedes que Jesús era Dios eterno, sino un enviado de Dios, la primera criatura del Dios eterno».**

Si usted le hace preguntas bien atinadas acerca de quién era esta criatura que vino de parte de Dios, y su interlocutor es un «Testigo» bien instruido en la doctrina de su secta, le dirá que «Jesús era el arcángel Miguel», y que «la Biblia no enseña que haya tres dioses: El Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, sino un solo Dios.

Posiblemente citará Deuteronomio 6:4.

R. A este alegato puede usted responder que la doctrina de la Trinidad se halla en la Biblia desde el primer capítulo, leyéndole el plural que aparece en Génesis 1:26: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen conforme a nuestra semejanza».

Y en Génesis 11:7: «Ahora pues, descendamos y confundamos allí su lengua para que ninguno entienda el habla de su compañero».

Si su interlocutor conoce el hebreo, o fuera de origen judío, es un buen argumento recordarle que la palabra «*Elohim*» es un plural de «*Él*» (Dios), y por lo tanto el texto de Deuteronomio 6:4 es literalmente: «*Oye, Israel, Jehová nuestros dioses, Jehová uno es*». Parece un contrasentido, ¿verdad?, pero ¿de qué otra manera podía Dios hacer evidente el profundo pero innegable misterio de la divinidad trinitaria tantas veces revelado en otros lugares de la Sagrada Escritura y al mismo tiempo la unidad de Dios en su constitución trinitaria? Léale las declaraciones de Jesús en Juan 10:30: «*Yo y el Padre una cosa somos*», y Juan 17:21: «*Para que todos sean uno, como Tú, oh*

Padre en Mí y yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros».

Y lo que dice en Colosenses 1:15-17: «El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito (o heredero) de toda la creación; porque por Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, las visibles y las invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas tienen consistencia en Él».

Y según leemos en Apocalipsis 21:5-7: «Y el que estaba sentado en el Trono dijo: He aquí yo hago nuevas todas las cosas; y me dijo: escribe. Porque estas palabras son fieles y verdaderas; y me dijo: Hecho está yo soy el Alpha y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venza heredará todas las cosas y yo seré su Dios y él será mi hijo».

¿Quién es el que dice esto, sino aquel mismo de quien Juan declara al principio de su Evangelio: «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios»? Como aclara el versículo 18 del mismo capítulo: «A Dios nadie le ha visto jamás, el Unigénito Hijo que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer».

Todos estos textos demuestran que Jesucristo es Dios eterno, juntamente con el Padre y que este ser invisible se ha desdoblado y hecho visible en la persona del Verbo, Jesucristo.

Es un invento muy atrevido, para no decir blasfemo, del fundador de la secta Rusellista, decir que Jesucristo es, simplemente, un ángel creado, el ángel Miguel.

Si Jesucristo no era Dios, queda muy disminuido el valor de su obra redentora.

Use, para ilustrarlo, el ejemplo del juez que pagó la multa de cierto acusado a quien quería perdonar con justicia. ¿Qué le parece si el juez en vez de pagar él mismo la multa hubiese obligado a pagarla a alguno de los presentes en la sala de juicio? ¿Habría sido justo? Y por otra parte, ¿habría podido levantar en el corazón del beneficiado el mismo amor y gratitud, como el hecho de ver al propio juez sacrificándose personalmente a su favor?

Escriba el texto de Juan 3:16 en la misma forma personal que aparece en la página 112, poniendo el nombre de su amigo y sustituyendo el nombre de «Hijo Unigénito» por el de: arcángel Miguel, y haga las consideraciones pertinentes.

La abstención de sangre

T. Probablemente le hará leer Levítico 17:10-13, que dice: «Si cualquier varón de la casa de Israel o de los extranjeros que moran entre ellos, come alguna sangre, yo pondré mi rostro contra la persona que coma sangre, y la cortaré de entre su pueblo. Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo se la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona. Por tanto he dicho a los hijos de Israel, nin-guna persona de vosotros comerá sangre, ni el extranjero que viva entre vosotros comerá sangre y cualquier

varón de los hijos de Israel o de los extranjeros que moran entre ellos, que cace animal o ave que sea de comer, derramará su sangre y la cubrirá con tierra».

R. Hágale notar que el texto bíblico no dice que la sangre sea el alma de las personas, sino solamente su vida. Es cierto que si a una persona se le quita la sangre se le quita la vida; pero lo mismo ocurre si se le produce una herida en una parte vital, como el cerebro, aunque no llegue a derramársele sino una parte pequeñísima de su sangre, y quede casi toda ella en el cuerpo.

T. Pero usted no podrá negar –le dirá el «Testigo»– que la misma palabra «nephesh», que significa sangre, se emplea también en muchos lugares del Antiguo Testamento para designar lo que ustedes llaman alma.

R. A esto puede usted responder que es cierto, porque los hebreos tenían un vocabulario muy limitado, pero también es innegable que la misma palabra «*nephesh*» se emplea para decir «yo mismo», o «él mismo». Por ejemplo, en 1º Samuel 18:1-23, Isaías 42:2, Salmos 3:3 y 7:3. En otros lugares la palabra «*nephesh*» es usada con referencia a los sentimientos morales y espirituales de la persona, de modo que no podría de ningún modo aplicarse a estos pocos litros de hemoglobina que llamamos sangre. Según el Antiguo Testamento la «*nephesh* humana tiende al mal» (véase

Deuteronomio 18:6 y 1º Samuel 3:20), en los piadosos «*aspira a Dios*» (Salmos 42:2, 63:2, 103 y 104:5). Asimismo leemos que la «*nephesh descansa en Dios*», en Salmos 62:2 y 63:9. Aplicaciones que de ningún modo pueden hacerse a la sangre, considerada como líquido vital del cuerpo. Sería absurdo decir que la sangre de un hombre o de un animal tiende al mal o aspira a Dios, si no es un sentido metafórico, tal como nosotros también usamos la palabra alma para significar persona al decir que en Nueva York viven siete millones de almas, o cuando declaramos ante una mala noticia: «*Me has clavado un puñal en el alma*». Todos entendemos que tanto la palabra puñal como la palabra alma son términos figurados y que de ningún modo debemos materializar. En consecuencia, no es extraño que la palabra hebrea «*nephesh*» sea usada en varios sentidos, a veces como sangre, otras como aliento vital, y otras veces como elemento espiritual.

En el Nuevo Testamento la palabra «*psique*» equivale a la palabra hebrea «*nephesh*», y también se usa en un sentido figurado en textos como Hebreos 4:12 donde leemos: «*La Palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos y que alcanza hasta partir el alma y el espíritu y las coyunturas y tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*». Y aún en el A.T. leemos, por ejemplo, en el Salmo 129:8, que «*el impío cuando despierta, su “nephesh” está vacía*». ¿De qué puede estar vacía el alma si se tratara simplemente de sangre física? O cuando leemos en los Salmos 42:2 y 63:1: «*Mi “nephesh” tiene sed de Dios, del*

Dios vivo». ¿Puede la sangre tener sed, o sea, ardiente deseo, de algo? Pero el alma, en el sentido de ser espiritual, sí que puede tener este vivo deseo de conocer a Dios y estar en comunión con Él.

T. *Le dirán los «Testigos»: Si la sangre no es el alma, ¿por qué prohibiría Dios a los judíos comerla?*

R. Se comprende claramente que lo hizo para inspirarles horror y repugnancia a los crímenes de sangre. En aquellos tiempos primitivos no existían armas de fuego que matan sin derramar mucha sangre, ni apenas eran conocidos los venenos mortales. Las peleas y luchas con gran derramamiento de sangre, era la causa más común de los asesinatos. Esta es la primera razón por la cual era necesario crear un respeto reverente a la sangre.

En segundo lugar, Dios tenía el propósito de enseñar a los hombres la doctrina de la redención por los sufrimientos del Mesías, hijo de Dios hecho hombre, y les ordenó todos aquellos sacrificios que encontramos en los libros de Éxodo y Levítico, mediante los cuales se ilustraba de un modo gráfico el sacrificio de Cristo en favor de los pecadores. Gracias a la educación que los israelitas tenían acerca del valor expiatorio de las víctimas ofrecidas sobre el altar, pudo Juan el Bautista decir acerca de Jesús: *«He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»*, y la doctrina de la redención por la muerte de Cristo pudo ser fácilmente comprendida, primero por los judíos y más tarde por

los gentiles que también tenían esta tradición procedente de la revelación de Dios en el Edén, la cual se extendió por todo el mundo, pero atrocemente tergiversada por los sacerdotes de religiones paganas inspirados por Satanás (1ª Corintios 10:19-22), que llegaron a prescribir sacrificios humanos.

Pero esta orden de Dios a los hebreos de no comer sangre, no justifica de modo alguno el condenar a morir a una persona que necesita una transfusión. En aquellos tiempos no se sabían hacer transfusiones. No puede ser la voluntad de Dios dejar morir a personas cuya vida podría salvarse, sino todo lo contrario. He aquí el resultado de materializar las cosas espirituales.

Todos entendemos que cuando leemos en la Biblia: «*La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado*» se refiere a los méritos de su sacrificio, y no a la sangre literalmente derramada en la cruz, que no puede, en modo alguno, llegar literalmente a todos los hombres.

La supervivencia del alma

Es notorio que los Testigos niegan, en contra de la opinión y enseñanza de toda la cristiandad por espacio de veinte siglos, la supervivencia del alma después de la muerte. Dicen que no tenemos un alma espiritual, sino que el alma es simplemente la vida, basándose en que la palabra «*nepshesh*» tiene, como hemos visto, varios significados.

Con respecto a esta doctrina es clarísima la advertencia que hace Jesucristo en Lucas 12:4: «*No te-máis*

a los que matan el cuerpo y después nada más pueden hacer, temed a Aquel que después de haber quitado la vida, tiene autoridad para echar en la Gehenna, sí, os digo, a éste temed».

Haga notar aquí la distinción que hace Jesús de los tres conceptos que ellos confunden: «cuerpo», «vida» y «alma». El alma no es la vida, sino algo totalmente distinto, que sobrevive al cuerpo cuando a éste le es quitada la vida. Haga constar que Jesús poseía, no sólo un vocabulario de palabras más extenso que los antiguos hebreos, sino que tenía un conocimiento bien claro de las cosas espirituales.

Hágale observar que aun en el A.T., el mismo Dios Jehová inspiró a los profetas hebreos para que declararan esta distinción. Léale Eclesiastés 12:7: *«Y el polvo vuelve a la tierra de donde procede y el espíritu vuelva a Dios que lo dio».*

Y otros pasajes de los salmos, como el de Salmos 90:10, que dice: *«Los días de nuestra edad son setenta u ochenta años... porque somos cortado presto y “volamos” no dice “dormimos” o nos “podrimos en el cementerio”».*

T. Si le replican con el texto de Eclesiastés 9:5: «Porque los vivos saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más paga porque su memoria es puesta en olvido», invítele a leer un poco más adelante en el mismo capítulo, hasta el versículo 6 donde dice: «También su amor y su odio, y su envidia fenecieron ya y nunca más tendrán parte en lo que se hace debajo del sol».

Fíjese que dice «*debajo del sol*» pero el cielo de Dios no está debajo del sol, sino mucho más lejos. ¿No comprende –puede continuar usted diciendo– que el pasaje significa que los muertos no intervienen en los asuntos de la tierra, pero sí pueden intervenir en las cosas del cielo?

Léale también Filipenses 1:23: «*Para mí el vivir es Cristo y el morir es ganancia. Mas si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger, porque de ambos lados me siento apremiado, teniendo deseos de partir y estar con Cristo lo cual es muchísimo mejor*».

T. Si le dicen: «Pero entonces, ¿por qué dice san Pablo en 1ª Corintios 15:54-57 que la resurrección es la victoria sobre la muerte y Jesús hace tanto énfasis en que a los que creen Él los resucitará en el día postrero y no irán a condenación?» (Juan 5:13-29).

R. Porque en la resurrección el alma ha de recibir un nuevo cuerpo, mucho más glorioso que el cuerpo carnal que ahora poseemos. Recuerde que el mismo apóstol Pablo decía, en 2ª Corintios 5:4, que no quisiera ser desnudado, sino sobrevestido con el nuevo cuerpo; sin embargo, en el mismo pasaje afirma: «*En tanto que estamos en el cuerpo peregrinamos ausentes del Señor*», y en el versículo 1 del mismo capítulo afirma que «*Si el cuerpo se deshace tenemos una nueva casa hecha no de manos, eterna era los cielos*». Fíjese que habla en presente «*tenemos*», no en futuro. No dice «*tendremos*».

Para hacer claros estos textos puede proceder del mismo modo que hemos indicado en la página 112 acerca del gran texto Juan 3:16, escribiendo su propio nombre o el nombre de la persona con quien está hablando en el lugar de las palabras «mí»; y en 2 Corintios 5:8, sustituya la palabra «presentes al Señor», por «desde el cementerio». Es evidente que no podemos tratar de ser agradables a Cristo cuando estemos en el cementerio, si no existe un alma inmortal que vive en su presencia.

T. Seguramente le responderá su amigo que, ambos pasajes se refieren al día de Cristo.

R. Fácilmente puede usted demostrarle que tal suposición es un subterfugio, ya que el texto literal tiene en ambos lugares un sentido inmediato.

Léale Apocalipsis 14:13 y haga énfasis en la frase «*De aquí en adelante.*» ¿Por qué diría «*de aquí en adelante*», si después de la redención obrada por Jesucristo la suerte de los fallecidos fuera, según la teoría rusellista, esperar en el sepulcro, en estado inconsciente, el día de la resurrección?

Pero ni para los judíos, creyentes en la resurrección, ni para los cristianos es así, pues ellos lo llamaban «ser reunido con los padres», y no hay reunión entre huesos desparramados en diversos sepulcros. Lo que ellos creían era la existencia de un lugar llamado «hades» donde los espíritus esperaban el día de la resurrección de los cuerpos (véase Lucas 16:19-31).

La evangelización de los «Testigos de Jehová» es una tarea difícil por lo muy aferrados que se hallan a las doctrinas de sus jefes de Brooklyn, hasta el punto de negarse a leer otros libros que no sean de ellos, o escuchar argumentos de palabra, empeñándose en hablar ellos constantemente.

Por eso lo más probable es que si usted se muestra firme en su fe evangélica, ellos dejarán de visitarle, pues tal es la orden que han recibido de sus jefes. Sólo visitan, con una pertinacia tenaz, a las personas que se muestran dudosas e ignorantes de las Sagradas Escrituras. Quizá sea usted, en tal caso, quien tenga que visitarles a ellos. En previsión de tal circunstancia sería bueno que usted les preguntara, en sus primeras visitas, su dirección particular, pues cuando hayan observado la firmeza de su convicción evangélica, no le darán su dirección, ni su número de teléfono, antes rehuirán todo contacto.

Su fanatismo es muy superior al de la inmensa mayoría de los católicos de nombre, pero también es mayor su interés en temas espirituales.

Por eso podemos asegurarle que si usted está firme en su fe evangélica, no es en vano el trabajo con ellos. Existen en España nuevos grupos evangélicos formados por ex-Testigos de Jehová, que fueron despertados de su apatía espiritual como católicos nominales por la intensa propaganda que llevan a cabo estos sectarios, pero acabaron reconociendo la verdad de la doctrina evangélica, según es expuesta en la Biblia, y particularmente en el N.T., renunciando

a las teorías artificiosamente formuladas por los jefes de la secta, y actualmente son fervorosos cristianos evangélicos. ¡No se desanime, pues, en trabajar para ellos, si usted conoce bien la Biblia y está firme en su fe. De no ser así evítelos, pues son muy insistentes y tenaces, y le harían perder mucho de su tiempo!

VIII

CÓMO TRATAR CON LOS ESPIRITISTAS, Y LOS PARTIDARIOS DE RELIGIONES ORIENTALES

En las labores de evangelización es bastante frecuente encontrar a personas amantes de novedades que probablemente recibieron en su infancia una educación religiosa católica o protestante; pero no habiendo llegado a poner una fe viva en Jesucristo, han dado oído a quienes tratan de investigar sobre la vida futura en fenómenos psíquicos, prohibidos en las Sagradas Escrituras, y creen haber descubierto en religiones esotéricas, de países occidentales, el secreto de la verdad.

Hemos de convenir con el amigo espiritista u orientalista, a quien tratamos de dar el mensaje del Evangelio, que los fenómenos parapsíquicos parecen ser una realidad innegable, ya que su estudio ha pasado de los grupos de entusiastas de una religión que estuvo de moda en el siglo pasado, el espiritismo de Allan Kardec, a las universidades de los principales ciudades de América y Europa, incluso de Rusia.

La telepatía, la premonición, la videncia, el fenómeno llamado «desdoblamiento», o los estados de

trance, la capacidad que tienen ciertas personas para recibir mensajes a distancia, la llamada mediumidad, son todos los campos que la parapsicología está estudiando a fondo. Pero el gran problema es que estas experiencias no son comprobables a voluntad, como los experimentos físicos, que obedecen en todo momento a leyes fijas establecidas por el Creador; por consiguiente, sus resultados son diversos y muchas veces contradictorios. Ello hace sospechar que puede ser cierto –y los cristianos creemos que lo es– que intervienen en su realización agentes libres que pueden o no responder según se les antoje.

Es bien notorio que los fenómenos parapsíquicos son tan antiguos como la humanidad, por lo menos desde que los hombres aprendieron a fijar sus ideas por escrito; sin embargo, no han dado los resultados satisfactorios que sería de desear, y ello es la principal prueba de que no proceden de Dios. De haber sido la voluntad de Dios revelarse al mundo por semejante medio, tendríamos una revelación progresiva y uniforme, como la tenemos en la Biblia. De ser espíritus angélicos, obedientes a Dios, los que se manifiestan en las reuniones espiritistas, tendríamos una doctrina igual y consecuente en todos los casos, y a través de todos los experimentos realizados en cualquier pueblo. Pero no es así, sino totalmente al revés. Por esto es que, desde tiempos antiguos, Dios prohibió –por boca de Moisés– al pueblo de Israel, que hiciera uso de tales procedimientos, diciéndoles: *«Cuando entres en la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprenderás a hacer*

según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar su hijo o su hija por el fuego ni quien practique abominación, ni agorero, ni sortilegios, ni hechicero ni encantador, ni adivino ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y, por estas abominaciones, Jehová tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante de Jehová tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y adivinos oyen, mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios. Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo te levantará Jehová tu Dios y a Él oiréis» (Deuteronomio 18:9-15).

Cuando Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado, vivió como hombre entre los hombres, ratificó estas advertencias ordenando a los espíritus que habían tomado posesión de cuerpos humanos que se callasen y abandonasen su presa, aun cuando dieran a veces un testimonio favorable a su Persona, como hallamos en el evangelio de Lucas: *«Había en la sinagoga un hombre poseído de un demonio, quien gritó con voz muy fuerte: ¡Ah!, ¿qué tenemos que ver contigo, Jesús nazareno? ¿Has venido a destruirnos? ¡Ya sé quién eres tú, el santo de Dios!*

»Jesús entonces le increpó diciendo: Cállate y sal de él, y el demonio arrojándole en medio salió de él sin hacerle ningún daño.

»Todos quedaron sobrecogidos de estupor y se decían unos a otros: ¿Qué manera de hablar es ésta, que manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y satán? Y su fama se extendía por todos los lugares de los contornos» (Lucas 4:33-36).¹

Tanto experiencias fidedignas de nuestros tiempos, como la Sagrada Escritura, nos confirman que los fenómenos parapsíquicos son reales, pero no son dignos de confianza por la razón de que proceden de una población espiritual invisible, no sujeta a la voluntad de Dios, sino todo lo contrario. El apóstol San Pablo advierte a los cristianos de Éfeso:

*«No tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados, contra potestades contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra malicias espirituales en los aires.»*² (Efesios 6:12).

Afortunadamente estos espíritus no pueden manifestarse según su propio capricho, porque aun cuando no son obedientes a Dios están sujetos a su poder, y solamente pueden hacerlo con quienes buscan tales revelaciones, y las personas que mantienen una real comunión de espíritu y propósito con el Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, se hallan protegidos de un modo especial, de forma que muchos magos y adivinos se han visto impotentes y privados de sus dones parapsíquicos ante la presencia de algún cristiano verdadero.

P. El espiritista o teósofo os dirá: *«Nosotros no nos dirigimos al demonio pidiéndole fenómenos psíquicos, sino a Dios, el PADRE eterno, rogándole que nos envíe buenos espíritus que nos guíen e instruyan, y creemos que Él lo hace, muchas veces, por los buenos mensajes que nos son dados de amor y caridad, a través de las médiums, parlantes o escribientes, o con*

más trabajo y lentitud, mediante la tabla del Ouija Board (tablero parlante alfabético), que responde a nuestras preguntas».

R. A esto podemos responder que Jesús no admitía mensajes, buenos ni malos, de tal procedencia, sino que ordenaba a los espíritus callar. ¿Por qué razón? Porque Él sabía muy bien lo que más tarde explica el apóstol Pablo en el pasaje a los efesios, que tales espíritus son seres rebeldes a Dios, y cualquiera que sea el testimonio que den, no debemos fiarnos de ellos, *«porque el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz»* (2ª Corintios 11:14).

La experiencia confirma tales declaraciones de la Sagrada Escritura, pues unas veces las revelaciones parapsíquicas asumen tonos de gran moralidad y en otras ocasiones son totalmente al revés. Esto es lo que confiesa el propio Allan Kardec, padre del Espiritismo moderno, cuando afirma: «Espíritus malos y burlones procuran engañar a los que tratan de po-nerse en comunicación con ellos, para divertirse»,³ y esto lo dice, no en uno, sino en muchos lugares de sus obras. Incluso afirma que tales espíritus se complacen en «inducir a los hombres al mal con su consejos péfidos»,⁴ y que «un médium de altas cualidades morales puede transmitir enseñanzas falsas y groseras». ⁵

Sería ciertamente admirable si desde este mundo pudiéramos establecer comunicación con nuestros deudos fallecidos; pero, ¿es posible?

P. El amigo espiritista os dirá que «sí», y contará de muchas comunicaciones recibidas del más allá por procedimientos parapsíquicos en los cuales fueron contestadas acertadamente preguntas; de cosas que solamente las conocía el fallecido.

R. A esto responded con una sola pregunta: ¿Sabía la respuesta la persona que hacía la pregunta?

P. Claro que la sabía –os dirán–, pues ella fue quien acreditó la veracidad de la respuesta. Pero nadie más que el difunto y ella. ¿No es esto prueba suficiente de que era el alma del muerto la que hablaba por medio de la sonámbula?

R. No, no lo es; pues uno de los fenómenos parapsíquicos mejor conocidos es la adivinación del pensamiento. Un sonámbulo, y aun ciertos adivinos en estado de vigilia, tienen la facultad de adivinar el pensamiento de las personas. Naturalmente, hay mucho engaño posible en este arte, pero se han dado casos totalmente verídicos de esta misteriosa facultad, sin ninguna invocación a personas fallecidas. Si el que hacía la pregunta conocía la respuesta, no hay duda alguna de que tuvo lugar un fenómeno de telepatía o videncia con la mente de la persona viva, sin intervención alguna del espíritu del fallecido.

En cambio, no se ha logrado jamás la revelación de un secreto conocido únicamente por la persona fallecida. Puedo citarle muchos casos de experimentos

hechos a este respecto que han resultado siempre fallidos.

El gran psicólogo norteamericano William James tuvo siempre un gran interés en los fenómenos del Espiritismo. Los estudió durante varios años sin poder convencerse de si procedían o no de espíritus desencarnados. Determinó, pues, hacer una prueba definitiva. Unos meses antes de su muerte escribió un documento que entregó sellado a un comité de hombres de ciencia diciéndoles que después de su muerte haría toda clase de esfuerzos para comunicar el contenido de dicho documento a un buen número de médiums, con objeto de que éstos transcribieran la comunicación al referido Comité.

William James murió el 27 de agosto de 1910 y poco después varios médiums de diversas partes del mundo dijeron haber recibido mensajes de él. Se recibieron cientos de documentos que decían ser iguales al documento sellado que obraba en poder del Comité.

Sus miembros empezaron a sentirse defraudados al observar que dichos escritos no estaban de acuerdo entre sí; pero el desengaño fue absoluto cuando pasado el tiempo estipulado en el testamento del doctor James, se abrió el documento sellado y ni uno de los cientos de documentos presentados se aproximaba siquiera al contenido del escrito dejado por William James.

Una prueba similar a ésta hizo el famoso F. W. H. Myers, quien, en el año 1891, encerró en cubierta

doble un manuscrito cuyo contenido únicamente él conocía, y lo entregó cerrado y sellado a la Sociedad de Investigaciones Científicas de Londres, con instrucciones de que sólo después de su muerte se abriera, cuando algún médium de confianza asegurara haber recibido de él la comunicación de lo que el sobre contenía.

Pero sucedió que cuatro años después de su muerte, el 13 de diciembre de 1904, habiendo asegurado una famosa médium inglesa, llamada Mrs. Verrall, que el alma de Myers le había comunicado el mensaje secreto, se abrió el sobre y se encontró que... lo que había dejado escrito Myers nada tenía que ver con lo que había escrito automáticamente la médium Verrall.

Antes de morir Houdini, el gran opositor del Espiritismo, había dejado a su esposa «una clave especial» que él procuraría usar desde el otro mundo por conducto de los médiums, caso de serle posible. Después de dos años de muerto, algunos médiums dijeron que habían recibido comunicaciones auténticas del alma del opositor del Espiritismo, lo que causó gran sensación.

Los periodistas asediaron a Mrs. Houdini a preguntas y ésta ha declarado repetidas veces que, por más que ella ha hecho todo lo posible para ponerse en comunicación con su difunto esposo, nada había obtenido, y que los comunicados que los espiritistas habían atribuido a Houdini eran completamente falsos.

Hay, además, otras pruebas de que los espíritus que hablan en las sesiones espiritistas son espíritus mentirosos, o bien resultado de fenómenos mentales, sin intervención alguna de los espíritus que se invocan.

A saber:

- ¿Por qué los supuestos espíritus que se presentan como personajes de la antigüedad hablan siempre idiomas modernos y no aquellos que deberían serles familiares?

- ¿Por qué Aristóteles, Platón, Cicerón o Séneca pronuncian discursos, en las sesiones espiritistas, en inglés, francés, español y nunca en griego o latín clásico?

- ¿Cómo se explica que el doctor Phinet, que en vida hablaba sólo francés, al comunicarse después de su muerte, según decían los componentes de ciertos círculos espiritistas franceses, cuando fue invocado por la médium Miss Piper, no sólo hablaba inglés perfectamente, sino que le fue imposible hablar francés cuando se lo pidieron?

- Si la médium conociese tan sólo el español o el alemán, ¿en qué idioma hablaría el espíritu?

- ¿Por qué las faltas de ortografía en lo comunicado cuando el médium escribiente adolece de este defecto? Si fuera un espíritu desencarnado quien impulsar la mano de la médium, en vez de serlo su propio subconsciente, es decir, si se tratara verdaderamente del alma de algún literato, como muchas veces pretenden ser tales espíritus escribientes, no incurriría de ningún modo en tales faltas ortográficas.

Muchos crímenes quedan envueltos en el misterio, sin el correspondiente castigo por falta de prueba legal.

• ¿Por qué los médiums no ayudan a la acción, muchas veces difícil, de la Justicia invocando el espíritu o espíritus que fueron víctimas del crimen para que revelen ante los tribunales a los verdaderos culpables?

Con unos cuantos éxitos evidentes el recurso somnambúlico se convertiría en norma legal, y el triunfo del Espiritismo en el mundo sería completo.

Pero ocurre totalmente lo contrario. Cada vez que se intenta alguna prueba seria para determinar de un modo concluyente la identidad de los espíritus, y por ende la realidad de las comunicaciones con el mundo de los fallecidos, resulta un fracaso.

Ante tales fallos de identificación se hace evidente que cuanto más admirables sean los fenómenos parapsíquicos conseguidos, se hace más clara la presencia de espíritus de mentira, y, por ende, diabólicos. Dicho de otro modo, si la médium que afirma estar en comunicación con el alma de Sócrates, de Platón o de Aristóteles, no puede expresarse en lengua griega, es fácil pensar que no se trata de una comunicación genuina con tales personajes, sino de un fenómeno hipnótico del cerebro de la médium que está hablando como en un sueño del contenido de su propio subconsciente o cerebelo, o bien que es una mentirosa y finge estar dormida. Pero si la declaración es hecha por un cesto parlante, fenómeno mucho más maravi-

lloso que el sueño hipnótico, no podemos por menos que sospechar que nos hallamos ante la presencia de un enviado de aquel a quien Jesús llamó mentiroso y padre de mentira, ya que es más evidente que un poder extrahumano ha movido aquel cesto, y ha hecho escribir las palabras de mentira manifiestas por tal incongruencia.

Si no podemos creer muchas veces a personas a las cuales podemos ver el rostro, que como se dice es «el espejo del alma», ¿cómo vamos a creer a seres espirituales a quienes no podemos ver?, ¿quién nos garantiza la verdad o realidad de sus declaraciones?

Y mucho más: cuando los mismos experimentadores tienen que confesar que los autores de tales fenómenos se han mostrado, muchas veces, mentirosos, ¿cómo podemos suponer que cuando hablan en un tono diferente dicen verdad, o no son los mismos burladores de antes, que han querido hacer otro papel, si no podemos identificarles de ninguna manera?

Por eso los cristianos nos atenemos a la advertencia de Juan: *«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si los espíritus proceden de Dios; porque muchos falsos profetas han salido en el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne procede de Dios, y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne no procede de Dios y éste es el espíritu del anticristo que habéis oído que viene y ahora ya está en el mundo»* (1ª Juan 4:1-3).

Precisamente, uno de los temas preferidos del espiritismo es negar la divinidad de Cristo, y de ello

advierte el apóstol Juan, el último testigo de la presencia del Señor en el mundo, en aquellos tiempos cuando abundaban más los dones carismáticos en las asambleas cristianas, y con la misma ansia de buscar una revelación carismática del Espíritu Santo podían aquellos cristianos, ponerse en una situación mental que diera oportunidad a los espíritus malignos a revelarse en tales asambleas.

La reencarnación

Este es otro punto básico y doctrina favorita, tanto del espiritismo como de la teosofía y religiones orientales.

Semejante doctrina no puede ser considerada como una revelación de los «espíritus superiores» a los médiums espiritistas modernos, pues era la tradicional creencia de los antiguos egipcios, y lo es todavía de los hindúes.

¿Y qué pruebas tiene el espiritista de esta vieja teoría? Ninguna otra que las que tenía un sacerdote egipcio cuando exhortaba a los fieles a la pureza para evitar la reencarnación en un cerdo, y a la honradez para evitar entrar en el cuerpo de un cuervo o de una lechuga; es decir, nada más que las especulaciones de su propia imaginación.

Quizá el espiritista os responderá citando los dones artísticos revelados raramente por algún niño precoz, diciéndoos que ha encarnado el espíritu de su abuelo; pero el estudio de este fenómeno entra dentro

del campo de la moderna eugenesia que ha descubierto cosas maravillosas en los cromosomas y genes de la ascendencia familiar, sin necesidad de recurrir a hipotéticas reencarnaciones para purificarse de pecados de vidas pasadas. Al lado de una hipótesis tan incierta está toda la experiencia contraria de la humanidad, pues la verdad es que nadie recuerda nada de las supuestas vidas anteriores por las cuales todos debemos haber pasado, según la teoría espiritista.

Injusticia del castigo sin recuerdo

Si venimos a este mundo para expiar nuestras pasadas culpas, y a enmendarnos con ello de los mismas, lo primero sería que el Creador nos indicara por cuáles faltas padeceremos, dándonos un recuerdo de la vida antigua, que nos permitiera enmendar la presente. El no hacerlo así resultaría arbitrario y, por ende, bien poco eficaz, como estamos viéndolo con la situación del mundo. Nadie castigaría a un estudiante, o a un obrero, por faltas de conducta, sin indicarle los motivos del castigo. ¿Podríamos pretender que lo haría –o acaso lo está haciendo– el sapientísimo Creador?

Pero son revelaciones de los espíritus –nos dicen los adeptos a la filosofía de Allan Kardec– ***ellos nos aseguran que así es. ¿Cómo podemos rehusar una verdad garantizada por fenómenos tan evidentes como los que nosotros hemos presenciado muchísimas veces en sesiones espiritistas?***

Ya hemos indicado el probable origen de muchos de estos fenómenos, así como el fracaso de pruebas de las cuales dependía la identificación de los espíritus.

Por otra parte, todos sabemos que la mente, tanto de los médiums como de los asistentes a cualquier sesión espiritista, está saturada hoy día de la doctrina de la reencarnación; no es extraño, por consiguiente, que los supuestos mensajes psíquicos se refieran a tal doctrina, por no llamarla dogma, del Espiritismo.

Es natural que Allan Kardec y otros líderes espiritistas, interesados en el estudio de religiones antiguas, proyectaran aquellas ideas de sus propias mentes a las mentes de los médiums en las sesiones espiritistas, que se pusieron de moda con motivo del incidente de las hermanas Fox, dando lugar a la elaborada doctrina religiosa del Espiritismo moderno.

Por otra parte, es bien comprensible que, tanto para los antiguos sacerdotes paganos, como para los modernos espiritistas, la teoría de la reencarnación parezca más lógica y plausible que la doctrina cristiana sobre el «más allá». Parece resolver algunos problemas sobre diferencias de condición entre los seres humanos. Parece mucho más racional y creíble que la extraordinaria doctrina cristiana de la resurrección. No requiere una fe tan grande como aquélla. Aun cuando el nacimiento natural es una gran maravilla del poder de Dios, estamos tan acostumbrados a verlo que no nos parece nada extraordinario. En cambio, está fuera de la experiencia humana la formación instantánea de un nuevo cuerpo. Pero los pensamien-

tos de Dios son más altos que nuestros pensamientos y sus recursos ilimitados. Las cosas que están fuera de nuestra experiencia no son más difíciles para Dios que aquellas que nos permite ver la Naturaleza.

Pero precisamente lo que la mente humana habría sido incapaz de sugerir ni pensar, son las realidades que la ciencia va descubriendo, día por día, en el Universo de Dios.

¿Cómo podían imaginarse nuestros abuelos algo tan inverosímil y extraordinario como la teoría atómica y la electrónica? Sin embargo, lo que hace cien años era inverosímil e imposible, hoy es innegable. Nadie puede decir, esto es imposible, cuando se trata del poder y sabiduría escondida en el Universo. Un Universo que presenta marcas innegables de una Inteligencia y Poder superior a nuestra limitada mente.

Es lógico que al discurrir sobre la inmortalidad pensarán los hombres en la posible reencarnación de los espíritus de los difuntos, en cambio, si no es por una fe profunda en la revelación divina, parece un absurdo imaginar la resurrección. He aquí la diferencia entre una doctrina de origen humano y una revelación divina.

El silencio de la Biblia

La aparente ausencia en los escritos de Moisés de claras referencias a la vida futura dio a pensar antiguamente si los hombres de su tiempo no habían lle-

gado todavía al concepto de la inmortalidad, pero el descubrimiento de las tumbas y jeroglíficos ha descartado totalmente tal suposición.

¿Por qué Moisés, habiendo sido enseñado en toda «la ciencia y sabiduría de los egipcios», no introdujo en la religión judía una doctrina al parecer tan plausible, la cual él mismo no podía desconocer? Es difícil entenderlo si no es creyendo que el Espíritu Santo, que inspiró al caudillo de Israel, le preservó de tal engaño.

La enseñanza bíblica opuesta a la reencarnación

Y no sólo esto, sino que toda la enseñanza del A.T. niega que los muertos vuelvan a la tierra. David exclama ante la muerte de su hijo: «*El no vendrá a mí, mas yo iré a él*» (2º Samuel 12:23). Asimismo Job habla de la muerte como de un lugar del cual no se vuelve (Job 10:21).

En el N.T., donde las instrucciones sobre la vida venidera son más claras, existe una contradicción aún más evidente con la doctrina espiritista. Toda referencia a la vida venidera es, bien como de un lugar de condenación y miseria que es necesario a todo trance evitar (Mateo 5:29, 16:26 y Lucas 12:5) o de un lugar de felicidad suprema que conviene a cualquier coste asegurar (Mateo 16:27; Juan 14:3 y 17:24).

En las epístolas del N.T. leemos: «*Está establecido a los hombres que mueran una vez y después el juicio*» (Hebreos 9:27) y la esperanza del apóstol Pablo era:

«Ser desatado y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor» (Filipenses 1:23), no volver a ser atado a otro cuerpo mortal.

Cuando nuestro Señor se hallaba pendiente entre el cielo y la tierra, colgado en la cruz del Calvario, y oyó el clamor de un alma náufraga, la oración del infeliz ladrón que estaba a punto de perecer en sus pecados, no le contestó: Reencarnarás muy en breve y tendrás una nueva oportunidad en el mundo para mejorarte; sino que le dijo: «De cierto te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lucas 23:43).

La esperanza de una vida consciente, espiritual, después de la muerte es completada en el N.T. por la doctrina de la Segunda Venida de Cristo y la Resurrección, por medio de la cual los espíritus de los que han vivido una vez sobre la tierra volverán a recobrar cuerpos físicos que les permitirán relacionarse, no sólo con el universo espiritual, sino también con el universo físico, tan ligado a aquél. Pero tal acontecimiento sería totalmente innecesario de ser cierta la teoría de la reencarnación; y Cristo, en lugar de ser «un espíritu avanzado», «un gran maestro de la humanidad», según dicen los espiritistas, habría sido un osado engañador, por atreverse, no solamente a afirmar la resurrección de los muertos, sino a anunciar su Segunda Venida como clave y motivo de tan estupendo acontecimiento. Este es el gran dilema que se levanta entre el espiritismo y el cristianismo. Y ante la imposibilidad de concertarlo, nosotros preferimos atenernos a la enseñanza de Jesucristo, por inverosímil que

parezca a la ciencia de nuestros días, que le falta aún muchísimo para haber dicho la última palabra sobre los grandes misterios del Universo.

IX

CÓMO CONVERSAR CON LOS MORMONES

Desde hace algunos años se han extendido por los países de habla hispana jóvenes norteamericanos, muy bien educados y pulcramente vestidos, que van de casa en casa como misioneros mormones, secta hasta hace poco desconocida en los países hispanos, pero notable en los Estados Unidos desde mediados del siglo pasado, cuando un considerable número de familias que habían dado oído a las declaraciones de un joven visionario de 14 años llamado Joe Smith, emigraron desde la población de Navoó, Illinois, al estado de Utah, en Nuevo México, donde fundaron una gran colonia de creyentes de esta nueva religión. El joven Smith dijo que había visto en un bosque aparecersele Dios Padre y Dios Hijo Jesucristo, y más tarde declaró haber tenido conversaciones con un ángel llamado Moroni, quien le reveló el lugar donde se hallaban escondidas ciertas planchas de oro escritas en egipcio reformado –según decía– por un judío llamado Mormón, emigrado desde muchos siglos, primero a Centroamérica y después al norte, en la ciudad de Palmira, cerca de Nueva York. Es decir, un cuento muy sospechoso.

Sin embargo, gracias al celo misionero de los jóvenes mormones –que obedecen la tradición religiosa de sus familiares– y de su poderosa y bien organizada iglesia, es posible encontrar hoy, aun entre los pobladores hispanos, quien responda a nuestra labor evangelística:

—***Yo soy mormón.***

La respuesta adecuada a una declaración semejante puede ser:

—El mormonismo es una religión muy reciente para ser la única y auténtica Iglesia de Jesucristo. Todo se basa en la palabra de un jovencito de hace 150 años, en una época de mucha superstición dentro del Cristianismo, y no tiene las garantías que tiene el Cristianismo auténtico. De Jesucristo tenemos el testimonio de los apóstoles que vieron al Señor, como leemos en 1ª Juan 1:1-4, Lucas 1:1:1-4 y 1ª Corintios 15:1-10.

Los apóstoles dieron sus vidas voluntariamente antes que negar lo que habían oído y visto de Cristo, en cambio sabemos que Joe Smith fue asesinado junto a su hijo, cuando estaba en la cárcel, y no por su fe, sino por delitos seculares, y nadie más que él había visto la supuesta visión de Dios Padre e Hijo, ni tampoco las planchas de oro. Nadie ha podido comprobar pues, si Smith mintió o sufrió una alucinación, porque murió sin dejar testigos.

M. No, quedaron once testigos que vieron las planchas de oro.

R. Pero de estos once, más de la mitad apostató al poco tiempo y abandonaron la Iglesia mormona. Algunos de los que apostataron, incluso dijeron que habían recibido revelación de Dios y que el mormonismo era falso, y por eso lo abandonaron.

Además, en el libro de Mormón hay párrafos enteros copiados literalmente de la Biblia traducida en días del rey Jaime I de Inglaterra, en el siglo XVI, mientras que dicho libro pretende haber sido escrito por el judío Mormón en el año 420, y ello manifiesta claramente el fraude de la redacción de dicho libro, que sólo podía ser leído, según la leyenda inventada por Joe Smith, mediante unos cristales que transformaban el egipcio reformado en correcto inglés. ¿Es verosímil tan extraño milagro?

M. *Bueno, también tenemos otros milagros en la Biblia.*

R. Pero no tan inverosímiles y absurdos como éste. Además Joe Smith inventó la patraña del egipcio reformado para disimular el hecho de que el lenguaje hallado en las planchas no era el egipcio normal de la lexicografía egipcia. Sin embargo, no se ha encontrado en todos los monumentos antiguos de Egipto ninguna noción ni referencia a tal reforma del lenguaje egipcio. Todo ello está en contra de la veracidad del cuento inventado por Joe Smith.

M. Pero, si hemos de creer a profetas de tiempo antiguo como Isaías, Jeremías, etc., ¿por qué no creer que Dios pudo haberse revelado a Joe Smith hace 150 años?

R. Porque las revelaciones a los antiguos profetas hebreos han sido confirmadas por las cosas que han sucedido en el mundo, y sobre todo por el testimonio de nuestro Señor Jesucristo durante su estancia en la tierra, mientras que las profecías de Joe Smith, precisamente porque vivió mucho más cerca de nos-otros, tenemos pruebas de que fueron mentirosas; por ejemplo: La afirmación de que había habitantes en la luna, cuando él no se imaginaba que alguna vez los hombres pudieran llegar a la Luna. También dijo que el Señor volvería a la tierra dentro de 56 años, escrito en 1835, o sea, en el año 1891. Pero no vino. Vea lo que dice el Señor en la Biblia, libro que los mormones aceptan también como Palabra de Dios, pero solamente como parte de la Palabra de Dios: *«El profeta que tenga la presunción de hablar palabra en mi nombre, a quien yo no le haya mandado hablar, o que hable en nombre de dioses ajenos, morirá, y si dices en tu corazón... ¿cómo conoceremos la Palabra que Jehová no ha hablado?»*

»Si el profeta habla en nombre de Jehová y no se cumple lo que dijo ni acontece, es palabra que Jehová no ha hablado. Con presunción la habló el tal profeta, no tengas temor de él» (Deuteronomio 18:20-23).

Esto es algo que puede ser dicho a nuestros compatriotas seducidos por la propaganda mormona,

que, aunque no son tan numerosos como los seducidos por la aún más intensa propaganda Rusellista, pueden encontrarse todavía en algún lugar.

X

CÓMO PRESENTAR EL EVANGELIO A LOS NIÑOS

Los niños pueden ser convertidos a Dios en una edad bastante temprana, que varía según la inteligencia de cada uno de ellos. Por tal motivo no puede darse una regla general. La Historia del Cristianismo y la experiencia nos ofrecen ejemplos de niños que entendieron el mensaje del Evangelio y fueron convertidos a Dios, dando evidencia de haber nacido de nuevo, a edades muy diversas.

El gran obispo de la Iglesia de Esmirna, Policarpo, sucesor inmediato de Juan, sabemos que fue convertido a los 9 años; Mathew Henry a los 11; Jonathan Edwards a los 7; Isaac Watts, el gran poeta cristiano, a los 9; José Grec a los 10; Enrique Drummond a los 9; el doctor Davis, autor de un antiguo Manual de Evangelio Personal, redactor por muchos años del «Atalaya Bautista» y del «Expositor Bíblico», dice: «Fui convertido al Señor a los 13 años, y sé que podía haberlo aceptado 2 o 3 años antes».

Spurgeon declara: «He recibido durante el año pasado a 40 o 50 niños en mi Iglesia. En cuanto a la totalidad de mi experiencia pastoral, de 2.700 miembros que he tenido que expulsar de la comunión de

mi Iglesia, nunca he tenido que expulsar a ninguno que fue recibido mientras era niño.

Se le preguntó una vez a un agricultor cómo tenía tan buenas ovejas y contestó: «Cuido de los corderitos», y esto es cierto también en el terreno espiritual. Jesús mandó a Pedro en estos términos: «*apacienta mis corderos*». Alguien ha dicho que los niños de las congregaciones evangélicas deberían ser ganados para Cristo antes de llegar a los 12 años, pero esta declaración no es del todo segura, por la razón que hemos indicado antes, de los diversos grados de inteligencia. Creo que podemos decir que la edad más propicia es de los 12 a los 15 años, pero en muchos casos pueden serlo bastante antes.

Es necesario dar un mensaje claro de evangelización a los niños, en el lenguaje de su propia edad, para que puedan ser genuinamente convertidos lo antes posible.

La ética no es suficiente

Hay quienes sostienen la opinión de que basta con exhortarles a que sean amables, generosos y buenos. Que no hay que hablarles de doctrina, hasta que tengan edad de comprender los misterios de la fe, pues si se les habla de temas doctrinales darán su asentimiento a la doctrina cristiana sin comprenderla, y la negarán y abandonarán en cuanto lleguen a la edad del raciocinio.

Negamos rotundamente semejante punto de vista, y declaramos que, si bien es verdad esta lamentable experiencia en determinados casos, no es por haber sido adoctrinados en exceso, sino por haber sido mal adoctrinados. En otras palabras, no es tanto por haber sido adoctrinados demasiado pronto, como por deficiencias de adoctrinamiento.

La enseñanza religiosa que por muchos siglos ha sido dada en las iglesias (en la católica-romana con el aprendizaje del catecismo y en las iglesias protestantes con las lecciones de la Escuela Dominical), ha consistido más en lecciones de memorización que de persuasión. Se ha procurado llenar la memoria de Historia y textos Bíblicos sin explicar a los niños porqué las doctrinas de la fe cristiana tienen que ser creídas; y a los primeros embates de la cultura secularista y muchas veces atea que han recibido en los colegios, aquella fe ingenua, que fue profesada sin convicción, tan sólo para sumarse al grupo y al ambiente que rodeaba al niño en sus años infantiles, se ha desvanecido al cambiar las circunstancias de su infancia.

No se ha tenido bastante en cuenta que la eterna pregunta de los niños, no es simplemente un ¿qué? ante las realidades de la vida y de la muerte, sino un ¿por qué? Y si las respuestas de la iglesia no les han convencido, o no han experimentado un verdadero nacimiento del Espíritu por la aceptación personal de Jesucristo como Salvador, bien pronto les va a parecer que las ideas de la cultura secular, de tendencia escép-

tica, son mucho más seguras y acertadas que las de la religión. No se les ha anticipado que la ciencia tampoco tiene respuesta satisfactoria a los misteriosos «porqués» de la vida y de la muerte y llegan a la edad peligrosa sin haber sido equipados intelectual y espiritualmente para resistir con eficacia los inevitables embates de la duda. Y ello es mucho más necesario en nuestro siglo que en ningún otro.

El atractivo social tampoco es suficiente

Muchas iglesias, observando los fracasos de la educación religiosa, han dedicado la mayor parte de sus esfuerzos –y de sus recursos– a fortalecer los aliados de la vida social de la Iglesia, por medio de diversiones, convirtiéndola en un club social cada vez más atractivo y menos religioso.

Pero este sistema tampoco es plenamente eficaz, porque el mundo tiene atractivos mucho más fuertes que los que pueda proporcionarles la iglesia. No es condenable el sistema de hacer de la iglesia un lugar grato de compañerismo y expansión juvenil, pero aquí debemos aplicar aquella frase de Jesús a los judíos: «Estas cosas conviene hacer y no dejar las otras».

Enséñeles a razonar su fe

Los niños pueden hoy, mejor que en ninguna otra época del pasado, comprender fácilmente los grandes principios de la fe cristiana y las razones que tenemos

para aceptarlos, a pesar de todas las especulaciones del pensamiento moderno... Debemos tener en cuenta que los niños son más razonadores de lo que parece, aun en edad muy temprana.

Recordamos el caso de nuestra propia nietecita, Débora, cuando tenía la edad de 6 años y sentada en el jardín, su abuelita le estaba explicando que Dios hizo las flores y los frutos, los pajaritos que trinaban en los árboles, los pececitos que daban vueltas por el tanque del surtidor, así como el agua, el aire y todas las cosas buenas de las que disfrutamos en este mundo. Después de escuchar un rato con atención levantó su vocecita para decir: «Abuelita, ¿y a Dios quién lo hizo?» «Grandma, ¿who made God?» en su lengua materna, más fácil para ella que la paterna).

En palabras muy sencillas procuramos presentarle el gran argumento de Descartes: «Algo debe existir desde siempre, pues de la nada, nada puede salir. Si en el Universo hubiese un tiempo en que no existiera nada, todavía no existiría nada, pues la Nada nada puede producir. Algo debe haber existido siempre. Ahora bien, ¿qué es lo que ha existido primero? ¿Un Espíritu inteligentísimo, o la materia inerte? Si fue la materia, ¿cómo pudo organizarse a sí misma de un modo tan maravilloso que revela inteligencia, invención y designio? Una inteligencia, por cierto, muy superior a la nuestra, pues nosotros no habríamos sabido ni podido hacer un mundo tan admirable y tan bueno como el que Él hizo por nosotros. Es a este Espíritu que hizo todas las cosas con tanta sabiduría

para que las gocemos y seamos agra-decidos, a quien Jesús nos enseñó a llamar Padre Celestial. Las Sagra-das Escrituras nos dicen que Él ha existido siempre, aunque esto sea un misterio para nosotros, imposible de comprender».

El sistema de enseñanza que los mejores educado-res cristianos suelen usar con los niños, es el que sigue:

El orden didáctico de la educación cristiana

1. Enseñarles la realidad de la existencia de Dios, el Padre celestial que ha creado todas las cosas. Los niños admiran el hermoso mundo que les rodea y es necesario hablarles de Dios, espíritu invisible, como sabio autor de todas las cosas visibles.
2. El amor y la bondad de Dios se manifiesta por las buenas cosas que él ha puesto en este mundo que habitamos; debemos por lo tanto ser agradecidos a tales beneficios. Uno de los textos más impresionantes para los niños es el Salmo 19:1, y Mateo: 6:26-30. Porque se refieren a cosas sensi-bles, que pueden tocar y ver.
3. Referirles las historias de la Biblia, tanto del An-tiguo como del Nuevo Testamento. Pero no limi-tándose al relato histórico, sino haciéndoles notar la intervención y el propósito divino en la narra-ción. Hay maestros que se limitan a contar el hecho como un cuento, sin hacer apenas ningún énfasis en el significado moral y espiritual de la historia; piensan que porque la historia es de la

Biblia están dando ya una instrucción religiosa por el mero hecho de contarla. Si hacen algún comentario es más bien de carácter ético; por ejemplo, si se trata de la historia de José se limitan a contar la actitud perdonadora de éste para con sus hermanos; cuando lo más notable de la historia es que Dios estaba con José porque José vivía una vida de comunión con Dios, siguiendo las enseñanzas de su padre Jacob; y que si nosotros tenemos a Dios en cuenta, Dios nos tendrá en cuenta a nosotros, como lo hizo con José.

Del mismo modo, en la historia de David y Goliat, no basta excitar la curiosidad de los niños contándoles que el pequeño David era tan valiente que no tuvo miedo del gigantón. Hay que hacerles notar por qué lo era, explicándoles lo que David dijo a Saúl, según los versículos 36 y 37 de 1º Samuel 17, y lo que dijo al gigante, según los versículos 45 y 46. Es decir, hacer notar de un modo particular a los niños, la fe del niño David. Asimismo, en las historias del N.T. hay que hacer notar a los pequeños la enseñanza espiritual, sin hacerles un sermón como si se tratase de una clase de adultos, pero sin olvidar que los niños tienen también un alma que está abriéndose a las verdades espirituales.

4. Referirles las parábolas de Jesucristo. Las del hijo pródigo, y la del buen samaritano, son las más gráficas y aptas para contar a los niños, además de todas las otras; sin olvidar hacerles notar en cada

una la lección espiritual que contienen, en palabras sencillas, que ellos puedan fácilmente comprender.

5. Si los niños han llegado a la edad de asistir a la escuela primaria, pronto oirán a los maestros explicarles la grandeza del Universo y se levantarán preguntas en sus mentes de cómo podía Jesús ser Dios, o cómo podía Dios haberse acordado de un mundo que es –oirán decir– como un grano de arena en un Universo de millones de estrellas. Esta es la prueba más fuerte para su fe religiosa, cuando el niño llega a la edad de 10 a 15 años.

En este período, el más peligroso, hay que ayudarles con mucho tacto y sabiduría a sustituir la fe infantil, basada en la palabra del padre y de la madre (si son hijos de familias cristianas) o la confianza en la palabra del pastor y del instructor de la Escuela Dominical (cuando se trata de niños de familias ajenas a la iglesia), por una fe propia, basada en la autoridad de la Sagrada Escritura como revelación de Dios.

Hay que explicarles que Dios es el Espíritu Infinito que está en todas partes del Universo, y para Él no hay nada que sea demasiado grande ni demasiado pequeño. Salomón, que había edificado un espléndido Templo (posiblemente el mayor del mundo en aquellos tiempos), pensando por inspiración del Espíritu Santo en la grandeza de Dios, decía: *«Pero, ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos de los cielos no te pueden*

contener, ¡cuánto menos esta casa que yo he edificado! Con todo, Tú atenderás a la oración de tu siervo, y a su plegaria, ¡Oh Jehová, Dios mío!, oyendo el clamor y la oración que tu siervo hace hoy delante de Ti» (1º Reyes 8:27, 28).

El autor del Salmo 139 escribía también, por inspiración de Dios: *«¿A dónde me iré lejos de tu Espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo a los cielos, allí estás tú, y si bajo al Sheol, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y emigrara hasta el confín del mar, aun allí me alcanzaría tu mano, y me agarraría tu diestra. Si dijese: al menos las tinieblas me cubrirán y el día se tornará noche alrededor de mí, ni aun las tinieblas encubren de Ti; y la noche es tan luminosa como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz. »Porque Tú formaste mis entrañas, Tú me tejiste en el vientre de mi madre. Te alabo, porque formidables, prodigiosas son tus obras, prodigioso soy yo mismo y mi alma lo sabe muy bien» (Salmos 139:7 a 14).*

Puede citárseles también la declaración de Pablo a los sabios del Areópago de Atenas:

«El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es servido por manos de hombre, como si necesitase de ellos algo, pues Él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. »Y de una misma sangre ha hecho toda nación de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de las estaciones, y las fronteras de sus lugares de residencia, para que busquen a

Dios, si tal vez palpando pueden hallarlo, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nos-otros, porque en Él vivimos y nos movemos y somos; como también algunos de vuestros propios poetas han dicho» (Hechos 17:24-2).

Quizás el niño le dirá: Pues si Dios es Espíritu y es tan grande que llena el Universo, ¿cómo es posible que Jesús sea el Hijo de Dios?

Explíquesele Juan 1:1-18:

»En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Todas las cosas por medio de Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho... Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... A Dios nadie le ha visto jamás, el Unigénito Hijo que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer» (Juan 1:1, 3, 14, 18).

Dígale que Jesús es la manifestación visible del Dios invisible, poniéndole quizá como ejemplo el vapor de las nubes que puede transformarse en agua o en nieve. Puede ayudarle a hacer entender al niño que Jesús era Dios, el texto de Miqueas 5-2: *«Pero tú Betlehem Ephrata, aunque eres pequeña para ser contada entre las familias de Judá, de ti saldrá uno que será Señor en Israel y sus orígenes (o salidas) son desde el principio, desde los días de la eternidad».* Todos los niños saben que Jesús nació en Belén, y este texto identifica a Jesús como el que existía desde los siglos de la eternidad. De ningún niño humano puede decirse esto:

6. Hay que explicar a los niños que son pecadores. Es una doctrina que ellos comprenden y aceptan con gran facilidad, ya que todos ellos están acostumbrados a recibir reprensiones de sus padres y maestros por sus travesuras o desobediencias, y por el sentimiento natural de conciencia que tienen dentro. Es fácil hacerles comprender que pecan cuando desobedecen a los mayores, o cuando son egoístas, y no aman al prójimo como a ellos mismos, después de haberles indicado que ésta es la voluntad de Dios, el Padre celestial, y por tanto padre de todos.
Hay que explicarles desde muy temprana edad, tan pronto como pueden comprenderlo, que Jesús vino de parte de Dios para salvar a los pecadores.

Provoque una decisión

Si ve que el niño comprende bien el plan de salvación y la ocasión es propicia; si nota que está conmovido o muestra de alguna manera un profundo interés, invítele a aceptar a Cristo en aquel mismo momento. Si dice que quiere ser cristiano, o que quiere amar a Jesús, respóndale usted: «Esto que acabas de decirme a mí, ¿no lo querrías decir al Señor Jesucristo, para que Él lo oiga de tus propios labios en oración?»

Es mejor ponerlo de este modo que no invitarle a orar, lo que podría asustarle con la idea de que debe formular una larga oración... Anímele, con estas palabras: «Dile todo lo que sientas al Señor Jesucristo,

que está aquí, junto a nosotros». Léale Mateo 18:19, 20 y 28:20, así como Juan 6:37: «*Al que a Mí viene de ningún modo le echaré fuera*».

Y no la malogre

Trátele desde este día como un cristiano. Nunca ponga en duda la seriedad y realidad de su decisión con motivo de alguna travesura. Jamás trate de corregirle diciéndole: «Esto no lo hace un niño cristiano» o bien «¿Tú eres cristiano y has dicho una mentira?».

Nunca muestre usted ninguna duda acerca de su cristianismo. En todo caso invítele a pedir perdón a Jesús por su falta, pero nunca ponga en tela de juicio la realidad de su conversión.

Si el niño pide ser bautizado no le responda: «Eres demasiado pequeño», a secas; explíquele, quizá, que los ancianos de la iglesia desean ver más frutos o demostraciones de que él es un cristiano, pero que usted sabe que él lo es. Todo niño es un adulto por dentro (por lo menos así se considera a sí mismo). Piense que su fe es como una plantita de débil tallo, no la pisotee si quiere verla crecer y robustecerse en los próximos meses o años.

No ponga a prueba su fe, antes ayúdele a resolver sus pequeños problemas de conciencia. No le diga que Dios no le amará y que va a echarlo en el infierno porque ha hecho una travesura. Tome más en serio las cosas espirituales, para ayudarle a él a tomarlas en

serio también. El niño tiene un concepto de justicia mucho más acentuado de lo que usted puede suponer.

Si el niño le pregunta acerca del infierno, no se lo pinte en vivos colores, como una abuela de la Edad Media. Dígale que la Biblia relaciona el infierno únicamente con los que han rechazado a Cristo de un modo deliberado y consciente, cometiendo de ese modo el pecado imperdonable. Haga énfasis en la perfecta justicia de Dios, que pagará a cada uno según sus obras. No le dé lugar a pensar que Dios es un ser airado, siempre dispuesto a echar gente en el infierno, después de haberle hablado tantas veces de Él como de un Padre amante y misericordioso. Recuerde que el niño tiene que habérselas con una sociedad del siglo XX, y oirá a la gente hablar del infierno muy a la ligera, y en tono de burla, no en un tono de terror como ocurría en siglos pasados.

Razonando con los adolescentes

Si el niño va a la Escuela y está estudiando geografía astronómica, puede ayudarle a comprender el plan para la salvación de los pecadores, el ejemplo que presenta el autor del libro *«Filosofía de Plan de la Salvación»* quien dice: «Si un planeta saliera de su órbita alrededor del sol, tendería a abandonarla y no podría jamás ser restaurado, a no ser que el sol, el gran centro de nuestro sistema planetario le siguiese en su extravío, y aumentando su poder de atracción al aproximarse más al planeta errante, le

hiciese volver (atrayéndolo hacia sí) a su primitiva órbita».

La gran ley del mundo espiritual es muy semejante a la ley física... Jesús la condensó en estas palabras: *«Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu entendimiento, y a tu prójimo como a ti mismo».*

Siguiendo esta ilustración podemos decir que la atracción que debería unir el alma a Dios y también a sus semejantes, fue rota por el pecado, y el ser humano, impelido por su egoísmo dando vueltas sólo sobre su propio centro, choca en su carrera con los otros seres morales, o sea con sus prójimos sobre la tierra; se cruza su órbita con otras órbitas de particulares intereses y de ahí los rencores y las guerras que han existido siempre en el mundo.

¿Cómo podía ser retrotraído el hombre a su antigua órbita moral?

El mejor medio es que el mismo Creador se aproximara a él, y atrayendo sus afectos por alguna prueba extraordinaria de su misericordia volviera a ganar su amor, confianza y obediencia de un modo tan absoluto, que el hombre, movido por aquella benevolencia de parte de su Creador, no quisiera vivir ya egoístamente, tan sólo para sí, los pocos años que tiene para vivir en este mundo, sino que los empleara para honrar a quien le amó, cumpliendo la buena voluntad del Padre Celestial en su relación con sus prójimos hermanos.

Hágale sentir la necesidad que tiene de aceptar al Salvador que Dios ha enviado, agradeciendo desde entonces su inmenso sacrificio de la cruz y viviendo para Él. Puede ayudarle a poner claro ante el niño los ejemplos que se encuentran en las págs. 97 a 101.

Evíteles discusiones teológicas

Evite a toda costa que el niño pueda oír a los mayores discutir sobre temas de teología. Ni siquiera cuando él parezca estar distraído en sus juegos, pues muchas veces los niños parecen estarlo, pero tienen un oído muy fino para escuchar y retener los comentarios de los mayores. Para un niño creyente, todos los mayores están tan seguros de las cosas es-pirituales como de las materiales. Déjele entrar en los problemas de la fe por caminos más convenientes; apoyado, cuando llegue el caso, con buenos razonamientos y magníficos libros que fortalezcan su fe. Que no vea en modo alguno, en los mayores, ningún concepto de duda o vacilación sobre temas espirituales, hasta que tenga suficientes conocimientos para entender las opiniones diversas que existen acerca de ciertos temas, como «la predestinación y el libre albedrío», «la segunda Venida de Cristo y el Milenio»; los diversos conceptos acerca de la «posesión y la plenitud del Espíritu Santo», hasta que tenga suficientes conocimientos para comprender y escoger por sí mismo la convicción doctrinal que considere más de acuerdo con la Sagrada Escritura.

Suprima motivos de escándalo

Por el mismo motivo, evite que pueda enterarse de conflictos de Iglesia. Tenga como norma de familia evitar toda conversación delante de los niños que contenga crítica o reproche acerca del pastor, o de otras personas a quienes el niño tiene respeto, mayormente los que oran o suben al púlpito. Este principio es muy difícil de observar en las familias cristianas porque coarta la intimidad familiar entre los mayores; pero es indispensable, de todo punto, observarlo en familias cristianas donde haya niños menores de 15 años, y aun si hay adolescentes in-conversos. Recuerde la severísima advertencia que hace Jesús respecto a los que escandalizan a los pequeños (Mateo 18:6-14). Procure que los niños salgan a otra habitación o al jardín, con alguna excusa de la que de ellos no se den cuenta, o advierta a la persona que ha iniciado una conversación en tal sentido: «Hablaemos de este “santo” en otro momento». No es ninguna ofensa para sus invitados que usted cuide de la salud espiritual de sus hijos con el mismo o mayor empeño que tiene para preservar su salud física, antes por el contrario, la observación que usted haga para desviar la conversación y la explicación a solas que dé a su amigo, le puede ser a él mismo de gran utilidad. Sobre todo si tiene familia, no dejará de agradecersele.

Si sus hijos o alumnos de la Escuela Dominical han oído ridiculizar la historia del Edén –cosa muy probable en nuestros días–, hay que explicarles que fue

Jesús, el Verbo eterno de Dios, el que se manifiestaba a los primeros hombres, no con un cuerpo mortal como el que tuvo después de haber nacido de la Virgen María, sino con un cuerpo celestial, como el que tienen los ángeles de Dios que han tenido la facultad de presentarse a los hombres con cuerpos sensibles, pero de carácter superior, con los cuerpos que el apóstol Pablo llama «cuerpos celestiales». Léales Génesis 18. Dígalos que, mucho más que los ángeles, tiene Jesús la facultad de asumir un cuerpo sensible, ya que Él es el rey de los ángeles.

Si la persona a quien han oído referirse a los hechos milagrosos del A.T. como mitos del folklore hebreo es el pastor de su iglesia, no empiece a despotricar en contra de él en presencia de los niños. Si éste es un ministro creyente en las verdades del N.T., que predica la fe por Jesucristo, no dé importancia al asunto delante de los niños, pero visite al pastor y pídale que tenga más cuidado en no escandalizar a los jóvenes, ora sean sus propios hijos o sus alumnos de la Escuela Dominical. Pídale que puesto que existen diversas opiniones sobre las narraciones del A.T., y algunas de ellas están avaladas por citas de Jesucristo y de los apóstoles, que se guarde tales opiniones para sí, y se limite a explicar el Evangelio.

Si usted observa que el pastor no predica la salvación por Jesucristo, sino que se limita a dar consejos éticos y sociales, busque una iglesia donde se predique el antiguo Evangelio de Jesucristo; y una vez sus hijos se hayan adaptado a las nuevas amistades

y ambiente de su nuevo hogar espiritual, explíqueles los motivos de su cambio, apoyando sus tesis en buenos libros. Evite discutir las cuestiones doctrinales prematuramente, sino hasta que ellos hayan llegado a la edad de comprender sus razones y motivos, y sean capaces de sucederle en la defensa y confirmación del Evangelio de la gracia de Dios que usted ha tenido el privilegio de conocer. La fe dada una vez a los santos, amenazada, hoy como nunca, por diversos vientos de doctrina, y sobre todo, por la apostasía e infidelidad propia del tiempo del fin (Lucas 18:8, y 2ª Timoteo 4:3, 4).